

LA FUNDACIÓN DE GADIR Y EL CASTILLO DE DOÑA BLANCA: CONTRASTACIÓN TEXTUAL Y ARQUEOLÓGICA

Diego Ruiz Mata*

RESUMEN.- El presente artículo aborda uno de los temas más debatidos de la protohistoria de la Península Ibérica, la fundación de Gadir, su ubicación en época arcaica y cronología, contrastando los textos escritos y el registro arqueológico. Las investigaciones efectuadas desde 1979 a 1995 en el Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María) cuestionan la ecuación Cádiz-Gadir y la datación fundacional de 1101 a.C., según los cálculos de C. Veleyo Patérculo. En este trabajo se defiende que la fundación fenicia arcaica se estableció en el Castillo de Doña Blanca (CDB), donde se situó Gadir desde inicios del siglo VIII a.C., siendo la isla de Cádiz ocupada a partir de fines del siglo VII y comienzos del VI a.C. con una finalidad productiva, comercial y religiosa, y se desmitifica un aspecto histórico vigente y aceptado por numerosos investigadores españoles y extranjeros durante más de dos mil años. Estos nuevos planteamientos abren una nueva posición teórica y perspectivas de investigación, ampliando el problema en un radio de acción mediterráneo y europeo, bajo el modelo de los "sistemas-mundo".

ABSTRACT.- The foundation of Gadir and the Castillo de Doña Blanca: Textual and archaeological assessment. This paper approaches one of the most discussed topics of the late prehistory of the Iberian Peninsula, i.e. the foundation of Gadir and its location during the archaic period, by contrasting the ancient Greek and Roman texts and the archaeological materials. Research carried out in the Phoenician city-state of Castillo de Doña Blanca (CDB) at El Puerto de Santa María from 1979 to 1995 put in question the traditional identification of Gadir and Cádiz and its foundation date in 1.101 B.C., according to Velleius Paterculus. Contrasting written sources and archaeology, the author holds that the Phoenician Gadir was located in the CDB tell-site. The foundation must be dated at about 800 B.C., and Cádiz island began to be inhabited at the end of 7th century B.C. or at the beginning of 6th century B.C., with productive, trading and religious purposes. This new historical hypothesis is intended to change the traditional point of view, held by Spanish and foreign historians and researchers for the last 2000 years. It also prepares the way for new theoretical and research options, inscribing the whole problem in a Mediterranean and European setting and following the "world-systems" model.

PALABRAS CLAVE: Colonizaciones, Fenicios, Gadir, Cádiz, Castillo de Doña Blanca, Arqueología, Historia Antigua.

KEY WORDS: Colonizations, Phoenicians, Gadir, Cádiz, Castillo de Doña Blanca, Archaeology, Ancient History.

1. INTRODUCCIÓN¹

La Bahía gaditana y el Bajo Guadalquivir constituyeron el escenario de numerosos mitos, transfondos de realidades históricas, que permanecen en el recuerdo como ecos de un tiempo pasado de gran esplendor. El mito y la historia siguen aún vivos. Cualquiera que haya traspasado las antiguas puertas de Occidente, o Columnas de Heracles, navegado hasta

la Bahía, por el Guadalquivir o recorrido la campiña, habrá sentido la sensación de que se halla inmerso en un paraje que la historia —el hombre en efecto— ha ido modelando y dotando de contenido. Es una sensación de grandeza, de magnificencia de un tiempo pasado, y de cierta nostalgia que sobrevive en numerosos rasgos. El Estrecho de Gibraltar, jalonado por los montículos de Abila y Calpe, no ofrecen una orografía imponente, pero enseguida se percibe que es una puerta,

* Área de Prehistoria. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Cádiz. C/Bartolomé Llopart, s/n. 11003 Cádiz. diego.ruiz@uca.es

cuyos goznes anclados en dos continentes invita a traspasarla, a adentrarse en otro mundo, viniendo de un mar abierto. Más allá, al otro lado, *Gadir*, Tartesos, el Guadalquivir lento y majestuoso, el Guadalete serpenteando, las monótonas y ricas campiñas hasta la sierra, las zonas mineras que atrajeron a navegantes de mundos lejanos, que aquí dejaron sus huellas y ahora son motivo de estudio. A esta región que en un tiempo se denominó Tartesos, perdura como una historia lejana y cercana, pues constituyó el comienzo de la conciencia de la existencia de Occidente. El significado cultural, político o económico de este finisterre originó la curiosidad de poetas, historiadores y geógrafos, la gestación de mitos y leyendas, de realidades históricas que el investigador se afana en desvelar, segregando lo que fue una creación poética o historia mítica de la objetividad que extrañan estos restos de este tiempo, la mayoría aún ocultos. No es tarea fácil, pocas veces posible, y la confusión ha permanecido y durará por tiempo. Quizás sea la razón de que se mantengan tan vivos los recuerdos.

2. HIPÓTESIS Y PLANTEAMIENTOS

La fundación de *Gadir* poco más allá de las Columnas de Heracles en el Atlántico, su origen, significado y consecuencias históricas han constituido durante dos mil años temas claves de estudio de la historia antigua peninsular y su incidencia en otros países distantes, en una concepción territorial amplia. Desde Homero y Hesíodo, y sobre todo desde época helenística, se consideró la fundación de Cádiz como uno de los hitos significativos de la historia universal, y en su entorno se crearon mitos y leyendas que permanecen y se analizan. Y durante el siglo XX *Gadir* ha sido objeto de innumerables estudios y elucubraciones. La razón es sencilla: los textos grecorromanos no siempre se ajustaban, o explicaban, los datos más sobrios y objetivos que dimanaban de la arqueología.

Durante más de dos mil años, en base a los textos grecorromanos referidos a *Gadir* y a Gades, se ha mantenido sin apenas controversias o dudas razonables que la ciudad fenicia arcaica se hallaba situada y soterrada en algún punto del casco antiguo de la ciudad de Cádiz, pese a la inexistencia de datos que sugiriesen esa posibilidad. El texto escrito ha tenido más fuerza que el dato arqueológico, explicándose su ausencia con hipótesis más o menos coherentes o ingeniosas que las justificasen.

La posición que mantengo contradice en gran parte a la mayoría de las opiniones expresadas y defendidas sin bases consistentes, enraizadas en la fidelidad al texto escrito. Ante los resultados arqueológicos en numerosas zonas de la ciudad y los que dimanaban de la ciudad costera del Castillo de Doña Blanca

(en adelante CDB), cabe plantearse otras explicaciones, que atañen a la fecha fundacional, al enclave de *Gadir* y a su significado histórico, como eje nuclear de una amplia periferia, que constituyó un Estado fenicio occidental en el extremo occidental del mundo conocido. Trataré de explicarlo sintéticamente con más coherencia empírica y con la duda aceptable de que no siempre los textos garantizan la veracidad histórica.

Abordar estos temas en toda su complejidad, bajo otros conceptos explicativos, comprenderá el lector que se requiere ahondar en muchas variables que no es posible desarrollar aquí, simplemente por razones de espacio. Eligiré aquellas que contribuyan a esclarecer en lo posible lo que tanto tiempo ha constituido una verdad inmutable. La responsabilidad que entraña es mucha, pero también es tiempo de enfocar el problema con otros datos y una mirada distinta. Siempre es saludable abordar viejos problemas con nuevas premisas. Las verdades infundadas, o dudosas, contribuyen a crear una cadena sustentada en un nódulo poco consistente, y así girando sucesivamente en una rueda sin fin. Es el problema de teorizar sin argumentos. La postura de muchos arqueólogos-historiadores, entre los que me hallo, tiende a repensar y cuestionar antiguos, aceptados con dogmatismos, con enfoques teóricos y planteamientos nuevos. En este caso, se trata de contrastar antiguos documentos escritos con los datos arqueológicos existentes y proyectos de investigación nuevos, más completos en sus objetivos, contenidos y métodos, que han resucitado problemas viejos aún pendientes. Valga esta contribución para reavivar y proporcionar un nuevo enfoque a un tema de gran importancia de nivel histórico global. La obligación del investigador, pensando en términos históricos e ideológicos, es acercarse a la mayor verdad posible, pues cuestionar es un oficio intelectual, pese a la historia asumida y a la autoridad de opiniones valiosas, cimentadas más en el deseo que en la realidad.

Adelantando las conclusiones, propongo que la primera fundación fenicia en la Bahía tuvo lugar al pie de la Sierra de San Cristóbal, en el CDB. Lo que requiere despojarse de los prejuicios y acercarse al tema desde otras lecturas y planteamientos que dimanen en gran parte de la contrastación entre los textos escritos —en sus visiones míticas, históricas y geográficas—, los datos arqueológicos y el medio geográfico, productivo y social.

3. FUENTES ESCRITAS Y REGISTRO ARQUEOLÓGICO. ANÁLISIS CRÍTICO

La ecuación Cádiz-*Gadir* se basa en la lectura e interpretación de unos textos tardíos, dudosos, por las interpolaciones o supresión de datos de los di-

ferentes manuscritos, pertenecientes a un tiempo histórico no fenicio, escritos en gran parte por autores que desconocían el medio, su transformación y la historia interna, donde los conceptos son muchas veces vagos y poco explícitos, mezclando aún el mito y una realidad histórica inmersa en una perspectiva etnocéntrica grecorromana y no fenicia ni púnica. Con un bagaje poco esclarecedor, aunque se pretende la claridad, han trabajado muchos historiadores durante siglos.

En la introducción de García y Bellido de su traducción y comentarios del libro III de la *Geografía* de Estrabón, dedicado a la Península Ibérica, se queja de la escasa y endeble información (García y Bellido 1968). Interesa transcribir los criterios, por su autoridad, representatividad y autoridad en el conocimiento e interpretación de los textos. Como declaración de principios, señala que *“estamos muy mal informados de todo lo referente al concepto que tanto griegos como púnicos –supongo que se refiere a los cartagineses– tuvieron en un principio de la Península Ibérica desde un punto de vista físico y también geográfico. El interés científico, si lo había, jugaba entonces un papel ciertamente secundario, siendo sobre todo los de orden económico los que estuvieron siem-pre en un primer plano”* (1968: 10). Se refiere a una época más reciente de la protohistoria, desde los siglos V-IV a.C. a época romana, alejada de los inicios de la presencia fenicia en la Península. También es consciente de la falta de información textual fenicia y púnica, cuando señala que *“es de todos sabido que de fuente púnica no ha llegado a nosotros nada importante que nos ilustre sobre la Geografía antigua de la Península. Sería cometer un error histórico el juzgar por ello que los púnicos nos ignoraron en este doble aspecto geográfico y etnográfico. Entre los carthaginienses hubo de haber una literatura geográfico comercial, en forma de roteros o periplos (similares a los griegos), destinada a facilitar la navegación por las tierras costeras de su imperio comercial y el trato de los pueblos de su próximo interior. Pero la fatalidad de los hechos ha dado lugar a que la herencia cultural de Occidente esté vinculada casi exclusivamente a transmisiones griegas y latinas, las cuales no recogen, salvo rarísimos casos, nada o casi nada del patrimonio científico, de orden práctico, acumulado durante siglos por los navegantes y comerciantes púnicos”* (1968: 11-12). Y más adelante, *“hasta la conquista romana (fines del siglo III), los escritores griegos sólo sabían de la Península, en el mejor de los casos, sus accidentes costeros más importantes y aquellos escasos informes que sobre los pueblos del litoral podíanse recoger en los puertos de boca de los negociantes, marineros, viandantes o aventureros de toda clase”* (1968: 13-14). Estos juicios acertados resumen el problema sustancial de la duda que entrañan los textos sobre los que se basan las hipótesis de Cádiz-Gadir.

Es natural que cualquier historiador que analice los problemas de la protohistoria peninsular, sea del tema que se trata en este trabajo o acerca de Tartessos u otros de igual relevancia, en base a la información textual grecorromana, se pregunte sobre los medios de información que poseían los autores, su mentalidad, ideología, captación y explicación de los datos. Así comienza J. de Hoz su magnífico artículo sobre las fuentes de Tartessos (1989: 25 ss.). Extraemos de él los aspectos de índole informativos y de transmisión. En el caso griego –fuente de los autores romanos–, la ubicación y fundación de *Gadir* proviene de noticias de viajeros o de contactos ocasionales, donde las generalidades, errores, magnificación de las pequeñeces, errores y mitos se entrelazan para reconstruir una historia o concepto, sin validez objetiva. La mayor parte de la información procede de grupos minoritarios, de mercaderes o navegantes, puesto que del mar y del comercio tratamos, más interesados en informaciones especializadas en sus propias actividades prácticas que en las históricas. La información en este caso podía ser muy precisa en cuanto a sus quehaceres, pero vagas y desorganizadas en otros aspectos, pues los objetivos no eran la verdad histórica, sino la anécdota o las curiosidades míticas, que algunos ante el respeto a la información escrita han aceptado como verdades absolutas. De otra parte, el conocimiento erudito y curiosidades de los intelectuales sobre las ciencias humanas en general, antes del helenismo, eran muy diferentes a las nuestras (Momigliano 1984). Este conocimiento “científico” *“se nutría de los otros dos bloques mencionados, a la vez que en cierta medida repercutía sobre ellos, y en ciertos casos provocaba investigaciones de primera mano sobre el terreno, pero tampoco estaba exento de fábulas, de perjuicios, de polémicas condicionadas por motivos personales o de escuela, y su valor varía mucho de unas fuentes a otras. Está por lo tanto necesitado de análisis crítico como los datos que nos han llegado de las otras dos canteras, aunque es sin duda el que más y mejor información nos proporciona”* (De Hoz 1989: 26).

La opinión de ambos autores resumen los problemas que las fuentes plantean para elaboraciones de análisis históricos. Para tratar de la fundación de *Gadir*, en todos sus aspectos, es imprescindible acudir a los datos procedentes de la investigación arqueológica, como fuente ineludible de conocimiento. Lo que en este trabajo planteo es sólo aprovechar los aspectos aprovechables que se pueden extraer de las fuentes, los desvíos que también han ocasionado, mediante su contraste con el material arqueológico. Y no abordaré otro tema que no sea el de la ubicación de la primera instalación fenicia y la funcionalidad del ámbito geográfico que se denomina Bahía gaditana.

3.1. Textos sobre la fundación de *Gadir* e hipótesis sobre su ubicación

Aunque no existe una historia general sobre *Gadir* de época grecorromana, y mucho menos informaciones transmitidas por fenicios y cartagineses, las referencias a *Gadir* y Gades son relativamente numerosas en reconocimiento de su importancia y en la localización de mitos en su entorno. El problema es el de la modernidad de los datos, debiendo ocurrir en la antigüedad lo mismo que en la Edad Media y en el Renacimiento, como ha advertido Momigliano, quien escribe –en relación al concepto de herencia histórica– que “desde que los humanistas de los siglos XIV y XV se comprometieron en restituir validez a los modelos antiguos, después de las desviaciones de la Edad Media, no se ha tratado ya de una herencia sino de una elección consciente. Escribir historia en sentido moderno ha querido decir un continuado enfrentarse a los modelos originales griegos y a lo que los romanos hicieron con sus modelos. Por lo cual, durante el Renacimiento, se verificó una nueva floración y una ulterior elaboración de las teorías que, entre los antiguos griegos, definían los caracteres de la historia y de sus legítimas formas” (1984: 9). El dilema que también se plantea no es sólo la conceptualización de la historia, sino la posibilidad de las interpolaciones o cambios efectuados sobre unos textos que se han ido transmitiendo mediante numerosas copias manuscritas u obviando aspectos que podrían no interesar demasiado según los momentos en que fueron copiados.

Puesto que las referencias más recientes de la historia de la Bahía se basan en las fuentes greco-romanas, y no aportan para mi propósito mayor novedad, elegiré las que han servido de base para la elaboración de las hipótesis y el mito. Las noticias más directas proceden de los siglos II y I a.C., de historiadores y geógrafos, basándose también en autores más antiguos de los siglos V y IV a.C.

Una de las obras más utilizada es el libro III de la *Geografía* de Estrabón, dedicado a la Península Ibérica, que se debió escribir entre los años 29 y 7 a. C. y fue retocada en el 18 de la Era (García y Bellido 1968: 29). Su interés se ha definido como “una fuente esencial cuantitativa y cualitativamente hablando, ante todo porque, adaptando la tradición anterior, aporta un elemento sustancioso y novedoso: la clara conciencia de la autonomía del saber geográfico (entendido éste como el que relaciona el sistema político, el carácter de los pueblos y la naturaleza misma en su devenir histórico) y de su utilidad para explicar el pasado y proyectar el futuro, y –consecuentemente– de su superioridad tanto en lo que respecta a la tradición geográfica anterior como a la filosofía o a la historia política” (Cruz Andreotti 1994: 60). En el caso que nos ocupa su valor no es tan importante. Es-

trabón nunca estuvo en España, y para compensar su desconocimiento directo acudió a cuantas noticias escribieron otros con anterioridad –muchos de los cuales tampoco vivieron en ella–, por lo que hay que cuestionar algunos aspectos de carácter histórico e incluso de geografía física y humana.

La ventaja, no obstante, es que al basarse en las obras de otros autores, como soporte bibliográfico, conocemos lo que escribieron sobre la Península y Bahía gaditana. Los autores que cita Estrabón son Homero, Estesícoro, Anacreonte, Ferécides, Píndaro, Herodoto, Eforo, Aristóteles, Piteas, Filetas, Dicearcos, Megástenes, Estratón, Timóstenes, Erastóstenes, Silano, Crates, Hiparcos, Seléuco, Polibio, Artemidoro, Posidonio, Asclepiades y Atenodoro. Para García y Bellido, sólo a partir de Eforo y Piteas las citas adquieren más autoridad en cuanto a la objetividad de los datos, mientras que los más antiguos, de Homero a Herodoto –precisamente los más cercanos a los acontecimientos que tratamos– aportaron meros lucimientos eruditos. Ante este elenco de autores, cabe preguntarse quiénes fueron las verdaderas fuentes, y más efectivas, de Estrabón para la elaboración de su obra. En realidad, muy pocos, posiblemente los que conocieron España –Polibio, Posidonio, Artemidoro y Asclepiades–, que escribieron sobre la geografía e historia de España a partir del siglo II a.C. (García y Bellido 1968: 36-39). Es decir, fuentes excelentes, pero muy distanciadas de la época arcaica fenicia. Su valor estriba más en los comentarios de la Hispania romana que en las referencias a los inicios de la presencia fenicia durante el Bronce Final, y las citas sobre estos siglos debieron basarse en tradiciones poco fiables, más míticas que reales, donde la tradición oral constituyó el principal instrumento de transmisión.

Se debe a Estrabón la descripción más extensa sobre la fundación de *Gadir*, y por ello es uno de los autores más citados. Menciona la existencia de dos intentos previos, fallidos por voluntad divina a través de ritos y oráculos, en Sexi –Almuñécar– y Onoba –acaso Huelva–, muy lejos del Estrecho, mas “en la tercera expedición fundaron Gadeira, y alzaron el santuario en la parte oriental de la isla, y la ciudad en la occidental” (III,5,5). Se trata de un relato transmitido por tradición oral, recogido en Gades por Posidonio hacia el año 100 a.C., para justificar la antigüedad e importancia de la ciudad. García y Bellido advierte aquí un error de orientación, y en la nota 332 (1968) explica que “por haberse tomado en verano, en que el sol parece salir y ponerse más por el Sur y más por el norte (respectivamente) que en invierno. Por ello, en Strábon el Occidente es realmente el Noroeste y Oriente el Sudeste. Cádiz en el Noroeste y el Herákleon en el Sureste” (1968: 193, donde alude a la figura 4.a con la toponimia que considera correcta). Un detalle más de la inexactitud de los emplazamien-

tos de lugares, que han confundido en ocasiones y ocasionado no pocas controversias.

Este pasaje histórico está inmerso en un marco geográfico y descriptivo más amplio, con datos sobre la dimensión de la isla en la época de Balbo el Gaditano, donde el origen de la ciudad es sólo un remoto recuerdo, sin base científica alguna, de los habitantes de época romana. Considerarlo como base consistente de una historia muy lejana parece arriesgado. Las medidas que proporciona Estrabón son de 18 km de longitud –aproximadamente los existentes en la actualidad– desde la ciudad hasta el templo de Hércules, por sólo 100 m de anchura. Y en el mismo contexto indica que los gaditanos “*en un principio vivían en una ciudad muy pequeña*” (III,5,3), ampliada por Balbo. Más aún, “*en ella residen muy pocos, ya que la mayoría pasan en la mar gran parte del tiempo, o viven en la tierra firme frontera, y sobre todo en la vecinita isla, porque ésta es fértil, (...) pero en proporción son pocos los que habitan en ella y en el arsenal que les ha construido Balbo en la tierra firme frontera*” (III,5,3). Lo que se explica por las actividades marineras, aduciendo que “*sus habitantes son los que navegan en más y mayores naves, tanto por Nuestro Mar como por el Exterior; y puesto que no habitan una isla grande ni dominan extensas tierras en la parte opuesta de la costa firme, ni poseen otras islas, la mayoría viven en la mar, siendo pocos los que residen en sus casas o están en Rhóme; no obstante, hecha abstracción de Rhóme, podría pasar por la ciudad más poblada del orbe, pues he oído decir que en un censo en nuestro tiempo fueron contados hasta quinientos caballeros gaditanoi*” (III,5,3).

Esta información, muy importante para el conocimiento de Gades en el siglo I a.C., no está exenta de interrogantes y contradicciones, que en cierto modo desvelan las investigaciones arqueológicas que desde hace años se efectúan en la ciudad. Primero, el espacio pequeño de la ciudad anterior a la remodelación de Balbo, con una demografía que no sobrepasaría 1.500/2.000 habitantes, lo que contrasta con el número mencionado de caballeros. Resulta también extraño la residencia de tantos ciudadanos en la mar, pese a que en determinadas estaciones del año la navegación no sería posible o más escasa. Otra cuestión, que atrajo la atención de Estrabón y la nuestra, es que aunque muchos viven en la costa de enfrente, no parecer poseer propiedades agrícolas, sino simples residentes, lo que conduce a preguntar en qué consistía la condición de caballero y en la dependencia para la subsistencia de la mayoría de los productos de la campiña. Si esta era la situación en cuanto al espacio urbano y demográfico en el siglo I a.C., y su condición de población marinera y posiblemente comerciante y no militar, su auge político y administrativo como *municipium* y *conventus iuridicus Gaditanus*

(Rodríguez Neila 1973: cap.II, 21 ss.), se debería a su posición estratégica más que a la producción pesquera y derivados industriales (Frutos, Chic, y Berriatua 1988: 295 ss.; Muñoz, Frutos y Berriatua 1988: 487 ss.; Ruiz Mata, Córdoba y Pérez 1998: 387 ss.), y sobre todo como lugar sagrado. Otros temas derivados del texto, del que se supone que Balbo había realizado obras de envergadura, es la mencionada isla vecina –seguramente San Fernando– y el arsenal en la tierra firme frontera; es decir, la isla aleña se hallaba habitada y el arsenal es una construcción *ex novo*, ubicado probablemente en Bolaños, que recientemente se ha identificado con el Puerto de Menesteo. Pero estos son otros temas que requieren análisis específicos.

Otra fuente a considerar corresponde a Plinio el Viejo, situado entre los años 23/24 y 79 d.C., quien basándose en Polibio, que vivió aproximadamente entre el 200 y 120 a.C., coincide con las medidas proporcionadas por Estrabón (*Nat. Hist.* IV,119 y 120). Pomponio Mela, de la primera mitad del siglo I d.C., describiendo el litoral se refiere a la existencia de “*muchas islas poco conocidas y hasta sin nombre; pero entre ellas, la que no conviene olvidar es la de Gades, que (...) se halla separada del continente por un pequeño brazo de mar semejante a un río*” (*Corografía* III,6,46). Precisa que la fachada costera que mira a tierra firme es casi recta, mientras que la “*del lado que mira al mar se eleva y forma, en medio de la costa, una curva terminada en dos promontorios, en uno de los cuales hay una ciudad floreciente del mismo nombre que la isla, y en el otro, un templo de Hércules egipcio (...) construido por los tirios; su santidad estriba en el hecho de que guarda las cenizas (de Hércules); los años que tiene se cuentan desde la guerra de Troya*” (III,6,46). De aquí destacan varias cuestiones: la existencia de numerosas islas, de las que desconocemos si estuvieron o no habitadas –o si en realidad son las conocidas de Eritia y Cotinusa–, de las que provino el nombre griego en plural de las islas de Cádiz, con el añadido de que la más importante es la de Gades, una apreciación que debía ser obvia, salvo que se refiere a otras ocupadas de menor importancia; otra es la mención a la “*ciudad floreciente del mismo nombre que la isla*” –es decir, Gades, que ya no se denominaba Eritia en época imperial romana; la existencia del templo de Hércules, de construcción tiria, poseedor de riquezas, de gran veneración y antigüedad; y por último, el perfil curvado del tramo costero que mira al mar, entre la ciudad y el templo, situados en dos promontorios. Más adelante regresaremos al tema, según la topografía de mapas de la Edad Moderna y actuales.

El tema de la fecha de la fundación de *Gadir*, hacia 1.104/3-1.101 a.C., muy distante de los datos arqueológicos existentes no sólo para la Bahía gaditana, sino para Cartago y otras fundaciones en el Medi-

terráneo, ha ocupado numerosas páginas. Incluso en la actualidad se buscan soluciones, para compaginar textos escritos y restos materiales, forzando a veces los datos o intentando explicar esta datación mediante el concepto abstracto y poco convincente de "precolonización" (Aubert 1994: 177-187, con la bibliografía pertinente).

Esta datación proviene de un texto de C. Velleo Patérculo, del siglo I d.C., en relación con la entrada de los dorios en el Peloponeso, que dice "...ochenta años después de la guerra de Troya (...), la escuadra tiria, la más poderosa en el mar, en la región más alejada de España, en el extremo del mundo conocido, fundó Cádiz en una isla rodeada por el océano próxima al continente y separada de él por un estrecho. Pocos años después, los mismos fundaron Utica en África" (*Hist.Rom.* I,2,3). Estrabón (III,2,4) viene a decir lo mismo, añadiendo que los fenicios proporcionaron las primeras noticias sobre la Península y se adueñaron de la mayor parte de ella y de África –"desde antes de la época de Homero"–, permaneciendo hasta la conquista romana. Y para continuar con los tópicos, basándose en Eratóstenes –situado entre 280 y 195 a.C.–, precisa que la ciudad de Gadir se fundó "poco después de la guerra de Troya" (I,3,2). Desde la segunda mitad del siglo III a.C., durante el helenismo, la guerra de Troya y la autoridad de Homero, en cuanto su narrador y poeta, constituyeron *topoi* indiscutibles del tiempo histórico en que Occidente formó parte de una conceptualización geográfica y mítica. Un concepto del tiempo histórico griego, pues Occidente se conocía, y formaba parte de los intereses mediterráneos, desde algunos milenios atrás².

Estos escuetos e imprecisos datos han constituido el origen del problema sobre la fundación de Cádiz en época tan temprana, que aún alienta a muchos investigadores, proponiendo la existencia de una etapa de tanteo, para compaginar textos y materiales, que ha debido dejar pocos restos o no se han identificado. Son trescientos años los que distan de la fecha mítica hasta la constatación de los primeros datos arqueológicos de comienzos del siglo VIII en la Península y de mediados del IX a.C. en Chipre, por ejemplo (Coldstream 1982: 261 ss.; Ruiz Mata 1991: 283 ss.). ¿Trescientos años de indecisión, pero de frecuentación esporádica? Por escaso que haya sido el producto que debieron traer como intercambio, y por más "silencioso" que fuese el comercio, algunos restos se habrían hallado en los estratos indígenas del momento, y los existentes son de finales del siglo IX/comienzos del VIII a.C.³ En la actualidad, es difícil que hayan pasado desapercibidos, o acaso todavía no se han hallado, pese al importante muestreo cuantitativo que se posee de materiales del Bronce final y fenicios. ¿No sería conveniente dudar sobre las bases de la da-

tación de la guerra de Troya, o si acaso tuvo lugar, y reconsiderar en qué momento Homero redactó la *Iliada* y la *Odisea*, distantes al parecer en el tiempo?

En realidad éste no es el problema que más me preocupa en este trabajo, sino el de dónde se establecieron los primeros fenicios en el amplio espacio de la Bahía y cuál fue la situación real de la ciudad de Cádiz y en qué época? Los textos no responden a estas preguntas, y hay que recurrir a los datos arqueológicos que se posee actualmente.

En la concepción griega de la Bahía gaditana está presente la pluralidad de islas que componen este espacio, y a veces reciben distintos nombres. Lo que conduce a preguntar hasta qué punto son fiables y útiles las fuentes para la identificación de Cádiz-Gadir y la confusión que en la antigüedad se produjo.

Efectuaré un breve recorrido historiográfico. Estrabón (III,2,11), basándose en unos versos de Estesícoro –hacia el 600, y por tanto la referencia más antigua–, dice que "*parece ser que en tiempos anteriores llamase al Betis Tartessos, y a Gadir y a sus islas vecinas Eriteia. Así se explica que Estesícoro, hablando del pastor Gerión, dijese que había nacido casi enfrente de la ilustre Eritia, junto a las / fuentes inmensas de Tartessos, de raíces argénteas, / en un escondrijo de la peña*". Desde finales del siglo VII, y sobre todo durante gran parte del VI a.C., el comercio griego foceo está bien atestiguado desde el Levante a Huelva (Cabrera Bonet 1995: 387 ss.), recogiendo información que posiblemente transmitieron los autores a partir de este momento. En otro pasaje (III,5,4), recogido de Ferécides de Atenas –hacia el 500 a.C.–, escribe que para este autor "*las Gadeira son Eritia, en las que el mito coloca los bueyes de Gerión; mas, según otros, es la isla sita frente a la ciudad, de la que está separada por un canal de un estadio*". No cabe pedir mucha precisión geográfica en este momento, pero la situación de Eritia, lugar de atención durante la época arcaica y las primeras navegaciones griegas hacia Occidente, no está muy clara. Se ubica junto al estuario del Guadalquivir, en tierra firme –Estesícoro–, o en las Gadeira o a la isla frente a la ciudad –Ferécides. En este sentido se expresa también Herodoto –entre 480 y 430 a.C. –: "*Gerión vivía más allá del Ponto, estando establecido en la isla que los griegos llaman Eritia, junto a Gades, en el océano, más allá de las Columnas de Hércules*" (IV,8). Y poco después Eforo –405 y 340 a.C.– en Scimno, nos desconcierta de nuevo cuando describe que "*doblando el cabo que hay en línea recta hacia poniente, hay un día de navegación, hay un día de navegación hasta llegar a la isla llamada Eritia, muy ancha, que tiene baños de bueyes y de otros animales... Y dicen que tiene por habitantes a los etíopes occidentales, que habían constituido una colonia. Junto a ellos hay una ciudad en la que se establecieron los mercaderes ti-*

S. VIII	Conocimiento mítico Occidente: concepto geográfico	HOMERO	Iliada Odisea	(Alibe)
		HESIODO	Teogonía	(Eritía)
COMIENZOS S. VIII – PRESENCIA FENICIA				
S. VI-V	Entre el mito y la realidad Foceos en Occidente Expansión de Cartago	ESTESICORO		(Gerión)
		HERODOTO		(Tartessos) (Argantonio)
340-250 a.C.	Período de oscuridad Conflictos Cartago-Sicilia	TIMEO		
CESE DE RELACIONES GRECIA-BAHÍA GADITANA				
S. I a.C./I d.C.	Época de Augusto Cambio de mentalidad y política Idea Imperial	ESTRABÓN		
		PLINIO MELA		
	AUTORES POSTERIORES	R.F. AVIENO	Ora Marítima	

Tabla 1.- Esquema cronológico.

rios, Gades, y en la cual se dice que hay un gran monstruo...” (150-162). Es decir, Eritía es una isla habitada por etíopes, diferente al establecimiento de los fenicios tirios. Timeo, entre 340 y 250 a.C., afirma que “ni en los lugares de Libia y de Iberia, en ninguna parte se dice que conste el nombre de Eritía” (*De mir. ausc.*, 133). Hasta aquí las fuentes griegas desde comienzos del VI al siglo III a.C.

Los escritores romanos tomaron como fuentes a los autores griegos, añadiendo más problemas a los existentes, pero sin grandes aportaciones aclaratorias. Plinio, tomando como referencia a Timeo, escribe que las dos islas (¿), al oeste de Cádiz, “es llamada Eritía por Eforo y Filistedes, por Timeo y Sileno Afrodisia, y por los naturales Insula Iunonis. Según Timeo, la mayor fue llamada Cotinusa por sus olivos. Nosotros –los romanos– la llamamos Tartessos, más los púnicos Gadir...” (NH IV,120). Con anterioridad, Cicerón –entre 106 y 43 a.C.–, asimila Gadir con Tartessos, y proporciona incluso el carácter de su régimen político: “esperemos que la edad de un rey de los tartesios, en verdad, como ví en un escrito acerca de Argantonio (citado por vez primera por Herodoto), que reinó 80 años en Cádiz y vivió 120...” (*Cato Maior de Senectute* XIX, 69). Pseudo-Apolodoro (2,5,10), en el siglo I a.C., indica que “Eritía era una isla cercana al océano ahora llamada Gadir”. La curiosidad llevó a algunos autores a la explicación y significado de los topónimos, a partir del Imperio. Cl. Iolao, después de Augusto, afirma que “Gadeira es así llamada, porque Archeleus, hijo de Phoinix, nombró la ciudad que había fundado, en lengua fenicia “Gadron” y esto significa para ellos construido con pocas cosas” (*Etymologicum Magnum*), mientras que para Solino, en el siglo III d.C., “los tirios venidos del Mar Rojo, le llaman Eritía, los púnicos en su lengua Gadir, es decir, “recinto”” (*Collectanea Rerum Memorabilium* XXIII, 12). R.F. Avieno, de mediados del siglo IV d.C., describió la isla ampliamente: “Gadir

se eleva sobre el mar, en su ciudadela firme y antiagua, y yergue su cabeza entre las columnas gemelas. Era antaño Cotinusa su nombre, los colonos tirios la han llamado después Tartessos, pero es llamada aún Gades en lengua barbara. El púnico, en efecto, llama a Gades a un lugar protegido por todos los lados de un terraplén o acantilado” (*Descriptio Orbis Terrae*, versos 610-619). En *Ora Maritima* (versos 267-275) refleja su decadencia y pasada grandeza, con estos versos: “Aquí está la ciudad de Gadir, pues en lengua fenicia se llama Gadir a todo lugar cerrado. Ella fue llamada antes Tartessos, grande y opulenta ciudad en épocas antiguas, ahora pobre, ahora pequeña, ahora abandonada, ahora un campo de ruinas. Nosotros no vimos en estos lugares nada notable, su exceptuamos la solemnidad de Hércules”. Y mucho más tarde, en el siglo VII d.C., Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* (XIV,6,7) escribe los mismos conceptos, al decir que “los tirios venidos del Mar Rojo la denominaron en su lengua Gadir, esto es, lugar cerrado, porque estaba rodeada por el mar”.

Hasta aquí los textos que me han parecido del mayor interés, no en el sentido que clarifiquen demasiado el problema fundacional de Cádiz, sino porque de ellos se deduce confusión y transmisión de nombres de lugares, contradictorios en algunos casos y en el énfasis de la importancia de Gades, ya romana, para sus propios propósitos propagandísticos. La realidad material ofrece otra lectura. Puesto que es de aquí de donde provienen las diferentes hipótesis sobre Gadir-Gades-Cádiz, conviene reflexionar y simplificar los textos mencionados, incidiendo en los aspectos de mayor significado.

-Uno de los problemas que considero fundamental es el geográfico y topográfico (Figuras 1 y 2). Se describe un paisaje muy diferente en el que se fundó Gadir, y a él me referiré más adelante. De modo que no siempre es posible ubicar los topónimos mencionados, ni las distancias. Las especulaciones e inter-

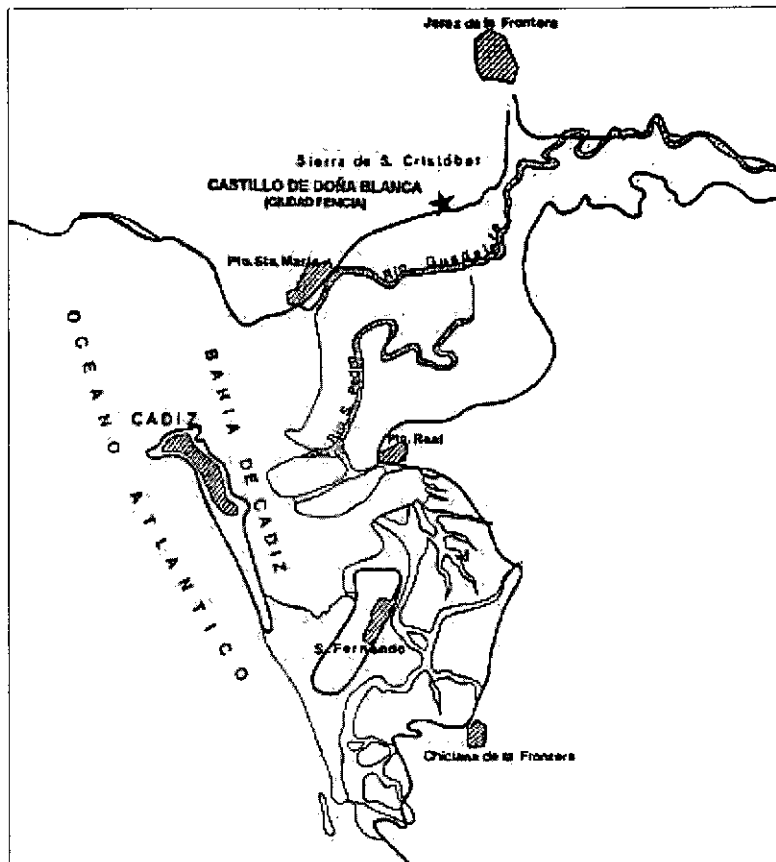


Fig. 1.- Paleogeografía de la Bahía en la antigüedad, con la línea antigua de la costa señalada en línea negra más ancha. (Reconstrucción según J. Gavala y Laborde).

pretaciones de los textos, y sus sugerencias, han originado diversas teorías sobre la ubicación de la ciudad fenicia y de sus templos, salvo el de Heracles, que tiene más consistencia. Pero todas parten de un punto común: la *Gadir* fenicia se halla aún soterrada en algún punto de la Cádiz actual, sin cuestionar esta ecuación. El inconveniente es que el registro arqueológico no responde a esta premisa, ni se ha interpretado adecuadamente.

-Se pueden distinguir varias etapas en la historiografía de la conceptualización de *Gadir*, y en concreto de Eritía.

La referencia más antigua corresponde a Hesíodo (*Teogonía*, versos 287-290), donde se menciona a Eritía en relación a Heracles y a Gerión -“*Eritía rodeada de las olas*”. Se trata de un poema mitológico en el que el autor pretende ofrecer una ordenación razonada de la multitud de dioses que llenan los mitos helénicos, escrito probablemente entre los siglos VIII y VII a.C. Eritía es, en el poema, la isla donde Heracles mató a Gerión, en Occidente, pues en el pasaje del “Ponto y sus descendencia”, el hecho ocurrió “*el día en que el héroe atravesó el Océano*”. De aquí la importancia del topónimo y del lugar, pues el poeta lo que pretende es introducir los trabajos occidentales de Heracles, como ha sugerido Jourdain-Annequin (1989:

11) -“*C'est à dessein que nous choisissons Hésiode pour introduire cette étude des travaux occidentaux d'Héraclès*”. El transfondo histórico reside en las primeras experiencias ultramarinas griegas hacia Occidente. Eritía es a la vez una realidad geográfica, en el extremo del mundo conocido, donde tuvo lugar el mítico trabajo de Heracles, y manifestación del conocimiento griego de Occidente. Cronos ofrece aspectos muy similares. Explicaciones míticas concebidas en una recreación espacial no muy bien conocida, pero conceptualizadas en los confines del mundo donde actúan los dioses.

Siguen después, en plena expansión griega en el siglo VI a.C., las menciones a Eritia y Gerión, mezcladas ahora con Tartesos y *Gadir*, al conjunto de islas de la bahía, a la distinción entre Eritía y Gades (Herodoto IV,8; Eforo en Escimno 150-162), a la duda de Timeo de la existencia de Eritía (*De mir. ausc.*, 133), o bien a la ecuación de Gadeira y Eritia (Ferécides en Estrabón, III,5,4). Entre los siglos VI y III se produjo, como reflejan los textos, una gran confusión sobre la ubicación de los lugares mencionados. No obstante, todos ellos parecen continuar la línea mítica, con un mejor conocimiento de Occidente, iniciada en Hesíodo y el mito heracleo. Un lugar mítico más histórico, más conocido, basados en fuentes previas más conceptuales.

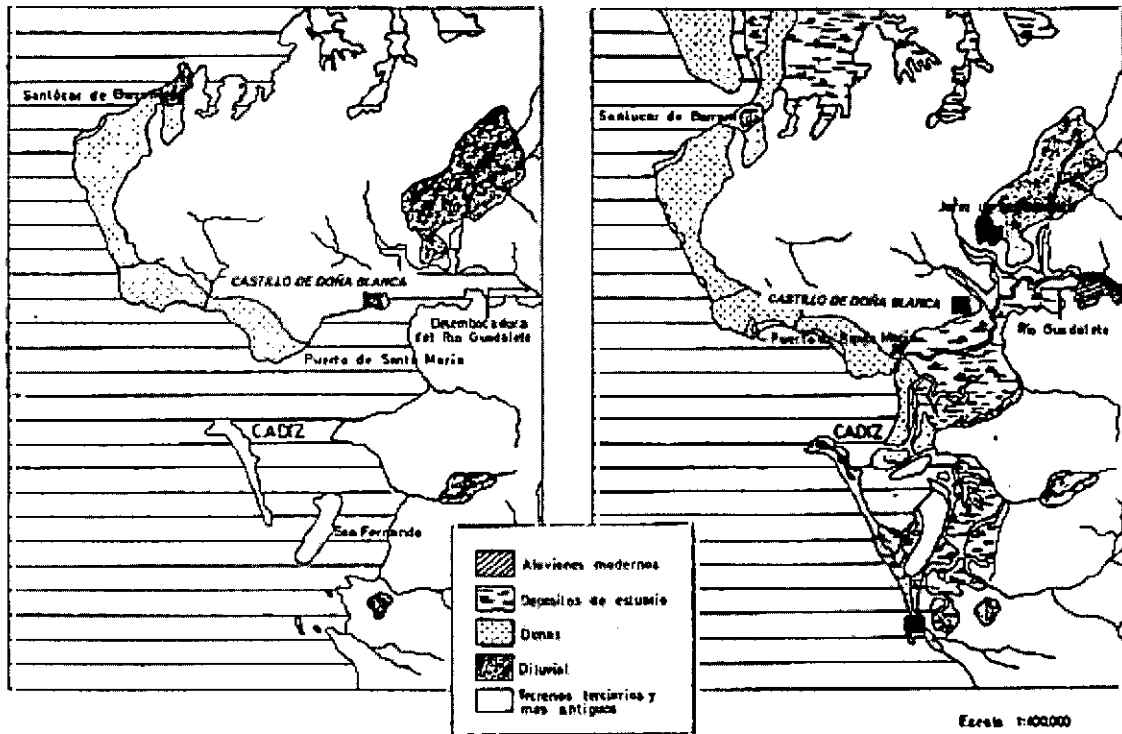


Fig. 2.- El estuario del río Guadalquivir al terminar su excavación y en época actual, según la reconstrucción de J. Gavala y Laborde, con la situación del Castillo de Doña Blanca en la desembocadura del río.

Los geógrafos e historiadores de época romana, muy lejos del arcaísmo, y basándose en noticias bibliográficas más antiguas, no aclaran más el problema de la ubicación de la *Gadir* fenicia, o del primer establecimiento fenicio en Occidente, como se advierte en las fuentes mencionadas.

-Del texto de Estrabón (III,5,3) se deduce la pluralidad del poblamiento de la bahía. E igual sucede en Mela. Mas en este tiempo, hacia el cambio de Era, la topografía descrita para Cádiz difiere poco de la actual. Lo que más puede sorprender, siguiendo a Estrabón, son varias apreciaciones que no compaginan demasiado con las alabanzas que hace de Gades y con el papel político-administrativo que tuvo: las dimensiones reducidas de la ciudad, hasta que Balbo hubo de ampliarla, el escaso número de habitantes, residiendo en la ampliación –o arsenal de la zona continental– o en tierra firme, y por último que no poseía tierras, es decir, carecían de una “chora”, y ni siquiera controlaba las islas cercanas. Sus actividades están en el mar, siendo Gades un pueblo de pescadores, pero sin importantes industrias derivadas de la pesca hasta ahora halladas. ¿Dónde reside en época romana republicana su importancia? Tal vez en su situación, en la estructura ideológica de sus templos, y especialmente en el de Melqart, ya claramente asimilado a Hércules. Estrabón es menos objetivo de lo que parece ser, su visión es exagerada y etnocéntrica, la de un vencedor que engrandece con sutileza una región de origen fe-

nicio-púnico –perdedor por tanto– en trance de ser romanizada.

-La elección del lugar no ofrece a primera vista excesivas ventajas, desde perspectivas de control político y productivas, careciendo de agua, de espacio agrícola para una producción excedentaria, e incluso habría que analizar con detalle sus características como puerto seguro para las embarcaciones. En cuanto al agua, los textos se refieren a la fuente de agua potable del templo de Hércules (Estr. III,5,7, que recoge la información de Polibio), que también menciona Plinio (NH, II), y otros autores como Sileno, Artemidoro, Posidonio o Filostrato. En realidad las referencias y debates radicaban en el tema de las mareas –una peculiaridad más acusada en esta costa–, a las que Estrabón dedica un largo razonamiento. La ciudad tenía escasez de agua, debiéndose recoger en aljibes y cisternas, procedentes del agua de lluvia. Se carece de alusiones a la bondad de la tierra para la producción agrícola. ¿Dónde estribaba su importancia? Seguramente de su carácter sagrado, de los bienes de los templos y en parte de la pesca. No hay que olvidar la existencia de los templos de Afrodita, Venus o Juno, y el Kronión, de los que en verdad no se poseen demasiadas referencias. Estrabón, cuando escribe de la ciudad situada en la zona occidental, menciona que “cerca de ella, en la extremidad que avanza hacia el islote, se alza el Kronión” (III,5,3), claramente separado del templo de Heracles. En cuanto al

de Venus, R.F. Avieno (OM., v.315), en un pasaje oscuro referente a Gades, menciona que “*por donde muere el día hay una isla consagrada a Venus marina y en ella un templo con una profunda cripta y un oráculo*”. Es extraño que Estrabón, tan minucioso en sus descripciones, no menciona la isla ni el templo. Más no es extraño, sino lo más certero, la existencia de ambas divinidades en la Gades púnica y romana.

-Sobre los nombres de Cádiz, las fuentes reflejan la confusión que hubo desde la antigüedad, que no voy a abordar, pues claramente manifiestan opiniones diversas e imprecisiones que no aclaran nada en positivo para este trabajo. Y lo mismo sobre la fecha mítica –una conceptualización del comienzo de una historia, desde una visión helénica, pues hoy hay que olvidar que la historia textual occidental está marcada por el etnocentrismo griego–, que trataré en los aspectos arqueológicos.

Hasta aquí la información textual que ha originado diversas hipótesis sobre las ubicaciones de los lugares mencionados. Son muchos los autores, desde la antigüedad, los que han analizado estos temas. De ellos elegiré los más recientes y los que de algún modo han investigado el territorio y conocen o han tenido en cuenta los resultados arqueológicos. Sobre este punto advierto que las excavaciones han sido muchas, pero la producción bibliográfica es muy escasa y en la mayoría de los casos deficientes. Ha sido y sigue siendo el problema gaditano, pese al gran número de actuaciones arqueológicas.

J.R. Ramírez (1982) ha analizado la paleotopografía de las islas gaditanas desde perspectivas geológicas e historiográficas. Reconoce que Cádiz ha sufrido numerosas alteraciones topográficas naturales y artificiales, debiéndose las primeras a los aluviones del río Guadalete que han ido cegando durante el Holoceno la bahía y soldando el antiguo archipiélago, a las formaciones dunares, que han conformado el nivel superior de la ciudad, y a la erosión marina que constituye el tema más polémico. Lo que justifica la pérdida de terreno que pudiera explicar la inexistencia de la ciudad fenicia arcaica. La erosión, según este punto de vista, ha incidido sobre todo en la playa de Santa María del Mar, o Banda del Vendaval. En la segunda mitad del siglo XVI, según los dibujos de la época, muestran una costa muy parecida a la actual, y mucho antes Mela la describe curvada. En contraposición a esta hipótesis, que justifica la destrucción de la ciudad arcaica por estos motivos, J. Gavala y Laborde (1959), en un excelente estudio poco difundido sobre la *Ora Maritima* de R.F. Avieno y más coherente que la reconstrucción de A. Schulten, como ingeniero de minas y elaborador de los mapas geológicos de la bahía, sustenta la idea de que la isla de Cádiz no perdió superficie en el período histórico por ataque directo del mar. Para C. Pemán (1941) fueron los seismos los cau-

santes de los cambios topográficos. Y en esta línea se halla también J. Muñoz (1972), que se muestra partidario de una sensible variación desde época romana y no antes. F. Ponce Cordones (*Diario de Cádiz*, 12-XII-1976) sostuvo que la erosión hubiese sido más intensa sin las actividades defensivas humanas, pero no hasta el punto de originarse un desastre tan considerable. Otros han relacionado la erosión costera con el ascenso del nivel marino y subsidencia tectónica en el Golfo de Cádiz (Menanteau y Clemente 1977: 176 ss.). En suma, la tesis de la modificación de la costa por los diversos agentes naturales, con las matizaciones de los autores citados, no justifica una catástrofe de tal magnitud que produjera la destrucción de la ciudad fenicia arcaica de *Gadir*. Son explicaciones forzadas que pretenden encubrir la falta de restos arqueológicos significativos de su existencia. Si así hubiese ocurrido, las numerosas prospecciones subacuáticas, en las que se han recogido un cuantioso material, habrían obtenido elementos arqueológicos de los siglos VIII y VII a.C., siendo en cambio más frecuentes los de épocas más modernas, de los siglos VI-V a.C. hasta la actualidad. ¿Cómo se explica esto? Considero que la destrucción de una ciudad, o gran parte de ella, hubiese depositado restos en el fondo marino. No tendríamos la ciudad ni su estructura urbana, pero si sus restos materiales, sobre todo cuando son frecuentes los de épocas más tardías. No es concebible que en una destrucción, cuyos restos se depositan en el fondo marino, y no precisamente estratificados, no se hallen evidencias palpables de la ciudad arcaica, sino de épocas posteriores al siglo VI a.C., según lo que conocemos en la actualidad.

Si la hipótesis catastrofista y subacuática no parece muy afortunada, según el análisis de los textos se han buscado otros emplazamientos en tierra firme, carentes también de base arqueológica. Los textos sugieren la existencia de dos islas, Eritía de pequeño tamaño y Cotinusa, más alargada y amplia, separadas según Ramírez Delgado (1982) por un canal denominado “Bahía-Caleta”, originado durante el Pleistoceno o época Diluvial, siendo la manifestación del antiguo cauce del río Guadalete cuando el conjunto de islas estaba soldada a la costa (Figura 3). Sus restos se han hallado en el muelle y Plaza de San Juan de Dios, la Catedral, Plaza de La Libertad y el barrio de La Viña hasta el canal de la playa de La Caleta. El relleno debió producirse en época fenicio-púnica, y en época romana ya estaba cegado. Las conclusiones se resumen en los siguientes puntos: a) la existencia de la isla menor Eritía, al norte del canal, donde la Torre de Tavira debió constituir el asiento de la ciudad fenicia arcaica, y b) la isla mayor, o Cotinusa, se extendía desde San Sebastián hasta Sancti Petri, donde se alza el Heracleion. F. Ponce (1985) en un estudio sobre los textos, planos antiguos y seguimiento de obras

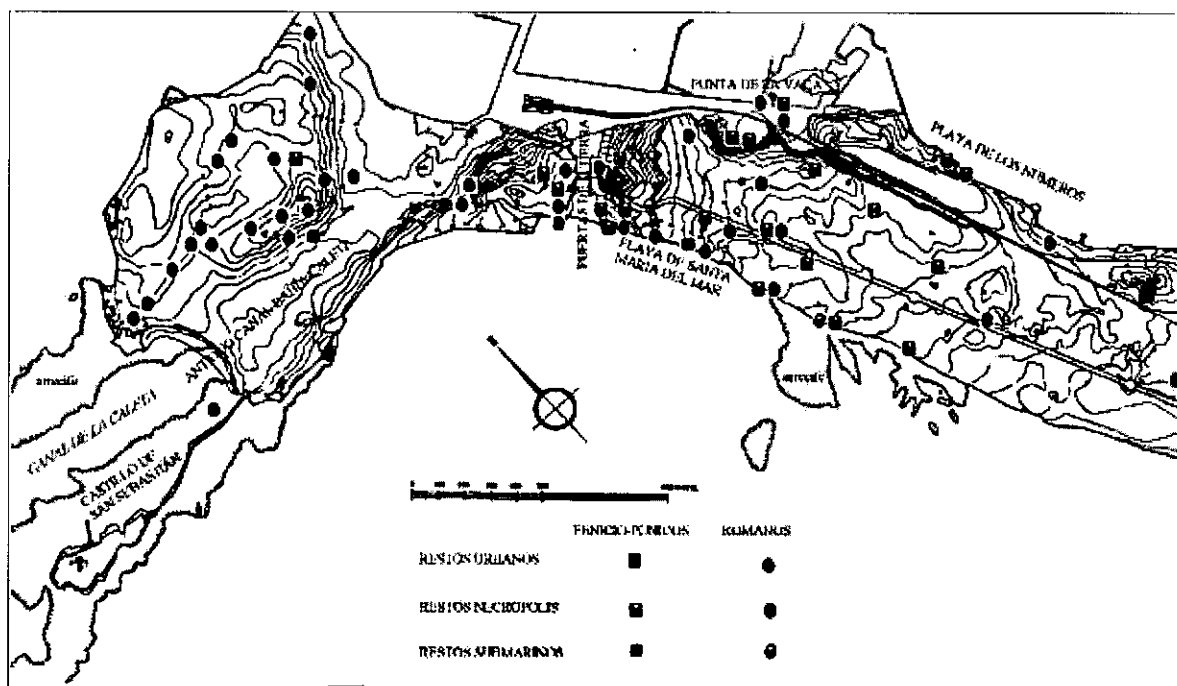


Fig. 3.- Topografía antigua de Cádiz y la situación de los restos arqueológicos (según J.R. Ramírez Delgado).

asentadas en el relleno del canal, concuerda aproximadamente con la hipótesis de Ramírez Delgado, salvo en su límite occidental, que lo sitúa en Puerto Chico junto a la muralla del Campo del Sur, o tal vez alcanzase hasta La Caleta.

Corzo Sánchez (1980: 5 ss., 1983: 75 ss., 1988), que ha dirigido durante varios años excavaciones de urgencia en solares gaditanos, aborda la identificación de las tres islas descritas en los textos, utilizando para su análisis topográfico el plano realizado a comienzos de este siglo por el Instituto Geográfico Catastral, sobre el que advierte que el Campo del Sur forma una cornisa, cortada por el mar, en las que se pierden las cotas, interpretando que el mar socavó ese flanco con intensidad (Figura 4). Supone que la zona alta —sin concretarla, pero en torno al Castillo de Santa Catalina— debió ser uno de los enclaves de la población primitiva fenicia, al parecer muy reducida, debido al poco espacio que le quedaba según los materiales hallados mucho más recientes que no aportaban indicios de la ciudad fenicia. Se trata de una suposición, sin base empírica alguna. El templo de Venus, citado sólo por Avieno, lo ubica en la Torre de Tavira, y el Kronión en la Catedral Vieja, mientras que el núcleo de la población, que hemos de suponer en época republicana romana, ocuparía el Cerro de los Martires en San Fernando, pues los restos exhumados aquí son de época turdetana.

En un artículo sobre *Gadir*, J.L. Escacena (1986) analiza estos problemas desde una visión más arqueológica (Figura 5). Extraeré de él algunos puntos. Insinúa que la *Gadir* fenicia pudo estar en la To-

rre de Tavira o en su entorno, aduciendo que es la zona más alta de Cádiz y que en sus cercanías se halló el “Sacerdote de Cádiz”, o Ptah. Una excavación realizada en la Torre de Tavira atravesó una densa duna hasta la “terra rossa”, obteniéndose materiales del siglo III y de época republicana. Como es conocido por cualquier geólogo bajo la *terra rossa* no puede haber restos de actividad humana alguna, y menos fenicia. En cuanto a la figurilla de Ptah, hallada al parecer en el solar del edificio en construcción de la Central Telefónica, a unos 5 m de profundidad según P. Quintero (1929: 9), quien textualmente escribe que en la construcción de los cimientos del edificio “encontraron los obreros, a unos cinco metros de profundidad, varios restos de cerámica, y con ellos una figurita de bronce que demuestra una vez más la influencia hitita sobre la primitiva civilización gaditana”. Esta información es muy dudosa, y tengo la sensación, por los datos de que dispongo, de que fue transmitida por referencias exageradas y poco objetivas. E igual sucede con el hallazgo de una construcción de sillares en el central contiguo a la Central Telefónica, catalogada como tumba por Romero de Torres (1934: 54), al que siguió C. Pemán (1969: 21-22). Las objeciones que aduzco se basan en las excavaciones de los años 80 en toda la extensión de la Plaza de San Antonio —entre la Central Telefónica y Torre de Tavira—, donde sobre las margas y calcarenitas muy superficiales se localizaron sólo restos de edificios romanos, que en ningún caso alcanzaron esas profundidades ni potencia estratigráfica alguna; y en 1998 en una zanja a lo largo de la Calle Ancha, donde se sitúa la Central Telefónica,

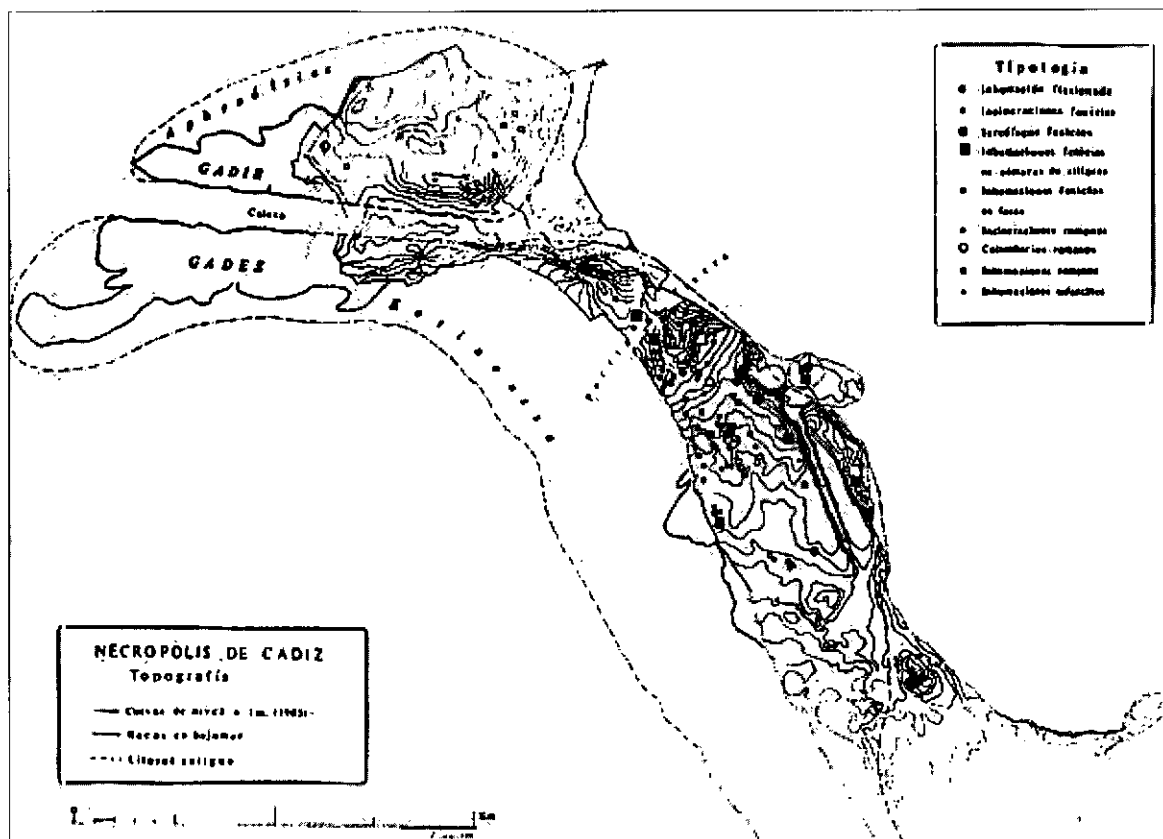


Fig. 4.- Topografía de Cádiz en la antigüedad y la situación de los elementos arqueológicos. Las líneas discontinuas señalan la superficie perdida por la acción marina (según R. Corzo Sánchez).

el suelo de base continuaba el de San Antonio, sucediendo lo mismo en un solar contiguo excavado poco después. Difícilmente se puede hablar de una secuencia estratigráfica ni de tales profundidades en esa zona. Una vez más un elemento arqueológico mal contextualizado e interpretado da pie a hipótesis que carecen de bases objetivas y que contribuyen a la confusión y difusión encadenada. En el supuesto de la existencia de la tumba, a la que se refiere Romero de Torres, el problema de la extensión de los espacios funerarios se complica aún más.

Años más tarde, Álvarez Rojas (1992: 17) abrió de nuevo el debate sobre la topografía antigua gaditana y ubicación de la *Gadir* fenicia, indicando que "intentamos demostrar en este artículo que no podemos saber con seguridad dónde estaba Eryheia, dónde situar Aphrodisias, por no hablar de Cartare, etc. Como, según se lea, podemos deducir conclusiones opuestas. Lo aventurado que resulta extraer conclusiones definitivas de un poeta tardío como Avieno. La escasa consistencia arqueológica, más bien y por el momento indicios, que no permiten confirmar la situación de la colonia fenicia. La misma ciudad se ha situado en el mar, en el Castillo de Santa Catalina, en la zona de la catedral, en la villa medieval y, según nuestra propuesta que detallaremos posterior-

mente, en el barrio de Santa María". Estas líneas, tras muchos años de investigación, muestran un escepticismo consecuente con el material hallado hasta el momento, y a la par la esperanza de que el barrio de Santa María ofrezca los restos de la antigua ciudad (Figura 6). Para este autor las fuentes sugieren que la ciudad fenicia se hallaba la zona occidental de la mayor de las islas, junto o englobada en la ciudad romana de Balbo, en el barrio mencionado y en la ladera que mira a la Plaza de San Juan de Dios.

Ante unos textos tan ambiguos, que conceptualizan más que explicitan, un conocimiento paleogeográfico aún insuficientemente conocido, pero del que se posee una idea bastante aproximada, y la carencia de registro arqueológico, bases de todo razonamiento, cada cual ha compuesto un puzzle a la medida de sus interpretaciones y deseos.

No son éstas las únicas ubicaciones, pues también se ha esgrimido que el primer establecimiento se situó junto al templo de Melqart (Jiménez Cisneros 1971: 17 ss.), desplazándose más tarde a algún punto de la ciudad de Cádiz. En mi opinión, una solución de compromiso ante la falta de restos en la ciudad de Cádiz. Hipótesis que parte de modelos étnicos semitas, sin una base que aquí la justifique, denotando un gran desconocimiento de los objetivos de la

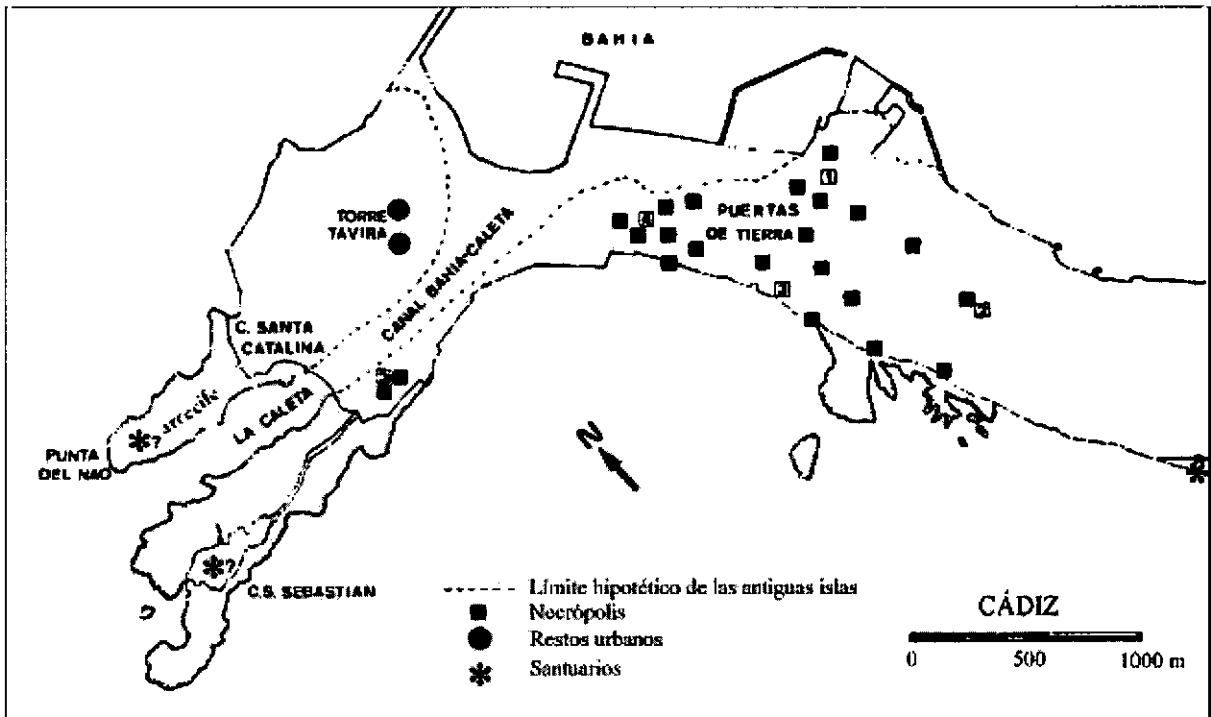


Fig. 5.- Topografía y elementos arqueológicos de Cádiz (1: sarcófago masculino; 2: sarcófago femenino; 3: necrópolis de Santa María del Mar; 4: Puerta de Tierra; 5: Capuchinos, de donde proceden materiales turdetanos). (Según J.L. Escacena).

presencia fenicia en Occidente y del poblamiento indígena, de los intereses comerciales y sus estrategias.

Recientemente, Fierro Cubiella (1995) ha escrito una monografía que ostenta un título sugerente – “Gadir. La historia de un mito” –, donde señala la existencia de una ciudad dual (*ibidem*: 106-108), basado en gran parte en unas apreciaciones más en los primeros análisis sobre el material del Castillo de Doña Blanca, que se hallaba aún en los comienzos de su estudio (Ruiz Mata 1990), y en Cádiz no se había excavado aún en las zonas indicadas para el emplazamiento de la colonia. Movido por el peso de la tradición histórica y la precaución que es preciso para tratar este tema, del que tanto se ha escrito, y sin una visión más clara de la ciudad de Cádiz, propuse la posibilidad de la coexistencia de una población dual, en la isla –Cádiz– y en tierra firme –CDB–, con funciones religiosas, políticas y económicas diferenciadas, siendo el templo de Melqart un hito espacial, además de una referencia territorial y política, que marcaba la frontera del Estado fenicio occidental. Asumiendo Fierro esta hipótesis revisionista, desde una visión conceptual del espacio geográfico y cronológica, reconoce que “hemos de tener en cuenta que si la tradición que afirma que Gadir estuvo emplazada en la isla gaditana no estuviese tan arraigada, no sólo en nuestros días sino ya en época romana, se podría admitir la hipótesis que Doña Blanca fuese Gadir. Hemos de tener en cuenta para ello la magnitud de los testimonios localizados, la falta de denominación

concreta, frente a la escasez de restos de significación parecida en la isla gaditana, al menos hasta el momento” (*ibidem*: 108).

Si la prudencia me condujo en aquel momento a la consideración de Cádiz y el CDB como conjunto dual y funcional, la posición es hoy distinta, a medida que se ha ido conociendo más la arqueología gaditana y estudiado en profundidad el material del CDB en los ámbitos peninsular y mediterráneos, como explicaré más adelante. Lo cual obliga a nuevas consideraciones, siempre saludables y necesarias, porque las hipótesis de trabajo son presupuestos imprescindibles de toda investigación, pero nunca corsés para el investigador que impidan avanzar en el conocimiento histórico.

3.2. Historiografía sobre el Castillo de Doña Blanca

Cuando se inició la investigación en el CDB en 1979, se excavaba en una ciudad sin nombre –aún no está precisado– y con conceptos que dimanaban de las posiciones del momento. No obstante, algunos eruditos entre el siglo XVIII y el actual, y acaso también en referencias oscuras en los textos grecorromanos, se habían fijado en sus restos emergentes y opinado sobre ella, más por su situación geográfica en el ámbito geográfico tartésico que por el significado de los materiales (Ruiz Mata 1995: 153 ss.). Contrariamente al caso de Cádiz, no se partía de textos greco-

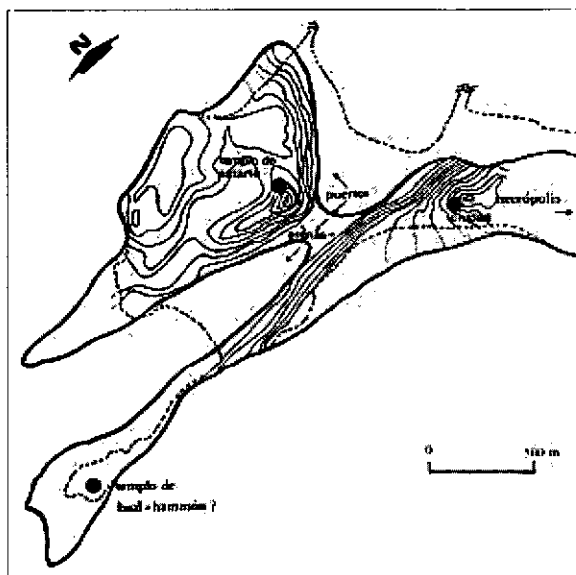


Fig. 6.- Localización de la ciudad fenicia, templos y necrópolis (según A. Álvarez Rojas).

romanos que se refirieran a este asentamiento directamente, pero sus restos, la potencia estratigráfica y su secuencia histórico-cultural se hallaban a la vista. Su entorno había sufrido también grandes modificaciones geomorfológicas a lo largo del tiempo –acaso desde los siglos V y IV, según se deduce de los sondeos geológicos efectuados (Borja y del Olmo 1994: 185 ss.) y del material recogido⁴. De ser una ciudad en la costa, junto a la desembocadura del estuario antiguo del río Guadalete, hoy es un paraje transformado que tiene por delante una amplia marisma hasta la actual línea costera (Ruiz Mata y Pérez 1995). Contiene toda la bibliografía de los trabajos hasta ese momento) (Figuras 1 y 7).

La mención más antigua que conozco se debe a Bartolomé Gutiérrez (ed. facsímil de 1886), –vivió entre 1701 y 1758–, quien escribió una historia de Jerez de la Frontera a mediados del XVIII. En el cap. III del libro primero titulado “En que se da alguna razón de los castillos, torres, fortalezas, poblaciones y ruinas de que dicho término ay memoria” –pp. 27 y 28–, comienza con el CDB, diciendo “que está muy arruinado, pero se ven todavía sus circuitos de muros, sus pedazos de elevada torre, repartimiento de habitaciones, entradas y salidas (...); llámase aquel pago de Sidueña, en cuya cercanía, mas à la falda del castillo, estuvo la antiquísima y famosa ciudad de Asido, de cuyo nombre se derivó el de Sidueña; como lo trae la historia de Rasis, tratando de Xerez por estas palabras: e en el de Xerez Saduña à muchos rastros antiguos, e señaladamente en la ciudad de Saduña, que fue mui antigua ciudad è mui grande à maravilla (...). A lo que agregaremos en otro lugar la prueba que justifican los antiguos sepulcros que en este año se han hallado en las excavaciones inmediatas que para la Real obra del Arrecife se an hecho”.

Más adelante –cap. IX, párrafo 101 y ss., pp. 97 a 101–, dedica un comentario amplio a los hallazgos de 1756, “muy cerca del sitio de este pago de Sidueña, del lado de allá del Puente de Guadajabaque”, en el lugar referido del Arrecife, a poco más de 6 km de Jerez y cercano a Asido. Por la descripción debía tratarse de enterramientos romanos bajoimperiales⁵. Enterramientos del siglo II y más tardíos se han hallado casualmente en el curso de las excavaciones en el poblado anexo al CDB, de la Edad del Cobre, y en unos trabajos para alcantarillado (Pérez y Barrionuevo, en prensa, en VV.AA.), a la distancia indicada por Gutiérrez, “a medio cuarto de legua desbiado del sitio de Asido”. Los datos son de gran interés por los restos que aún pudo ver en pie, y por el problema de pago de Sidueña-Asido-CDB, del que aquí no voy a tratar⁶.

Desde fines del siglo XIX hasta fecha muy reciente se ha atribuido al abogado Juan Manuel Rubio de Espinosa un manuscrito titulado “Puerto de Santa María ilustrado y compendio historial de sus antigüedades”. En un elaborado trabajo de M. Pacheco Albalade y E. Pérez Fernández (1997) se demuestra que su verdadero autor fue Anselmo Ruiz de Cortázar (1696-1772), cuyo manuscrito original se perdió, conservándose de él dos copias mecanografiadas. En el libro IV, cap. I –titulado “Dominan los árabes a España. Habitan en el Puerto que se decía Gaditano. Le dan el nombre de Masía Alcanter. Nótase algunas memorias de estos tiempos”, pp. 159 a 165–, le dedica unas páginas al tema de Sidueña. Replica a Rodrigo Caro y duda de su explicación sobre la deformación del nombre y situación, escribiendo que “no tenemos por segura ni aún probable de ser Sidonia o Sidueña la antigua Saguncia, y conformarnos con la opinión común de haber estado en el des poblado que hoy llaman Sigonza, término de Jerez” (p. 164). Alude también a los restos del Castillo de Doña Blanca y a los de los edificios con sepulcros hallados en ese lugar. De lo que “podemos discurrir que se nombró Cidonia, o de los griegos curetes naturales de Creta que arribaron a la ribera de nuestro Puerto frente a Cádiz y en memoria de la ciudad de Cidonia dieron este nombre, o quizás provino de los sidonios que poblaron estas inmediaciones” (p. 164). En el cap. XI (pp. 226 y 227), en relación con la prisión y muerte de Doña Blanca de Borbón, sitúa el Castillo de Cidonia –“o vulgarmente Sudueña”– en el “término del Puerto de Santa María distante poco menos de una legua y otra de Jerez, y cuatro de Medina Sidonia” (p. 164). Es decir, en el Castillo de Doña Blanca. Su ubicación en Medina Sidonia es para este autor una equivocación, y proporciona ejemplos similares precedentes de las Crónicas.

En el Apéndice 2º del capítulo 18, del manuscrito de J.M. Rubio⁸, se describe los paseos públicos y alrededores de la población: “en el sitio llamado

de la Piedad, a una legua escasa al N.E. de la población, en donde el ya citado Sr.D.Pedro A.de Castro, Archivero del Ilustre Ayuntamiento (...) dice que estuvo la ciudad de Tartesio o Sidón, que después tomó el nombre de Sidonia, Asido Cesarina, Saduña y Sidueña, primitiva capital de la provincia gaditana...". La Piedad se halla al pié del CDB y naturalmente se refiere a este asentamiento.

Posteriormente el jesuita Luís Coloma (1851-1914), en su cuento "Caín"⁹, en un pasaje descrito desde Las Cruces, en la antigua carretera entre los términos de El Puerto de Santa María y Jerez de la Frontera, muy cerca del CDB, habla de la colina artificial del CDB que "es la tumba que el tiempo ha labrado al Castillo de Sidueñas". Y lo describe de este modo: "En aquel sitio se levantó una importante fortaleza, armada de ocho torres, que fortificaban (...). Hoy, gracias a una mano cuidadosa, que supo incrustar como en un relicario lo que el tiempo y el abandono habían dejado de aquellos muros...queda el Castillo de Sidueñas una de sus ocho torres, la de Doña Blanca, que se alza sobre el cerro que cubre sus ruinas...". Una apreciación de gran interés que comentaré más adelante.

Desde una visión más descriptiva arqueológica es de interés el artículo que el presbítero jerezano Ventura F.López escribió el 7 de diciembre de 1923 – en una serie dedicada a Tartesos en el Diario de Jerez–, donde menciona con más detalles los restos del CDB y de sus alrededores. El texto es el que sigue: "Decíamos que para encontrar la ciudad más antigua de Occidente había que excavar en el Castillo de Doña Blanca, y hoy decimos, después de visitar con nuestros amigos Durán, Guinea y Martín tan romántica mansión, que asombra cómo hasta hoy no se ha descubierto en la plataforma en que asienta el anhelado Tarteso...". Y más adelante, "pero entendámonos y prevengamos las objeciones; hay que excavar para encontrar la ciudad griega; más la romana que la sucedió está tan clara sin excavar, que sólo no puede verla quien jamás haya visto ruinas romanas. Nosotros, por lo demás, hemos hallado allí vestigios de todas las civilizaciones que al Jerez antiguo precedieron; tumbas fenicias, **con lápidas con caracteres ibéricos y tartesianos** (la letra negrita es mía) que otro día reproduciremos; la calzada romana, atravesando a lo ancho de la ciudad, y las murallas de ésta de más de tres metros de espesor antecedida por la parte de la vieja madre del río Guadalete, de los glaciares de forma estrellada, exactamente lo mismo que en la castramentación moderna". Continuando su descripción, "luego, algo que recuerda los monolitos asirios, sus típicos libros: o quizás meridianos egipcios, y para que nada falte, en otra piedra, grabada la Cruz de los Santos Lugares (...). La ciudad debió tener a lo largo una extensión de media legua, y a lo

ancho terminar en la Sierra de San Cristóbal (...). Nuestro guía por fin, que lleva toda la vida cultivando aquellos terrenos, nos habla de jáquimas de caballos y ajorcas de oro en ellos encontrada que tiempo ha que vendió a anticuarios y chamarileros (...). Eso es lo que nosotros no apreciamos: nos basta con haber descubierto Tarteso". Un texto detallado que merece un comentario más adelante.

Este autor escribe cuando A. Schulten y J. Bonsor se afanaban, sin resultados, en hallar Tartesos en el Cerro del Trigo en el Coto de Doñana (Schulten 1922, 1923), imbuidos de un espíritu romántico y nacionalista en donde Tartesos venía a representar una idea imperial, concebido como una gran nación (Lomos 1991: 135 ss.). Las excavaciones en el Cerro del Trigo exhumaron sólo una humilde aldea de pescadores de los siglos III y IV d.C., y no la fabulosa ciudad tartésica (Schulten 1971: 260 ss.; Bonsor 1928; Blech 1995: 193-194). Mas siempre creyeron que podía encontrarse bajo estos estratos, sin considerar que por simples razones geológicas debajo sólo podía haber acumulaciones de arcilla y deposiciones del río.

En 1940 A. Schulten visitó el CDB, acompañado de C. Pemán, permaneciendo una semana con la intención de localizar allí el antiguo Puerto de Menesteo, citado por Estrabón (III,1,9), y ubicado al norte de Cádiz y al sur del río Guadalquivir. Allí lo situó por el hallazgo de antiguos restos de murallas, de las que trazó en un plano sintético su recorrido, mampuestos para la construcción y cerámicas pre y romanas esparcidas por la ciudad: "Der 'Hafen des Menestheus', wird nur an der gleich ausführlich zu behandelnden Stelle bei Strabo p.140 erwähnt: N. von Gades, S. vom Baetis. Kultes Menestheus in Gades bezeugt Philostratos, Vita Apoll. 5,4. Etwas halbwegs zwischen Jerez und Puerto de S. María, 4,5 km S. Jerez, erhebt sich dicht an der beide Städte verbindenden Strasse ein plateauartiger Hügel, der die Guadalete-Niederung um 15-20 m überragt. Guten Baustein bot der benachbarte Cerro San Cristóbal. Der Hügel heisst nach einem kleinen Kastell mit frühgothischen Fernsten, dem 'Castillo de Doña Blanca'. Man sieht hier noch beträchtliche Reste der alten Stadtmauer, viele Bausteine und viele römische und vorrömische Scherben. Die antike Stadt lag an einem ehemaligen Arm des Guadalete (der bei S. Puerto de S. María mündet), hatte also Verbindung mit dem 10 km entfernten Ozean und war für die nach Tartessos fahrenden Griechen ein bequemer Anlegeplatz, da sie wohl das phönizische Gades mieden" (Schulten 1943: 19). Publicó en este artículo un plano topográfico muy sintético del yacimiento, donde señalaba el recorrido de la muralla y la dispersión por toda la planicie de restos cerámicos, y por delante el brazo antiguo del río Guadalete, muy cerca de la antigua línea costera donde asienta la ciudad y el puerto. La identificación del

CDB con el Puerto de Menesteo la mantuvo hasta su muerte (Schulten 1958).

César Pemán (1954), conocedor de las fuentes grecorromanas, situó en el CDB el *Arx Gerontis*, o la Fortaleza de Gerión, citada en la *Ora Marítima* de Avieno (verso 263), que flanqueaba junto al Templo del Cabo –*Fani Prominens*–, la entrada hacia Tartesos. Citaré, por último, al trabajo de un erudito local de este siglo, Francisco de Ciria Vergara, que en un texto mecanografiado –en los años cincuenta, sin fecha precisa– localizaba en el asentamiento la Herma Gades y Portus Gaditanus¹⁰. Proporciona noticias de las depredaciones llevadas a cabo de noche en la ciudad, cuyos productos se vendían a un anticuario de El Puerto, que recomendaba a los depredadores el mayor sigilo. Sobre las fortificaciones relata que “*este puerto marítimo con sus murallas y al estilo y con las características de las necesidades de la época, aún se muestran al visitante que no tiene que hacer gran esfuerzo mental para reconstruirlo*”. En el capítulo X se refiere a las tumbas aparecidas en aquel lugar en el siglo XVIII –mencionadas por B. Gutiérrez–, pero también a otras excavadas en esa década en el mismo sitio. El interés de este autor es su relación a la muralla y a las edificaciones, que aún emergían en los años cincuenta. Cuando llegamos en 1979 no advertimos en superficie nada notable, salvo el imponente tell y su potencia estratigráfica junto a la antigua costa y numerosas cerámicas protohistóricas, que incluían abundantes fragmentos fenicios del siglo VIII a.C.

3.3. Cien años de arqueología en la ciudad de Cádiz

En un artículo muy reciente de J.M. Blázquez (1998), investigador infatigable de los estudios sobre fenicios y tartesios¹¹, en el apartado sobre los fenicios en Occidente parte de la premisa segura de la fundación de *Gadir* en la ciudad de Cádiz y debate sobre la cronología tradicional y mítica de 1.101 a.C. y de la que se ha obtenido en todos los asentamientos excavados, en torno al 800/775 a.C. Su posición continuista transmite una opinión admitida por numerosos investigadores desde mucho tiempo atrás, que validan, en mi opinión sin fundamentos sólidos, la transmisión textual grecorromana y la valoración de unos cuantos objetos descontextualizados y sin datación segura.

No es el objetivo de este capítulo analizar exhaustivamente la historia de la investigación gaditana, que requeriría una extensa monografía aún por escribir, sino trazar un panorama sintético, cultural y cronológico que conduzca a proporcionar una idea objetiva de la realidad de los resultados arqueológicos obtenidos en Cádiz. La documentación más numerosa procede de necrópolis. Sin embargo, esta tarea cuenta con varios inconvenientes. Primero que un número

importante de excavaciones se efectuaron entre 1887 y 1892, debido a una serie de hallazgos casuales entre los que se encontraban tres tumbas en la Punta de Vaca y en uno de ellos el sarcófago antropoide masculino (Ramos Sainz 1986), sin documentación precisa –conocida a través de noticias de periódicos– o muy deficientemente documentadas, además de la pérdida de numerosos ajuares; entre 1914 y 1933 Pelayo Quintero (Álvarez Rojas 1993-94, con la bibliografía más significativa de este autor) inició las primeras excavaciones más ortodoxas, con el inconveniente también de publicaciones confusas y desordenadas, que en numerosos casos no aclaran nada la contextualización de los ajuares y las cronologías, recogiendo sólo lo que consideró más importante; y a partir de 1919, F. Cervera excavó en los terrenos contiguos a Punta de Vaca, ofreciendo una Memoria más detallada (1922-1923). Desde 1979-80 los trabajos fueron dirigidos desde el Museo de Cádiz, y desde 1984 hasta la actualidad desde la Delegación Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía. Nos encontramos con numerosas tumbas excavadas, de épocas y tipos diversos, repartidas por casi todo el ámbito de la ciudad, por lo general deficientemente excavadas, publicadas sin criterios metodológicos adecuados, o sin publicar. Cien años de investigaciones han servido muy poco para un conocimiento y estudio precisos de las necrópolis gaditanas. Sólo se puede hablar de generalidades, que sirven para nuestro razonamiento, pero insuficiente para un análisis conceptualizado de la arqueología de la muerte en todos sus aspectos, rituales, espaciales, cronológicos, e incluso tipológicos. Ha faltado en estos últimos veinte años un criterio metodológico y objetivos científicos, con direcciones a veces poco calificadas que han empleado para la exhumación métodos distintos de excavación y recogida de datos, que dificultan la elaboración ahora de un trabajo de conjunto coherente. Una inversión apenas científicamente amortizada, y mucha información perdida para siempre.

Si se dispusiese de un mapa topográfico –o si existe, no se ha publicado– que recogiera con pormenores las zonas excavadas y la situación exacta de los hallazgos, considerando a Cádiz como un único yacimiento, como debe ser, conoceríamos mucho mejor la historia antigua gaditana, su proceso histórico y el sentido funcional del espacio, constituyendo este último punto un aspecto sustancial dado el peso que la topografía tiene para cualquier análisis sobre los problemas que plantea Cádiz.

Cádiz ha originado una bibliografía amplia (Álvarez Rojas 1993-94), de la que voy a utilizar la más conveniente por su información sobre el núcleo central de este trabajo. El trabajo de Ramírez Delgado (1982) sobre los primitivos núcleos de asentamientos en Cádiz, puede servir de punto de partida para el análisis arqueológico. Reproduce una cita en el prólo-

go que merece transcribir: “*Creemos firmemente que la historia de Cádiz está aún por escribirse, pues los fantásticos relatos de algunos historiadores no tienen base donde sostenerse y la mayoría se deciden a copiarse unos a otros, sin detenerse a comprobar los datos, como si fueran verdades incontrovertibles*” (Picardo 1949: XV). Más tarde, Ramírez Delgado (1982: 13) comienza reconociendo que “*hay que considerar que seguimos sin poseer aún una confirmación directa y fehaciente de su propugnado origen trimilenario. En segundo lugar, es de destacar la falta casi absoluta de restos urbanos (excluidas, por tanto, las necrópolis) no sólo de la etapa fenicio-púnica, sino también de la fase romana*”. Y a continuación, este autor, excelente conocedor de la historia y arqueología de su ciudad, se lamenta de que la pasada historia “*debido a ciertos condicionamientos históricos locales que estudiaremos más adelante, han adquirido un carácter tópico y han sido aceptados por la historiografía posterior sin haber sufrido una crítica rigurosa. Por ello, este trabajo se inserta en la moderna tendencia de liberar a las ciencias históricas de la pesada servidumbre de todos esos tópicos erróneos o, cuando menos, dudosos*” (*ibidem* 14). Las investigaciones posteriores en puntos clave de la ciudad, candidatas a albergar bajo su suelo la ciudad fenicia, no han modificado esta situación. Excavaciones recientemente realizadas, conocidas a través de la prensa –Diario de Cádiz, 2 de enero de 1999, con el titular de “*Nuevas tumbas cuestionan la ubicación de la Gadir fenicia*”–, en un solar de la calle Botica del Barrio de Santa María, cuestionan según su excavador la ubicación ahí de la Gadir fenicia, y en lugar de viviendas se han hallado tumbas de comienzos del siglo VI a.C. sobre el suelo natural. Sin embargo, el peso de las fuentes escritas ha impregnado a muchos investigadores y se ha impuesto a la objetividad de los datos, e impera aún un voluntarismo, una interpretación idealizada de la historia sin haber preguntado o entendido el dato arqueológico, particularizando el problema y sin referenciarlo a un contexto geopolítico, ideológico y socioeconómico más amplio.

Me detendré sólo en ciertos aspectos arqueológicos, en estos años de investigación, que contribuyan a analizar el significado y proceso histórico de la ciudad de Cádiz.

3.3.1. Necrópolis

Enterramientos de diferentes épocas, y especialmente romanas, se han localizado en muchas zonas de la ciudad (Ramírez Delgado 1982; Ramos 1986; Muñoz Vicente 1995-96), hasta el punto que, en relación a los escasos restos urbanos, se ha llegado a pensar en una ciudad de los muertos. No es mi opinión. El problema es la falta de una planimetría explícita que contemple los conjuntos de enterramientos en el espa-

cio y en el tiempo, contextualizados con sus ajueres, para una explicación razonada y relacionada con el medio urbano y lugares de culto. No obstante se han publicado planos poco detallados con la ubicación de los conjuntos funerarios (Corzo 1992: fig. 1; Muñoz 1995-96: fig. 1), que adolecen de exposiciones microespaciales y los elementos con ellos relacionados.

Los tipos prerromanos son variados (Tejera Gaspar 1979): fosas excavadas en la roca de forma rectangular, cubiertas de losas o madera (tipo III-1b, de Tejera); conjunto de tumbas excavadas en la roca y separadas mediante tabiques (tipo III-1f), de los siglos V y IV a.C.; cistas rectangulares, construidas mediante losas monolíticas o sillares, cerradas también con losas (tipo IV-1b); sarcófagos monolíticos (tipo V-1a); y pozos con cámara lateral al fondo (tipo VII-1c). Se datan entre los siglos V y III a.C. (Ramos 1986), emparentadas con las cartaginesas, y el ritual predominante, casi exclusivo, en los siglos V y IV es la inhumación, mientras que en el III convive con incineraciones. Este ritual y tipos de enterramientos son similares a los de las necrópolis de Villaricos (Almería) (Astruc 1951), El Jardín (Málaga) (Schubart y Maass-Lindemann 1995: 57 ss.) y Puente de Noy (Almuñécar, Granada) (Molina Fajardo y Huertas 1985), que evidencian concomitancias y relaciones con el mundo centro mediterráneo y Cartago. Los pozos hallados dispersos en las necrópolis, de planta circular y profundidad y anchura variables, hallados con anterioridad a 1980, y otros más excavados recientemente, quizás no deban interpretarse todos ellos como tumbas, sino como depósitos de ofrendas –o *bothroi*, como los de Isla Plana–, conteniendo en su relleno numerosos restos cerámicos y de animales. Son elementos posiblemente mal interpretados, de los que carecemos de información precisa. Una necrópolis no contiene sólo tumbas, si no muchos elementos rituales en conexión estrecha con los enterramientos, que se han obviado o interpretado equivocadamente en muchos trabajos de campo.

El plano de Muñoz Vicente (1995-56: fig. 1) (Figura 7) muestra la situación de los hallazgos arqueológicos que denotan, en su opinión, una secuencia continuada y coherente en el sentido manifiesto en los textos. Sin discutir por ahora sus criterios urbanos y cronologías, salvo en las necrópolis, indica la zona que considera necrópolis arcaica, de los siglos VIII y VII a.C., y las posteriores hasta época romana. Las sitúa en lo que cree que fue la mayor de las islas –Cotinusa–, al otro lado del canal; es decir, fuera de las murallas de la ciudad más moderna o Puerta de Tierra. Y en trazo grueso delimita el perímetro y extensión de ambas islas. Contrastado con el plano de Corzo Sánchez (1982: fig. 1) (Figura 4), se perciben semejanzas y diferencias. Las semejanzas son la concepción de ambas islas, el canal y la antigua línea

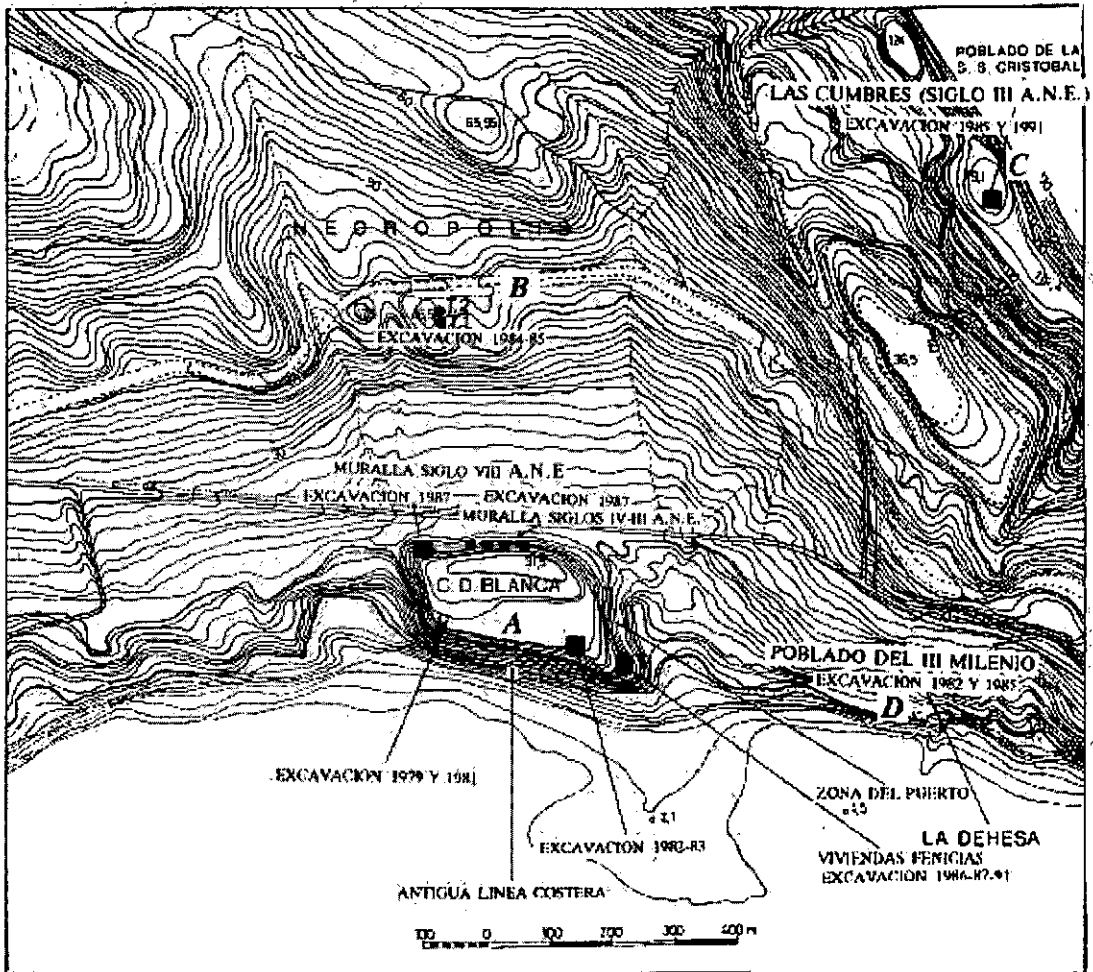


Fig. 7.- Topografía del extremo oriental de la Sierra de san Cristóbal y los lugares arqueológicos: A) poblado del Castillo de Doña Blanca; B) necrópolis protohistórica; C) poblado de Las Cumbres, del siglo III a.n.e.; D) poblado de la Edad del Cobre. Se indican zonas y campañas de excavaciones.

costera, que en el mapa de Corzo adquiere bastante mayor extensión, siendo la superficie en la antigüedad casi el doble de ancha que actualmente, lo que sugiere una destrucción desmesurada con la que se pretende justificar y ocultar la falta de datos. Se omiten las razones e historia paleogeográfica. La diferencia es que Corzo salpica la isla menor de enterramientos romanos, mientras que están ausentes en el plano de Muñoz. El tema no es secundario, sino muy importante, pues qué representa un espacio concebido urbano como necrópolis. Tal contradicción no es objetivamente posible, a menos que cada cual pretenda una imagen espacial diferente conveniente a la verificación de sus hipótesis de la ubicación de *Gadir*.

Si consideramos los enterramientos más antiguos y sus cronologías, Corzo las omite, y Muñoz los sitúa en los siglos VIII-VII, indicando que "de las necrópolis de estos primeros momentos (siglo VIII y primera mitad del siglo VII a.C.), no tenemos datos arqueológicos seguros que nos confirme su ubicación y características tipológicas" (1995-96: 81), aunque

alude al oinocóe protoático del siglo VII, hallado en circunstancias dudosas en los alrededores de Cádiz (Shefton 1982: 368) y al sello signatario, de dudosa cronología, conservado en el Museo Arqueológico Nacional. En la discusión de la ponencia de B.B. Shefton, Riis argumenta sobre la procedencia del vaso protoático, que merece transcribir aquí (*ibidem* 368): "As I told you the other day, it has a better provenience than might be believed. When it was acquired by the National Museum in Copenhagen in 1925, nothing was known of Attic finds in Spain, and therefore the keeper of the Dept. of Near Eastern and Classical Antiquities, K.Friis Johansen, always believed that it was a false provenience. I myself have looked into the inventory, and now I'm quoting literally: "Inv. No. 8673, a gift 1927 from Royal Chamberlain W. Bache, he had himself acquired in 1883 from a captain of a merchant ship, who had got it in Cádiz with the information that it had been excavated in a Punic grave in the neighbourhood". This Mr. Bache was born in 1860 and had a position in the Ministry of Finance from

1910 to 1926. It's to say: a man of high standard. You would believe him to the very exact in his statements, as he was a jurist and an official. Now, the first bigger find of Punic graves in Cadiz was made only 4 years afterwards; the jug is perhaps one of those clandestine finds which gave rise to the proper excavations". De esta aclaración sabemos que el vaso lo compró un capitán de la marina mercante, en 1883, en Cádiz, procedente de un expolio de sus alrededores, que en 1925 fue adquirido por el Museo de Copenhagen, según consta en el registro de entrada. No se indica la localización exacta, ni si procede de la misma ciudad de Cádiz o acaso de los alrededores del templo de Melqart, de la zona costera, o si se falseó su procedencia. En todo caso, su datación en el siglo VII a.C. no contradice otros hallazgos de la ciudad de Cádiz.

Desde comienzos del siglo VI a.C., o muy poco antes, se poseen datos concretos de enterramientos. Las primeras tumbas conocidas del siglo VI consisten en fosas alargadas, excavadas en el suelo, simples o dobles, donde se emplea el rito de la incineración *in situ* (Perdigones, Muñoz y Pisano 1990). Proceden del sector de Bahía Blanca y de la zona situada entre Santa María del Mar y la Avenida de Andalucía, en la mayor de las islas, donde se han excavado una veintena de tumbas datadas por los ajuares cerámicos y la joyería en los comienzos del siglo VI. Es a partir de aquí cuando las evidencias funerarias son claras, y no antes, en un contexto político y económico mediterráneo distinto a los siglos VIII y VII a.C.

Los hallazgos, realizados entre 1985 y 1989, cimentaron la hipótesis de una necrópolis de finales del arcaísmo situada al margen de la ciudad fenicia, que debía hallarse en la isla menor. Y así lo expresó Muñoz Vicente: "*Desde 1985 hasta 1992 los hallazgos de enterramientos fenicios de principios del siglo VI a.C., venían a delimitar con claridad el espacio ocupado por la necrópolis arcaica y a su vez informarnos sobre posibles zonas de habitar*" (1995-96: 77). Todo parecía confirmar este criterio cuando en 1991 se realizaron excavaciones de urgencia en un solar de la calle Concepción Arenal¹², donde entre unos cimientos de estructuras de cronología dudosa, sobre el suelo natural muy superficial, se hallaron entremezclados varios fragmentos a torno posiblemente orientalizantes, sin datación clara, junto a un conjunto numeroso de industria lítica¹³, que no menciona en su artículo. Se suponía con estos datos el comienzo de la verificación de la existencia de la ciudad fenicia en el barrio de Santa María/El Pópulo. Después, en un lugar contiguo, los hallazgos consistieron en tumbas del siglo VI, y de nuevo el problema de la situación de la ciudad¹⁴. A comienzos de este año, las excavaciones realizadas en la calle aledaña han proporcionado también enterramientos de esta época¹⁵. Meses antes, en abril de 1998, en la llamada Casa del Obispo en la

Catedral Vieja –cercana a la excavación de 1991– se halló restos de una estructura, en muy poco espacio, con cimientos de mampuestos y paredes de tapial, en cuyo interior se hallaron cerámicas griegas, comunes, de Kuass y fragmentos a mano indígenas y a torno del siglo VII a.C.¹⁶. El hallazgo alborozó sobremanera a los defensores de la Gadir en Cádiz y en aquella zona. El director de la excavación, J.M. Gener, con más datos y cautela declaró que "*de lo que podía hablarse es de una estructura que ha aparecido con entidad de vivienda –aclaro que del espacio del que se habla es muy pequeño, poco más de 2 metros cuadrados–, porque hasta ahora habíamos encontrado enterramientos pero no casas*". Las excavaciones de los alrededores sugieren que se trata de los restos de una vivienda, de datación no precisa, posiblemente aislada, y al margen de una trama urbana de cierta envergadura, objetivamente hablando. Y junto a la vivienda, una cámara funeraria de grandes sillares, expoliada, de los siglos V y IV a.C. probablemente. De nuevo, en ese espacio, el problema de la ciudad y las tumbas, y el significado de las tumbas en lugares probablemente de carácter religioso.

En resumen, los hallazgos registrados hasta ahora en Santa María/El Pópulo no denotan la existencia de un conjunto urbano fenicio arcaico, sino una zona de enterramientos del siglo VI a.C. sobre el suelo natural, e igualmente en otras zonas del casco antiguo de la ciudad –Plaza de San Antonio y Torre de Tavira¹⁷–, más los numerosos sondeos realizados en otros puntos. La hipótesis de la destrucción de ciudad por los efectos marinos no poseen consistencia, por las razones citadas, y más bien se trata de una solución forzada para justificar las fuentes escritas, a falta de evidencias materiales. Hasta ahora, no se ha confirmado ninguna de las propuestas de la ubicación de la ciudad fenicia de los siglos VIII y VII.

Lo cual no supone desocupación de la isla. En numerosos puntos se han recogido en los estratos de base restos cerámicos y líticos de los milenios III y II, e incluso parece existir evidencia de restos de una cabaña y estructuras no identificables funcionalmente¹⁸, quizás para actividades ocasionales en relación a la pesca y el marisqueo, como denotan los útiles líticos. Durante el Bronce final no hay datos de ocupación por ahora, a excepción de unos cuantos materiales cerámicos en la Casa del Obispo. Los restos de la vivienda de esta zona podría tener la misma explicación, e igual los materiales arcaicos: ocupación estacional, dadas las actividades pesqueras, que justifican la existencia de los escasos restos materiales e inexistencia de una ciudad, por mucha destrucción que hubiese habido. No deja de resultar extraño los escasos restos urbanos de épocas posteriores, e incluso romanos. Debido, de otra parte, al carácter de urgencia de las actividades y a las actuaciones en numerosos pun-

tos, no se dispone de un estudio espacial ni material que ofreciesen respuestas a las numerosas preguntas sobre la funcionalidad de los espacios en su aspecto diacrónico.

3.3.2. La cuestión demográfica

Quiero abordar este tema, tratado por R. Corzo (1992: 46), en relación con los datos procedentes de la arqueología, que no se verifican hasta el momento. Merece transcribir sus suposiciones: "**Desde la fundación hasta la plenitud de la época fenicia** (la letra negrita es mía), *en el siglo VI a.C., en que podría alcanzarse una población de 20.000 habitantes, similar a las ciudades importantes del momento; un período estable desde el siglo V al III a.C., que mantendría el promedio de 20.000 almas y una época de progresivo crecimiento hasta alcanzar en siglo y medio los cincuenta mil habitantes de época de Augusto. El total de la población de estas tres fases sería también considerable: al menos doscientos mil en la primera, doscientos cuarenta mil en la segunda y doscientos cuarenta y cinco mil en la tercera. En total, toda la época antigua de Cádiz daría espacio para un volumen de población cercano al millón cuatrocientos mil*".

Hablar en términos demográficos se requiere documentación que los justifique, sino se está reconstruyendo un proceso histórico imaginario, pues hablar de habitantes también significa referenciarlos a términos políticos, institucionales, productivos y económicos. Es decir, las cifras se relacionan con las instituciones y los factores socioeconómicos. Las suposiciones expuestas no se corresponden con la documentación existente, en este caso de carácter arqueológico. Los problemas que advierto son los siguientes:

-Sin base alguna, ni textual ni arqueológica, se da por sentado la existencia de la ciudad fenicia, según los modelos orientales de las Ciudades-Estados. Desde la época de fundación hasta el siglo VI sólo se posee los restos urbanos mencionados, ninguna tumba anterior a fines del siglo VII/comienzos del VI a.C. y en torno a 30/40 enterramientos del siglo VI. Sin adentrarme en más problemas, supondría unos 7.000 habitantes por siglo, una cifra considerable para la época que ha debido dejar restos evidentes. Los únicos son los mencionados.

-El segundo momento, del V al III a.C., posee el mismo número de habitantes, y la misma proporción por siglo. Es decir, en una época de gran actividad, Cádiz posee una demografía estable y un desarrollo económico sostenible. De aquí se poseen más tumbas, pero pocos restos urbanos, y de estos datos no se pueden obtener conclusiones demográficas.

-Y en la fase tercera se advierte un desarrollo progresivo de crecimiento, pues en dos siglos se alcanzan 50.000 habitantes. La misma observación que

la de antes: ni de los restos urbanos, ni de las tumbas se logra explicar la demografía. Es evidente que en época romana el aumento de tumbas es considerable, pero hay que considerar las de época imperial y bajo imperial.

-Del texto de este autor no se infieren estas consideraciones, al decir que el total de la primera fase sería al menos de 200.000 habitantes, 240.000 en la segunda y 245.000 en la tercera (*ibidem*: 267), un promedio de ocupación de 100.000 habitantes en siete siglos. Lo cual, aún admitiendo la enorme destrucción originada en Cádiz, que en algún lugar cercano a la costa se deben amontonar, y la consideración de que "*nuestros conocimientos siempre tendrán que limitarse a zonas marginales o de relativa pobreza*" (Corzo 1992: 281), es una razón más para preguntar de dónde surgen estas cifras y qué significan socioeconómicamente.

-Pero las dudas también son de índole textual. Estrabón, en pleno auge de la ciudad, señala que Gades es una ciudad muy pequeña y escasa de habitantes en época de los Balbo (III,5,3); no obstante, las cifras dadas no significan precisamente esto. Sobre este pasaje, García y Bellido comenta que en época de César y Augusto la ciudad debió tener poco más de 2.000 habitantes libres (1968: nota 315). Puede ser un número de habitantes más acertado, si se consideran los escasos restos urbanos hallados. Sobre este tema, A. Muñoz (1995-96: 77 ss.), señala que son muy escasos los restos urbanos de los siglos V al III a.C., contrastados con los de carácter industrial relacionados con actividades e industrias pesqueras, que adquieren relieve desde el siglo V, aunque se desconoce cómo eran estas zonas industriales. Y añade que "*del siglo II a.C. no tenemos referencias de restos urbanos*" (*ibidem*: 84), apareciendo ya en época de los Balbo.

Consideraciones histórico-culturales y demográficas. ¿De qué se dispone para la reconstrucción de un proceso histórico y demográfico tan precisos? ¿Desde cuándo se puede hablar de una población constante en Cádiz y cuál fue su función y significado? ¿Qué es, qué supuso la fundación de *Gadir*? Debido a la complejidad del tema, y con los datos disponibles, se pueden fijar los siguientes puntos.

-No se conoce una zona que haya proporcionado una secuencia estratigráfica ininterrumpida desde el comienzo de la ocupación en Cádiz hasta época romana, que es el espacio temporal que aquí interesa. Quizás se tenga que descartar el modelo de ocupación en un lugar único y abordar el problema desde un planteamiento estratigráfico horizontal, que hasta ahora tampoco ha proporcionado resultados. Hay elementos de distintas épocas, dispersos, descontextualizados, en la medida en que funcionalmente no sabemos relacionarlos, lo que imposibilita una explicación coherente de la dinámica histórica en el espacio y en el tiempo.

-Al margen de los núcleos de ocupación del Cobre –o Neolítico/Cobre– y Bronce pleno, reconocido en numerosos puntos, los indicios fenicios del siglo VIII son muy escasos, como se comentó anteriormente. Si *Gadir* viene a significar “ciudad fortificada”, no se han hallado testimonios de sistemas defensivos, a no ser que el término sea una conceptualización de defensa natural por su condición de isla. Aún así, faltan los restos urbanos y materiales. La naturaleza de los existentes ya los he explicado. Lo mismo cabe decir del siglo VII a.C.

-El urbanismo del siglo VI a época romana republicana, ofrece una situación similar, escasez de viviendas, y en relación más restos de actividades industriales relacionadas con la pesca. Hasta el momento, poco numerosas, si se contrastan con el número existente en la costa de enfrente, la que más se acerca a la isla, entre los ríos Guadalete y Salado¹⁹, que constituyó un núcleo productivo de gran importancia.

-La documentación más abundante procede de las necrópolis. Su ubicación en los planos de R. Corzo y A. Muñoz son elocuentes. Los conjuntos más antiguos se datan desde comienzos del siglo VI, y en trabajos recientes han ampliado su ubicación: los límites conformados al sur por los enterramientos de la Plaza de Asdrúbal, al norte por las proximidades de la Puerta de Tierra, al este la calle Tolosa Latour, y cerrando por el oeste las tumbas de la Avenida de Andalucía 32-34 y las de la Avenida Fernández Ladreda, han ampliado su situación hasta las calles Botica y Concepción Arenal, a intramuros de la ciudad. Es más, una tumba monumental de grandes sillares, sin datación segura, se ha hallado en la Casa del Obispo en 1998²⁰. Pero en este mismo año se han exhumado más enterramientos del siglo VI, entre otros romanos del siglo I a.C., en la Avenida de la Segunda Aguada, esquina a las calles San Mateo y Medina Sidonia, casi a 1 km de distancia de los anteriores²¹. La extensión es ya considerable, pero cuantitativamente son escasos los enterramientos de esta época.

-En el ajuar funerario de los siglos VI al IV a.C. hay que resaltar la joyería (Bandera 1981-82: 33 ss.; Perea 1985: 295 ss., 1992: 75 ss., 1991). Las más antiguas, según G. Pisano (1990: 57 ss.) –de comienzos del VI– son productos de las corrientes comerciales que desde Oriente alcanzaron los *emporía* fenicios occidentales. La joyería del siglo V en adelante se encuadra en el ambiente y moda general predominante en el Mediterráneo Central y Cartago. Para R. Corzo, insistiendo en la idea de que los hallazgos proceden de las zonas marginales y pobres de la ciudad, los ajuares son más de apariencia que de verdadero lujo, más bien para cumplir con unas ciertas formas de prestigio social (1990: 281). Un presentismo trasladado al pasado, que creo que no tiene justificación. En cuanto al origen étnico de la población, considera que

Cádiz se nutrió de continuas emigraciones de gentes del Mediterráneo oriental, “*de poblaciones de orígenes fenicios similares, pero ni los turdetanos, ni los cartagineses ni los romanos, demuestran una presencia, ni tan siquiera ocasional, en las necrópolis*” (1990: 281). Tampoco admite ni elementos constructivos ni rituales con la cultura cartaginesa, ni siquiera un objeto arqueológico que se pueda clasificar como púnico (*ibidem*: 281). Una visión de Cádiz exclusivamente fenicia oriental, con una población no contaminada, encerrada en la isla, de la que ignoramos sus objetivos, salvo el del continuo aumento demográfico. En cierto modo, una idealización de Cádiz, de la que se conoce algo de sus barrios marginales, al modo de la Tartesos de A. Schulten.

3.3.3. Los santuarios

Mantengo la hipótesis que los templos ocuparon un papel importante en la isla. Al margen del de Melqart, al que me referiré después, se mencionan en la ciudad el de Cronos y el de Astarté-Venus.

El primero lo cita Estrabón (III,5,3) al describir la ciudad de Gades, situándolo “*en la parte occidental de la isla, y cerca de ella, en la extremidad que avanza hacia el islote*”, y lo denomina Cronión. Los problemas son los de ubicación, fecha de comienzo del culto, asimilación y sincretismos a lo largo del tiempo. Schulten lo sitúa al oeste de La Caleta, por el istmo de San Sebastián (1959: 277), y en la misma línea se han pronunciado Blázquez (1983), Corzo (1980, 1983), o Ramírez Delgado (1982: 111-113), por citar los que conocen bien la topografía actual y las fuentes. García y Bellido (1964) se inclinó por el emplazamiento en la zona que ocupa la Catedral Vieja, por el emplazamiento en altura y la tradición de edificios religiosos en el lugar. Las bases para su ubicación, varios restos arqueológicos hallados en los alrededores del Castillo de San Sebastián, la posibilidad de que allí proceda el capitel protoeólico (Ramírez Delgado 1982: 111-112), expresión de un elemento constructivo cultural y la tendencia historiográfica. Los elementos son escasos, pero no significa que no hubiese un culto y ritual a Cronos.

El problema fundamental es el de conceptualización de la deidad, además de quiénes lo introdujeron, qué rituales traía consigo, y en qué momento. Son preguntas de difícil explicación, pues es común en Cádiz la falta de perspectiva espacial en el significado de la superestructura ideológica-religiosa y un contexto material poco inteligible. La investigación en Cádiz no debe afrontar sólo el análisis de los restos materiales de una ciudad normalizada, sino el sentido ideológico espacial de la isla frente a la tierra firme y como finis terra de un mundo global. Recordemos que las fuentes más antiguas se basan en estos aspectos. De ahí las dificultades explicativas de la mayoría de

los hallazgos, y de las ausencias, que al carecer de investigaciones sin bases teóricas previas y metodología adecuada, además de particularizar el problema en un espacio constreñido, lo que se posee son restos de un puzzle de difícil composición. Cádiz no es sólo un espacio social y funcional, sino también ideológico.

Cronos, padre de Zeus, es un personaje divino ambiguo, que conlleva un aspecto mítico, como un sistema de símbolos contruidos mediante la palabra, y un ritual que es otro sistema de símbolos expresado mediante objetos y actos. Es decir, en opinión de Versnel (1994: 89), el mito es equivalente del ritual, pues ambos están implicados y vienen a ser lo mismo. El mito de Cronos lo narró Hesíodo en la Teogonía, y no ha variado sustancialmente a lo largo del tiempo. De él fijaré sólo algunos aspectos: el odio a su padre Urano, al que seccionó los genitales con una hoz, de cuyo semen caído al mar nació Afrodita, y de otra parte, que de su unión con su hermana/esposa Rea nació la primera generación de los dioses Olímpicos, siendo el último Zeus. De momento, una clara vinculación Cronos-Afrodita-Zeus. Tras la publicación, en 1945, del mito hurrita-hitita sobre Kumarbi, la mayoría de los investigadores están de acuerdo en que Hesíodo recogió de este mito mucho más antiguo los aspectos más importantes para su historia de Cronos (Versnel 1994: 93; Podbielski 1984: 207 ss.; Auffarth 1991) lo que debió acontecer en los siglos VIII-VII a.C. No es el objetivo de este trabajo efectuar un análisis estructuralista del mito y figura de Cronos, sino señalar sólo aspectos, cualidades. A los mencionados hay que añadir su condición de Rey e introductor de la realeza, como se desprende de Hesíodo: “*el primer rey*” (*Teogonía*, 486). Mas también es muy importante su horizonte geográfico, traspasando las fronteras más occidentales, y fue identificado con Saturno (Gelinne 1988: 225 ss.). Cronos ofrece un cuadro ambiguo y contradictorio: de una parte es el dios de una etapa inhumana y cruel, que carece de calidades éticas, y de otra es el rey de una época dorada, de abundancia, felicidad y justicia. A veces se le sitúa en la tierra, también debajo de ella, y en otras ocasiones en el límite del mundo (Opitz 1975: 21).

En cuanto al ritual, es importante señalar la observación de Wilamowitz (1971: 38) de que “*Kronos scheint im Kult keinen festen Platz zu haben, er ist ein Schatten*”; es decir, Cronos no posee lugar fijo de culto, pues es una sombra. Como un dios, parece estar fuera de toda acción, inactivo, acabado como en los tiempos primigenios. La evidencia parece corroborarlo, pues no existe al parecer ningún templo construido dedicado a él (Versnel 1994: 99; Pohlenz 1916: 549 ss.). Sólo en Atenas parece que construyó un templo dedicado a Cronos y Rea. Lo conocido se relaciona más con el ritual, que es donde adquiere todo su significado. En un principio debió tener una significa-

ción cultural que perdió más tarde, desbancado tal vez por la introducción de una nueva generación de dioses.

Según relata Porfirio (*De Abstinentia*, 2,54), durante los festivales de Cronos se efectuaban sacrificios humanos (Henrichs 1987), aunque existe la duda de si se tratan de muertes reales o legendarias, basadas en el tema del mito cruel. Su asociación a ritos humanos y crueles es la visión de Sófocles en “*Andrómeda*” (frag. 126), que se refiere a una antigua costumbre, practicada por los bárbaros, en honor de Cronos. De ahí puede proceder la relación de sacrificios humanos de fenicios y púnicos, y la suposición de que los pudo introducir un rey anterior, El/Kronos, según Simonetti (1981: 91 ss.). En épocas posteriores, se conservaba vivo a un criminal condenado a muerte hasta los festivales de Cronos, se conducía hasta la estatua de Aristóbulo, y se ejecutaba después de beber abundante vino. De aquí proviene la identificación del dios cartaginés Cronos/Saturno, al que se sacrificaban niños (Brown 1992; Benichou-Safar 1988: 57 ss.; Hughes 1991), según Diodoro (20,14,6).

La existencia del Kronión en Cádiz, según Estrabón (III,5,3), se ha explicado por su asimilación con Baal-Hammon —más tarde Cronos/Saturno—, y a incitativas de los navegantes cartagineses desde el siglo V a.C. (Marín Ceballos 1992). Cartago, que durante mucho tiempo matuvo aspectos religiosos de la ciudad de Tiro, desde el siglo V, adquirió un papel independiente que trajo consigo cambios importantes históricos y reformas ideológicas (Ribicchini 1988: 104 ss.). El indicador más seguro de su panteón proviene de un tratado entre Hamilcar y Filipo de Macedonia, en el 146, reflejado por Polibio (Clifford 1990: 55 ss.; Barre 1983), quien proporciona un listado de deidades de tríadas y no por parejas como es costumbre en el este. En él se indican las equivalencias griegas, cartaginesas, tirias y ugaríticas, como Zeus/Baal Hammon, Heracles/Melqart y Hera/Tanit. Moscati (1980: 36) ha explicado el significado de esta tríada en relación con la frecuencia existente en las ciudades fenicias, que poseen un dios protector de la ciudad, una diosa compañera que simboliza la fertilidad de la tierra y un joven dios que surge anualmente con la vegetación. Una tesis sugerente pero a la que le faltan evidencias.

¿Qué se puede concluir de esto en el caso gaditano? En realidad sólo existe una breve referencia de Estrabón (III,5,3) en relación al Kronión, en un contexto geográfico y urbano —sobre la ampliación de la ciudad por Balbo—, en el que sólo se dice que se alza cerca de la ciudad, “*en la extremidad que avanza hacia el islote*”. Pese a todo, resulta curioso que Estrabón mantenga el nombre de la deidad en época tan reciente, sin definir el lugar de culto como edificio o espacio sagrado. Sólo Eliano —entre el 170 y 235 d.C.— (Frag. 19, Eustathius en Dionys. 453), basándose pro-

bablemente en una obra perdida de Posidonio, según Schulten, menciona a Cronos y a un santuario donde se hallaban altares del año, mes, senectud, muerte, pobreza y arte. No hay demasiada certeza sobre el texto y su descripción, aunque en realidad los altares parecen manifestaciones espaciales y conceptos de la deidad y de sus rituales, transformados por el tiempo.

García y Bellido (1968: nota 321) en sus comentarios al texto estraboniano, asimila el Kronión con el templo de Moloch –Cronos/Moloch–, situándolo en la Catedral por ser el punto más alto de la isla. Esta relación implican la existencia de un *tophet* y sacrificios infantiles. Sobre el *tophet* no se tiene constancia alguna en la actualidad, como sucede en otros centros fenicios del sur peninsular. Hasta ahora no se tienen evidencias de enterramientos infantiles de época prerromana. En 1980, R. Corzo (1989) excavó un grupo de tumbas infantiles que le indujo a pensar en sacrificios rituales, y en 1988 se produjo un nuevo hallazgo en el que apreciaron contusiones en el cráneo (*Diario de Cádiz*, 24 y 26-V-1988), lo que le sugiere a hallar una explicación “*en la costumbre fenicia del 'tofet', y en la conocida frase de Cicerón sobre la forma en la que César y Balbo el Mayor se habían preocupado por desterrar de Cádiz ciertas 'formas de barbarie'*” (Corzo y Ferreiro 1984). El problema está precisamente en que sólo se han hallado indicios en época romana y no anteriormente, y en su misma contradicción cuando afirma, en relación a los habitantes de Cádiz en la Antigüedad, que debieron “*nutrirse de su propio desarrollo y de la continua emigración de gentes del Mediterráneo oriental, es decir, de poblaciones de orígenes fenicios similares, pero ni los turdetanos, ni los cartagineses ni los romanos, demuestran una presencia, ni tan siquiera ocasional, en las necrópolis*” (Corzo 1992: 281).

Con los datos disponibles es difícil asegurar la existencia de un templo y su asimilación con la cruel deidad cartaginesa y los sacrificios infantiles. El problema es complejo, y aún más por la carencia de observación precisa en muchas tumbas excavadas. El interés consistió en la exhumación de tumbas, sin método riguroso, con la pérdida que supone en la interpretación de los rituales.

Mi parecer es que no hubo un templo de Cronos, al menos en sus comienzos, sino un espacio sagrado y conceptualizado, y un ritual material y gestual. Sin una teoría de base que implique una metodología adecuada, el ritual material no se ha advertido y es irre recuperable. Es el problema de la arqueología gaditana: actuaciones apresuradas con escaso o deficiente bagaje científico –no me refiero a todas las intervenciones–, la premura por razones urbanas y la falta de un proyecto sistemático, pues el material no tiene voz si no hay preguntas, ni contestaciones sin metodología precisa. La búsqueda de la ciudad fenicia arcaica

ha perjudicado el análisis de otras variables, quizás más efectivas para la explicación de la historia de la antigua isla.

Cronos ha debido poseer en Cádiz otra conceptualización ideológica que responden a sus propios atributos, como su procedencia mítica según un modelo oriental, y no necesariamente griego, su prestigio como resultado de una actuación violenta contra su padre Urano, creador de la primera generación de los dioses Olímpicos –Hestia, Deméter, Hera, Poseidón, Hades y Zeus, y aquí omito los conflictos internos–, su residencia en los “*límites de la tierra y del mar*”, un lugar identificado en las profundidades del Tártaros, situado a veces en la tierra, otras debajo y en los confines del mundo, alcanzando un horizonte geográfico más allá del extremo occidental conocido, y por ello se asimilaba a Saturno. No hay que olvidar que Cronos es un rey, que introdujo el principio de la realeza, y su reinado en la tierra fue de paz, justicia y prosperidad; es decir, un rey civilizador. Tampoco tenía lugar fijo de culto, pues es una sombra, un concepto más bien. Sin adentrarme en detalles, señalaré que el Saturno romano y el Cronos griego poseen rasgos semejantes que animan a pensar en una asimilación muy antigua, manifiesta por ejemplo en la naturaleza de los festivales de las Saturnalias y las Cronia, así como el problema de las supuestas derivaciones de elementos culturales provenientes de fuentes extranjeras (Albrecht 1943; Leglay 1966; Guittard 1976: 43 ss.). Cronos en Grecia, y Saturno en Italia tuvieron escasa realidad cultural (Dionis. Hal. 1,34,5). Advirtamos un hecho: el único templo de Saturno constituye uno de los lugares de culto más antiguos de Roma, pero antes de su fundación, en torno al 497 a.C. (Gjerstad 1962: 757 ss.), sólo parece haber habido un altar. En este sentido, y dadas sus similitudes, es probable que el Kronión gaditano no estuviese representado por un templo, sino por un espacio o punto topográfico destacado, y su importancia residiese en el culto y en el mundo funerario. Es sobre todo un concepto espacial-religioso más amplio, que abarca desde el comienzo hasta el final de la isla, y a su vez entroncado con otras coordenadas macrocósmicas.

Otro punto de religiosidad es el templo de Astarté/Venus, poco mencionado en las fuentes. R.F. Avieno, en relación con la isla de Eritía (v.310), ocupada primitivamente por “*colonos de la antigua Cartago*”, dice que “*del lado de la fortaleza (Gades) por donde muere el día hay una isla consagrada a Venus Marina y en ella un templo con una profunda cripta y un oráculo*” (v.315). Y Plinio, entre los nombres que recibió la isla de Cádiz, escribe que fue llamada “*isla de Juno por los nativos*” (5, 120). De Avieno se desprende la existencia de un templo con una profunda cripta –acaso una cueva²²– y un oráculo, situado en la zona occidental del casco antiguo de Cádiz, y Plinio

transmite que los nativos denominaron a todo el espacio isla de Juno. Ambos vienen a decir lo mismo, la existencia de una isla consagrada a Venus Marina/Juno, o Hera, hija de Crono. Plinio no menciona al templo, pero presuponerse que el topónimo de la isla procede de su existencia.

Las hipótesis sobre su ubicación son diversas (Fierro 1995: 205-215). En la zona de la Punta del Nao coinciden la mayoría de los autores –C. Blanco (1970: 57 y 61), Ramírez Delgado (1992: 31 ss., 1993-94: 93 ss.), Corzo (1980), quien en principio se inclinaba por su emplazamiento en la Torre de Tavira, Álvarez Rojas (1992) y Fierro Cubiella (1995). Schulten (1925: 66, 1928: 373 ss.) y Blázquez Martínez (1983) en el Castillo de San Sebastián, y otros han propuesto la existencia de un culto en el mismo santuario de Astarté-Cronos (Fierro 1995: 212-215), e incluso la posibilidad que el culto a Melqart y a Astarté se realizase en el mismo santuario (Fierro 1995). En suma, propuestas basadas en la topografía y en los críticos datos de los textos, o en orientaciones arqueológicas.

Estas últimas, basadas en hallazgos subacuáticos, parecen tener más posibilidades explicativas. Una zona de gran importancia arqueológica es La Caleta y su entorno inmediato, entre los castillos de Santa Catalina y San Sebastián. Algunos investigadores sitúan aquí el antiguo puerto fenicio (Ramírez Delgado 1982: cap. VI), por los restos de embarcaciones halladas, cepos de piedra y plomo y materiales del siglo VI en adelante. El mayor número de hallazgos es de época romana, y cabe destacar numerosas anforillas completas de diversas épocas y piezas exóticas que pueden corresponder a ofrendas depositadas en el templo o arrojadas directamente al mar (García Rivera y López de la Orden 1979-80: 67 ss.; Muñoz 1990-91: 287 ss.; Ramírez Delgado 1982b, 1992-93: 31 ss.; Vallespín 1982: 383 ss.; Blanco Torrecillas 1970). Muchas piezas se han debido vender, y de ellas no conocemos nada, y otras se hallan sin estudiar en el Museo Provincial de Cádiz²³. Lo más probable es su relación con el templo de Astarté-Venus.

Esta suposición se basa en los hallazgos submarinos de la zona de La Caleta, que es el lugar de mayor concentración (Muñoz Vicente 1990-91: 287 ss.), y proceden de hallazgos casuales y de prospecciones arqueológicas. De los primeros hay que mencionar un trípode de grandes proporciones de arcilla, con decoración orientalizante, lamparillas, quemaperfumes y ánforas de diferentes tamaños, entre las que destacan pequeñas anforillas. Un conjunto de materiales no funcionales, más bien relacionados con ofrendas. Las prospecciones se han realizado en los alrededores del Castillo de San Sebastián, Punta del Nao y en los Bajos de San Sebastián (Vallespín 1985: 59 ss.; Ramírez y Mateos 1985: 75 ss.; Alonso, Florido y Muñoz 1991: 601 ss.). Sirva el trabajo de Muñoz Vi-

cente (1990-91) como expresión del elenco del material hallado y de cuantificación. En suma analiza 64 piezas, que corresponden a 50 ánforas –26 de pequeño tamaño, y a las que hay que sumar un número similar no publicadas (ver nota 21)–, 10 quemaperfumes y 4 jarras de tamaño pequeño. Las anforillas no exceden de 33 cm de altura y son copias exactas de otras de mayor capacidad. Son muy escasas o inexistentes en las ciudades y zonas de producción –sólo dos en el CDB frente a millares de ánforas de gran capacidad, e igual en Morro de Mezquitilla²⁴, o en otros asentamientos–, y su frecuencia aquí sugiere en efecto un carácter ritual y de ofrenda. Reproducciones en tamaño reducido de vasos comunes usados en la vida ordinaria están presentes, por ejemplo, en el cercano santuario de La Algaida, a la entrada del Guadalquivir. Lo mismo sucede con los quemaperfumes, de indudable carácter ritual, en santuarios o en necrópolis, como sucede también en el CDB. En conjunto el material puede datarse desde fines del siglo VII/comienzos del VI en adelante. Y como dije anteriormente, esta muestra de objetos, muchos de ellos con fines rituales –más los que se han perdido y desconocemos–, sugieren la posibilidad de la existencia en esa zona del templo de Venus Marina. Y al mismo tiempo, puesto que la mayoría se hallaron a 20 m de profundidad, sobre el fondo marino, nos hace repensar la tesis catastrofista del hundimiento de la ciudad. Si hubiese sido así, ya tendríamos a la vista numerosos restos de la *Gadir* fenicia del siglo VIII. No bastan unos cuantos fragmentos antiguos, sino un conjunto razonable que justifique esa hipótesis, basada más en el deseo de justificación que en la realidad.

Sobre el templo de Melqart trataré más adelante en el punto 4, en su función y conceptualización espacial en un marco más amplio.

3.3.4. La industria pesquera: factorías y cronología

La pesca y su derivado industrial constituyó un factor productivo y comercial de gran importancia en la Bahía gaditana en época prerromana. Eludimos en este estudio su importancia y desarrollo en tiempos romanos, que requeriría una monografía. En este estudio sucinto interesa conocer la fecha de comienzos de esta actividad, los emplazamientos industriales y los datos arqueológicos.

La pesca y el marisqueo y las especies halladas en el CDB desde fines del siglo VIII a.C.²⁵ son las primeras muestras de estas actividades y de las especies obtenidas, más bien relacionadas con la alimentación de los habitantes del poblado que con fines industriales y comerciales. Lo importante es conocer qué especies se consumían y su importancia en la dieta alimenticia desde los primeros momentos de la actividad del poblado (Roselló y Morales 1994; Morales

y otros 1994: 523 ss.). Otra cuestión es determinar desde qué momento la actividad pesquera constituyó una fuente industrial y de comercio.

Desde comienzos de la década de los años ochenta, el Museo Arqueológico Municipal de El Puerto de Santa María inició una prospección intensiva en el litoral, entre los ríos Guadalete y Salado, con resultados muy satisfactorios para el conocimiento de la ubicación de pequeños núcleos industriales en esa zona y su número, en torno a 30 establecimientos. De ellos se ha excavado uno en su totalidad –Las Redes– (Frutos, Chic y Berriatua 1988; Muñoz, Frutos y Berriatua 1987; Frutos y Muñoz 1996), gran parte de otra factoría en Pinar Hondo, no publicada²⁶, y prospecciones con sondeos realizados por J.A. Ruiz Gil. De aquí se deduce, en la cronología, que las primeras actividad-des se iniciaron en la segunda mitad del siglo VI –en el caso de Pinar Hondo. En Las Redes se han distinguido en tiempos prerromanos tres fases que abarcan desde el 430 hasta el 200 a.C., momento de la presencia romana en la zona, constituyendo el momento de mayor actividad entre el 430 y 325 a.C.

En Cádiz se han hallado restos de factorías en diferentes puntos de ciudad, entremezcladas a veces con necrópolis. En la Plaza de Asdrúbal se hallaron, al parecer dos, de las que no se pudo determinar “ni la extensión ni el número de dependencias (...) ya que las estructuras localizadas correspondieron a zonas de vertidos de desechos y algún que otro pavimento muy deteriorado” (Frutos y Muñoz 1996: 136). La actividad comienza en la primera mitad del siglo V, y con altibajos productivos perdura hasta la primera mitad del siglo I a.C. En la Avda. de Andalucía esquina con la c/Ciudad de Santander, y próxima a las anteriores, se hallaron restos del siglo V consistentes en “una gran fosa con materiales de desecho, así como un suelo de piedra de pequeñas dimensiones” (*ibidem*: 137). El panorama productivo y cronología es similar a la anterior. Otros restos de piletas se localizaron, junto a numerosos enterramientos, en la Avda. de García de Sola esquina con la Avda. de Portugal, con materiales escasos posiblemente del siglo IV (*ibidem*: 137). En pleno casco histórico de la ciudad, en las proximidades de La Caleta –calle Dr. Marañón–, se hallaron “pavimentos superpuestos, una pileta de salazón de pescado y una zona de vertido de material de desecho” (*ibidem*: 138), en este caso de época romana, del s.I a.C. y I d.C. Los autores se refieren por último a actividades relacionadas con la pesca en el solar del antiguo Teatro Andalucía –precisamente donde se extendía una factoría romana de grandes proporciones y bien conservada, con numerosas piletas y dependencias industriales–, tratándose “de una unidad estratigráfica donde se han localizado algunos fragmentos de ánforas fenicias del siglo VII a.C. junto a abundante malacofauna y restos óseos de pescados”

(*ibidem*: 139). E igual se localizó en el borde del canal marino, en este caso del siglo III a.C.

Esto en relación con las actividades industriales pesqueras. Este registro, pobre en documentación de las estructuras y en las especies de peces que constituyeron el objetivo de esta actividad, sugiere que en la mitad del siglo V a.C. comenzó la industria de la pesca, a extramuros de la ciudad, y en época romana hay indicios evidentes de factorías en el casco antiguo, cerca de La Caleta o al borde del antiguo canal. Lo que está en consonancia con las industrias pesqueras de la costa de enfrente de El Puerto de Santa María-Rota. El caso de los restos de peces del Teatro Andalucía sugiere sólo su consumo y lugar de pesca en el siglo VII a.C. Lo que especialmente interesa, en la línea de los argumentos expuestos, es que con anterioridad al siglo V a.C. no hubo un desarrollo de la industria pesquera, lo que tampoco desentona con las variables que he venido analizando. El problema consiste en conocer si se trata de iniciativa institucional estatal, o bajo la dependencia de los santuarios –sabido sus funciones importantes económicas–, o iniciativas privadas derivadas de concesiones estatales. Ante los hechos, sólo se pueden plantear preguntas que futuras excavaciones podrán contestar. Sucintamente las actividades pesqueras en Cádiz, desde el siglo V, se encuadran en el mismo panorama de la pesca e industria de la Bahía. Las fuentes, pues, relativas a la pesca y a la producción del “garum” no quedan confinadas sólo a la isla, sino a la Bahía en general, en su pluralidad.

3.4. El Castillo de Doña Blanca. La primera fundación urbana en la Bahía

El poblado fenicio del CDB asienta al pié de la Sierra de San Cristóbal, en la antigua línea costera, hasta donde alcanzaban las aguas del mar ampliando la bahía hasta ese punto (Ruiz Mata y Pérez 1995, con toda la bibliografía sobre el CDB hasta esa fecha). El asentamiento se halla en un paraje muy transformado desde un punto de vista geográfico y medioambiental (Gavala y Laborde 1928, 1959 –reeditado en 1992). Por situar su marco aproximado indicaré los aspectos que creo de importancia. Se eligió el extremo occidental de la Sierra de San Cristóbal, al borde de la línea antigua costera, aprovechando en su margen izquierda una ensenada natural que trabajaron artificialmente para adecuarla como puerto. La ciudad y el puerto estaban protegidos por la Sierra de San Cristóbal, de poco más de 120 m sobre el nivel del mar, al resguardo de los vientos de Levante. Una situación privilegiada para una población portuaria. Actualmente se extiende por delante una amplia marisma –en aquella época mar– hasta la playa de Valdelagrana, la línea de costa. Y con muchas posibilidades –a falta de com-

probaciones exhaustivas mediante análisis geológicos-, las aguas se adentraban por detrás de la sierra, y el Guadalete se dirigía hacia el estero en cuyo fondo se situaba la ciudad de Mesas de Asta. La Sierra constituía un excelente parapeto entre la costa y la campiña, ofreciendo desde su cima muy accesible una amplia visibilidad hacia el mar, campiña y sierras del interior. El punto elegido no pudo ser más favorable. La sierra ofrecía además calcarenita para material de construcción (Rodríguez Estévez 1998), y abundante agua dulce recogida desde sus escorrentías.

Los estudios antracológicos realizados hasta ahora, sobre una pequeña muestra estratigráfica, sugieren un paisaje pleno de una masa arbórea consistente en *Olea europea*, *L.*, *Pinus sp.*, algunas de las cuales pueden corresponder a *Pinus pinea*, *Quercus ilex*, *L.* o *Quercus coccifera*, *L.* -ambas especies presentan características estructurales que no se pueden separar por sus rasgos anatómicos-, *Atriplex halimus L.*, *Vitis vinifera*, *Salix sp.* o *Populus sp.*, *Rhamnus alaternus*, *Ruscus aculeatus* y *Juniperus sp.* (López de Roma 1994: 34-35).

El CDB está situado en un medio bien comunicado con el interior, junto al río Guadalete y muy cerca del Guadalquivir, excelentes vías de penetración hacia el interior, y a un número de asentamientos indígenas del Bronce final con quienes realizaron sus primeras transacciones comerciales (López Amador, Ruiz Gil y de Prada Junquera 1996). Estas condiciones siguen patrones de implantación usuales de otros centros fenicios peninsulares o mediterráneos -Motia en Sicilia, La Fonteta en Guardamar del Segura (Alicante), Toscanos en Málaga, Tavira en la costa portuguesa junto al Guadiana, en un paisaje muy similar al del CDB, e igual Lixus (Larache, Marruecos), o la propia Cartago, etc.-, en lugares costeros en tierra firme, y en ocasiones más especiales en tierra firme frente al continente. El caso de Tiro, que se ha esgrimido como modelo para la fundación de *Gadir* en Cádiz (Aubet 1994: 39), debe matizarse más, pues la distancia isla-costa en Tiro es escasa, y mucho más lejana Cádiz-costa, además de que es discutible la cuestión de los puertos seguros y resguardados en la isla gaditana. En otro apartado posterior abordaré de nuevo el tema.

Establecidas las condiciones favorables de habitabilidad, me detendré en los rasgos que pueden apoyar este establecimiento como la primera fundación fenicia en la Bahía gaditana. El problema no es tanto toponímico -ecuación CDB/*Gadir*-, como funcional, geoestratégico, político, cultural, productivo y comercial. No sabemos con exactitud en qué momento algún punto de la bahía tuvo por nombre *Gadir*, pero según los datos existentes si se puede aventurar dónde se establecieron los primeros fenicios en el extremo occidental del mundo conocido. Y aquí no sir-

ven las fuentes, sino la verificación empírica de los datos, por las razones expuestas con anterioridad. Además he insistido que tratar de *Gadir* no es sólo un problema preciso de localización, sino de interpretación funcional e ideológica de un espacio más amplio.

Para abreviar, resumiré los aspectos que permiten defender que el establecimiento fenicio más antiguo, con estructuras urbana y defensivas, se situó en el CDB:

-Las características geoestratégicas y potenciales productivos del CBD en relación a Cádiz, e incluso en la cuestión de los puertos²⁷. Se ha mencionado la piedra y la madera como materias primas de primera necesidad para la construcción de los edificios, la visibilidad, el agua, los recursos potenciales agrícolas y la facilidad de acceso hacia el interior por medio de los ríos.

-Sobre el CDB se han vertido diferentes opiniones en cuanto a su significado, no sólo funcional sino étnico. Algunas proceden de las primeras impresiones, movidas por la fuerza de los textos y de una tradición historiográfica mayoritariamente conservadora e inmovilista, pese a las numerosas excavaciones realizadas en Cádiz desde el pasado siglo, expuestas por mi mismo o surgidas de otros investigadores, con el mismo lastre, pero con menos conocimiento de los resultados del proyecto de investigación del CDB (Muñoz 1995-96: 78, que recoge todas las interpretaciones). Se ha considerado como un poblado indígena que recibió considerables influjos fenicios -hay que suponer que a través de Cádiz-, o una ciudad mixta fenicia e indígena, basado en una expresión poco afortunada de denominar "barrio fenicio" a un pequeño sector excavado de la ciudad²⁸, que se ha interpretado como la existencia de una población fenicia y otra de mayor extensión indígena, en pacífica convivencia, o poblado tartésico (Aubet 1987: 238), e incluso un establecimiento en tierra firme como puerto de *Gadir*-Cádiz -bajo la expresión de "puerto continental de *Gadir*" (Aubet 1994: 249), para facilitar el acceso directo al Guadalquivir.

Las razones se han basado en dos cuestiones: primero, el peso histórico y textual, y en segundo lugar la aparición en los estratos arcaicos del CDB de materiales indígenas, que insinuaban su etnicidad, que es un modo de interpretación hiperpositivista. Son conocidos ya los casos de demostradas fundaciones fenicias, como Cartago, Morro de Mezquitilla (Málaga), o Adra en Almería (López Castro, Carrilero, Suarez, Aguayo y San Martín 1991: 981 ss.), donde se ha recogido un abundante material indígena junto a cerámicas fenicias. Según los razonamientos aplicados al CDB, los mencionados y otros más no serían fundaciones fenicias, sino poblados indígenas muy orientalizados. El problema no es tanto de etnicidad sino de relaciones étnicas y sociales, de relaciones entre la

población y sociedad indígena y fenicios en sentido socioeconómico y político. Adentrarme en estos aspectos conduciría a problemas complejos de otro orden que excede de los objetivos de este trabajo.

-Tampoco haber quedado claro el ámbito ocupacional del extremo oriental de la Sierra de San Cristóbal en épocas pre y protohistóricas. Intentaré resumir el proceso histórico, tras un análisis espacial intenso y excavaciones en diferentes puntos: a) la ocupación más antigua tuvo lugar en el Cobre pleno y final, según un modelo nuclearizado de diferentes extensiones, expandido por toda la sierra (Ruiz Mata 1994: 279 ss.), desde Las Beatillas (Ruiz Gil, Pérez, López Amador y Monclova 1990: 11 ss.) hasta La Dehesa, cerca del CDB –sobre 4 km de distancia; b) de comienzos del Bronce pleno se conocen varias tumbas hipogeas, de la que se ha excavado el Hipogeo 1, datado en los siglos XVII-XVI a.C. (Ruiz Mata 1994: 279 ss.); c) tras un hiatus hasta ahora, se advierten dos núcleos de ocupación durante el Bronce final, en Las Beatillas, y en Las Cumbres, que ocupó la cima occidental de la Sierra de San Cristóbal, constituyendo la zona habitada con anterioridad a la presencia y ocupación del CDB; d) a comienzos del siglo VIII a.C. se advierten las primeras viviendas fenicias en el perímetro que es hoy el CDB, sin que se advierta una ocupación indígena previa²⁹, y hacia el 750-730 la ciudad fenicia ocupaba ya en torno a 7 Ha, una extensión considerable para calificar el CDB como un apéndice de Cádiz. Estos son los datos tras excavaciones en extensión y con un material cuantitativamente fiables, pues a veces con varios fragmentos se reconstruye por conveniencia una historia ficción más que real. Me he referido anteriormente a los datos con los que se ha construido la historia de Cádiz en época arcaica (Muñoz 1995-96).

-Los primeros fenicios que arribaron al lugar eligieron un punto en relación a su funcionalidad como puerto, dadas sus actividades comerciales marítimas. Esa es la mejor ventaja del CDB, que lógicamente no encuadra en la concepción espacial indígena a la hora de establecer sus poblados. Es un punto que sólo tiene visibilidad hacia el mar, pues hacia el norte la sierra es en eje vertebrador y de separación, un obstáculo visual, entre fenicios e indígenas, y además una zona de nula o escasa consistencia defensiva por ese flanco. Se asentaron al borde del acantilado, junto a una ensenada natural, que aprovecharon y transformaron en puerto. Tal patrón de asentamiento sólo adquiere sentido en los modelos fenicios, pero no en las sociedades indígenas, como denotan los estudios de territorio efectuados en aquella zona.

-El proceso urbano del asentamiento tuvo varias fases durante el siglo VIII, que es la fase que interesa precisar. La zona más antigua habitada –entre el 800/750 a.C., según dataciones de termoluminiscen-

cia aún no publicadas³⁰ y un análisis hiperpositivista de los materiales– fue el espacio nordeste –el mal llamado “barrio fenicio”–, y entre el 730 y 720 la ciudad ocupaba una extensión de casi 7 Ha y se ceñía de una muralla sobre amplio basamento, precedida de un foso de casi 20 m de anchura. Las viviendas y sus técnicas constructivas responden a patrones orientales (Braemer 1982; Dies Cusi 1994), y poseen un promedio de 40 metros cuadrados, con una distribución en 3 ó 4 habitaciones. Si se tiene en cuenta el promedio de las dimensiones de las viviendas, y restamos los espacios productivos, públicos y libres –indicando que se han hallado en todos los espacios excavados dentro del recinto actual amurallado, sin contar con las zonas habitadas extramurales– podría haber durante el siglo VIII en torno a 500 viviendas y entre 2.000/2.500 habitantes, calculando cuatro personas por vivienda. Lo que parece una cifra aceptable durante este momento.

-El material, y en este caso me refiero especialmente al cerámico, es indicador de etnicidad, funcional, cronología, de prestigio, de diferencias sociales y de actividades económicas –básicamente las ánforas– (Adams y Adams 1991; Adams 1973: 177 ss., 1979: 727 ss.; Binford 1965: 203 ss.; Ellen y Reason 1979; Gifford 1960: 341 ss.; Hodder 1982; Renfrew 1984; Vierra 1982: 162 ss.; Watson 1986: 439 ss.). Como factor étnico es evidente que el material a torno fenicio, extraordinariamente abundante y con gran variedad de tipos³¹ (Ruiz Mata 1986) revela su carácter oriental, emparentado con el de Tiro y otras ciudades-estados de la costa levantina, y estrechamente relacionado con el exhumado en Cartago. La variedad tipológica sugiere que se empleaba toda la vajilla conocida, en contraste con los poblados tartésicos, donde el material fenicio ocupa un porcentaje pequeño y tipológicamente selectivo, según la demanda. No es ésta la situación del CDB, y en este punto no albergo dudas. La tendencia actual es considerar, como una variable más, los materiales arqueológicos, y en este caso la cerámica como un factor indicador de jerarquía política y económica, en un área concreta, a lo que he remitido anteriormente. En cuanto a las ánforas, su alto porcentaje y variedad tipológica, que indica su procedencia de numerosos centros productores, constituyen otro factor más para verificar la importancia del asentamiento como un puerto de carácter internacional, pues aquí se hallan envases procedentes de numerosas ciudades-estados de la costa levantina del Próximo Oriente, Cartago, Cerdeña y otros puntos que aún no se han precisado, además de diferentes zonas peninsulares. Hay que añadir, por los datos que actualmente se poseen, que estos envases se hallan casi con exclusividad en el CDB y no en poblados indígenas cercanos o del interior; es decir, desde aquí se reparaban los productos llegados de otros lugares del Mediterráneo. Se podrían enumerar numerosos objetos co-

munes o exóticos –entre los que destacan, por ejemplo, los frascos de perfumes– que avalan el carácter fenicio de las viviendas excavadas, que sería demasiado prolijo y no añade más a lo que se viene manteniendo.

-La explotación de las minas de plata constituyó, al parecer, uno de los objetivos fenicios en la zona occidental andaluza (Blázquez 1975; Aubet 1994; Ruiz Mata 1989: 209 ss.). En las viviendas fenicias del CDB se han hallado numerosos restos de escorias, plomo y litargirio que denotan que aquí también desde sus comienzos la plata constituyó un producto de exportación hacia el exterior (Hunt 1994: 36 ss., 1995: 447 ss., 1998: 247 ss.). La plata esta presente aquí y lógicamente en muchos centros onubenses –zonas mineras y centros metalúrgicos (Ruiz Mata 1989)–; sin embargo hasta el momento no se constata en la ciudad de Cádiz, como sería normal en un centro exportador. No hay por ahora explicación alguna de la inexistencia de urbanismo en Cádiz, de materiales y de indicios de fundición de plata, en el siglo VIII, ni siquiera más adelante. Los ejemplos de viviendas mencionados ya se han explicado.

-E igual sucede con la escritura. Hasta ahora, en el escaso espacio excavado en el CDB, se poseen de los siglos VIII y VII más de ochenta grafitos en restos cerámicos –ánforas, platos o cuencos carenados, por ejemplo–, y en algunos hay menciones de ciudades y deidades –la ciudad de Acco (San Juan de Acre) o Eshmun, que es la mención escrita más antigua hasta ahora existente– (Ruiz Mata y Pérez 1995, donde se cita la bibliografía hasta ese año y los que se refieren a la epigrafía). De aquí he de señalar que las graffas hallan paralelos exactos en Oriente, y en el siglo VII con zonas norteafricanas atlánticas, como Mogador. Grafitos que faltan en Cádiz.

En suma, en estas líneas he querido de una parte mostrar las ventajas del lugar para justificar la elección del lugar donde se instalaron los primeros fenicios en la Bahía gaditana, en el CDB, la ubicación más cercana de los asentamientos indígenas y señalar sólo unos cuantos elementos que la justifican como fundación fenicia, que por ahora faltan en Cádiz. En las conclusiones procuraré aclarar otros aspectos.

4. CLARIFICANDO UNA HISTORIA. GADIR EN EL MARCO COLONIAL MEDITERRÁNEO

Como se dijo al comienzo, cualquier trabajo que aborde el tema de Gadir-Cádiz desde una óptica de identificación diferente arrastra tra de sí un peso histórico que es difícil de obviar. Sobre todo han sido los textos, relativamente tardíos y poco explícitos, los que posiblemente han oscurecido un problema de extraordinaria importancia para la protohistoria occiden-

tal. La etapa arcaica, siglos VIII y VII, son las han motivado este trabajo y razonamientos. Lo cierto es que existen diferencias entre el texto escrito y los datos arqueológicos, y que hasta el momento hay serias dificultades para compaginarlos, sopesando siempre los criterios de quienes escriben y las aportaciones materiales. Lo cual me ha inducido a replantear el problema desde otras coordenadas y supuestos explicativos. En este apartado, de forma general, trataré de otros aspectos.

Sobre los motivos de la fundación fenicia en la Bahía, desde la antigüedad se intentaron explicar con diferentes razones. Homero (*Odisea*, XV,416), en referencias vagas a Occidente menciona una isla “*que se llama Siria... Allí vinieron unos fenicios, hombres ilustres en la navegación, pero falaces, que trafan innumerables bagatelas en su nave negra*”. Estrabón se basa en Homero en relación a la llegada de los fenicios a Occidente, casi siempre en relación a la riqueza de sus gentes y de sus tierras –“*esta riqueza que impulsó primero a Heracles a llevar a cabo su expedición*” (I,1,4). O bien Salustio –entre el 86 y 35 a.C.–, quien justificó estas expediciones “*para remediar el exceso de población de su patria y en parte por ambición de poder, atrayéndose al pueblo y otros elementos deseosos de cambiar la situación...*” (Guerra de Yugurta XIX,I). Quinto Curcio, recogido por Tertuliano (*De Anima* XXX,2), alude a emigraciones, y Tertuliano precisa sobre una colonización anárquica. Timeo –340/250 a.C.– (en Diodoro, V,20), escribe que “*desde tiempos muy antiguos, los fenicios acostumbraban a comerciar con fines comerciales y fundaron muchas colonias en las costas de Libia y no pocas en la parte occidental de Europa. Y prosperando en sus empresas en la medida de sus deseos, después de acumular muchas riquezas pasaron al mar que se llama Océano, más allá de las Columnas de Hércules ...y fundaron una ciudad, que siendo una península, llamaron Gadeira...*”. En suma, comercio, emigración y exceso de población son las causas que quedaron impresas en los textos antiguos. Hay más referencias que no merece mencionar porque no aportan más explicaciones.

En realidad sobre estas cuestiones se han conjugado las causas de la presencia fenicia en Occidente. Se habla del déficit agrícola y de la superpoblación (Aubet 1994: 75 ss.), pues desde el siglo X en adelante parece que hay claras alusiones a problemas alimentarios en Tiro, que debe importar grandes cantidades de aceite y cereal. E igual parece que hubo un fuerte crecimiento demográfico en Fenicia, y en Tiro especialmente, a principios del milenio I, que debió constituir un serio problema y conduciría una salida al exterior. Quizás todo esto se vincule con el problema con el problema del pago de tributos a los asirios, a partir de Asurnasirpal II, en el 876 a.C. (Kestemont

1985: 53 ss.; Aubet 1994: 86-88), y con la llegada al trono de Tiglatpileser III -745/727- hay una imposición política y económica en torno a Tiro y Sidón, siendo Tiro el instrumento de la expansión asiria.

Desde luego, el espacio comprendido entre el inicio del pago de tributos de Tiro a Asiria, entre Asurnasirpal II y Tiglatpileser III coincide arqueológicamente con la salida fenicia al Mediterráneo. A mediados, o poco antes, del siglo IX, es cuando se advierten los primeros indicios en el Mediterráneo oriental (Coldstream 1982: 261 ss.). La presencia fenicia en el Egeo ocurrió antes de la fundación de Al Mina, y huellas se hallan en Atenas, Eubea, Creta y Cos a través de producciones artesanas halladas en varias necrópolis de esos lugares, a mediados del siglo IX a.C. Según Coldstream, antes citado, hubo contactos entre griegos y fenicios, en parte debido a artesanos que trabajaron en el Egeo y a través de un comercio de perfumes, cuyas fábricas se establecieron en las islas egeas más próximas a su lugar de origen. La razón para Atenas pudo radicar en la explotación de las minas de plata de Laurion, beneficiadas en esa época, como las de Thorikos. Por ese tiempo también se advierte la presencia fenicia en Kition (Chipre), cuando se construyó el templo de Astarté, y a fines del siglo IX ya se hallaban allí firmemente establecidos, por cuestiones relacionadas con la metalurgia (Karageorghis 1983: 173 ss.). Y poco más tarde, en los primeros decenios del siglo VIII se debió fundar Cartago, cuyos materiales de esa época se han exhumado recientemente.

La presencia fenicia en la Bahía de Cádiz, y la fundación de *Gadir*, está inmersa en la dinámica de las primeras expediciones y colonización fenicia en los puntos mencionados, como su resultado más occidental y no como un hecho aislado. Es decir, la fundación de Cádiz no es el resultado de una expedición directa Oriente-Occidente, avocada a una aventura aleatoria, sino el resultado de una política exterior expansiva y comercial, con puntos clave establecidos en el Mediterráneo -Chipre, Cartago, Sicilia, zona costera mediterránea peninsular y Bahía gaditana, en los momentos iniciales-, por razones de índole interno mencionadas anteriormente. No quiero extenderme más sobre este punto, que requiere un tratamiento más prolijo, sino insistir sólo que la fundación de *Gadir* es el resultado de una exploración y establecimientos en zonas claves del Mediterráneo y en el extremo occidental del mundo conocido.

De aquí deviene el problema de la precolonización, o el espacio comprendido entre la fecha mítica de la fundación de *Gadir*, en torno al 1.101 a.C., y el comienzo de los primeros establecimientos atestiguados hasta el momento, en los comienzos del siglo VIII a.C. La credibilidad de la fecha mítica, justificada con razones muy endeblés, y la aparición de estos

establecimientos en una datación más tardía ha provocado el concepto de "precolonización", en un sentido conciliador entre fuentes y restos materiales (Acquaro, Godart, Mazza y Musti 1988, con numerosos artículos relativos a este problema). En realidad es un término que viene a decir poco o nada: o se refiere a un espacio de trescientos años de "frecuentación precolonial" -también empleado- o a la llegada más o menos intermitente de gentes del Mediterráneo central u oriental desde el II milenio a.C. (Bouzek 1985). Si el concepto se refiere a esto último obviamente las relaciones entre Oriente y Occidente, y por razones también metalúrgicas, remontan al milenio III a.C. y durante el II son muy frecuentes. Un concepto general de las relaciones Oriente-Occidente. Si se refiere a la presencia fenicia, hay que afinar más en las explicaciones y en las manifestaciones materiales que las sustentan. M.E. Aubet (1994: 178) ha sintetizado muy bien el problema, al decir que por "*por precolonización se entiende un movimiento de expansión naval y comercial con vistas a la búsqueda de materias primas y sin asentamientos permanentes, que se revelarían habitualmente en el registro arqueológico a través de una influencia oriental sobre las sociedades indígenas implicadas, como los sardos, los sículos y los tartesios*", proporcionando una serie de elementos "cananeos" hallados en el Mediterráneo central y occidental, que en su opinión, que comparto plenamente, no constituyen una base de contrastación rigurosa a nivel arqueológico (*ibidem*: 186 y 187).

De esto se desprende la posibilidad de que no se han hallado aún los pequeños establecimientos fenicios de distribución e intercambios de productos y que a lo mejor los materiales antiguos estuviesen entre los materiales de los poblados indígenas, como ha indicado también Alvar (Plácido, Alvar y Wagner 1991: 157) en relación al CDB y los asentamientos indígenas de los alrededores, sugiriendo la posibilidad de que en ellos se hallen materiales precoloniales. Pues bien, se han excavado al menos cinco cabañas indígenas del Bronce final con materiales tipológicamente precoloniales, entre los que se han exhumado cerámicas y objetos de hierro similares a los hallados en los estratos de base del CDB, sin que existan diferencias tipológicas que permitan corroborar esta hipótesis y datarlos con anterioridad a fines del siglo IX/ comienzos del VIII a.C.³². Conclusiones similares defiende H.G. Niemeyer (1981: 9-33, 1984: 3-94) para los asentamientos malagueños.

En realidad es una antigua teoría defendida por Gordon Douglas (1970) en su tesis doctoral sobre el transcurso histórico de la colonización fenicia en el primer milenio. Su conclusión, después de un análisis histórico y arqueológico, contrastado con los textos escritos, es que "*the dates of the classical tradition for the establishment of Phoenician colonization of the*

Mediterranean point to the twelfth century B.C., while modern archaeological evidence, with some exception points to an eighth century date" (*ibidem*: 230). Un estudio efectuado sobre la cronología de Palestina durante el Hierro II –siglos X y IX a.C.–, evaluando los resultados de la arqueología salomónica en Lachish, Ashdod y Tel Ira, concluye en conjeturas y suposiciones no atestiguadas, mientras que las revisiones de las secuencias estratigráficas de Hazor, Megiddo y Gezer, y los datos procedentes de Samaria ofrecen una cronología más baja para este período –aproximadamente en un siglo–, repercutiendo en la colonización fenicia (Wightman 1990: 5 ss.).

Dado el carácter tirio de la fundación de *Gadir*, parece lógico que las correlaciones entre los tipos cerámicos de aquí y los orientales esclarezcan los problemas cronológicos. P.M. Bikai (1978: 55 y 56; Eadem 1978) opina que las cerámicas fenicias occidentales se vinculan tipológicamente con las de los estratos III-II de Tiro, es decir, que las fundaciones coloniales tuvieron lugar en los últimos decenios del siglo VIII a.C. Sin embargo, los resultados del Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata 1991: 285 y 286; Ruiz Mata y Pérez 1995) muestran que muchas formas de los estratos fundacionales se pueden datar en los estratos V y IV de Tiro –entre 760 y 740 a.C.– y otras en los comienzos del siglo VIII.

En suma, las primeras fundaciones fenicias, entre las que se halla CDB/*Gadir*, tuvieron lugar en los comienzos del siglo VIII, poco después de las primeras exploraciones y fundaciones en el Mediterráneo oriental y central y tal vez un poco antes, o contemporánea, de Cartago. El concepto de precolonización –término impreciso y equívoco– puede suponer incursiones de carácter exploratorio o comercial hacia el Occidente conocido desde las Edades del Cobre y Bronce. Más éste es un tema que requiere un estudio particular.

5. CONCLUSIONES: UNA PROPUESTA DE INVESTIGACIÓN PARA EL SIGLO XXI

En un tema tan complejo y de tanta tradición histórica no es posible resumir en pocas páginas toda la problemática planteada. Me quedo sólo con algunos temas que han suscitado de siempre gran interés y los argumentos que se pueden esgrimir en la actualidad con los datos existentes. He de regresar a los problemas tratados, simplificándolos.

Fuentes escritas. Existen numerosas referencias sobre *Gadir*, Gades y Occidente en los textos escritos de la antigüedad. No obstante faltan historias más detalladas sobre los acontecimientos que sucedieron durante gran parte del milenio I a.C. De las noti-

cias sobre este ámbito he recogido las que me han parecido más sustanciosas con los contenidos y objetivos de este artículo³³. Mi opinión la ha mostrado en las páginas precedentes, pero no quisiera omitir otras opiniones de una autora de reconocido prestigio sobre el mismo tema. Me refiero a M.E. Aubet (1987: 176-178), de la que recogeré su parecer en el apartado titulado "La historiografía clásica: *Gadir*, Heracles y los fenicios". Comienza con unas líneas demoledoras de los textos: "*La mayoría de los mitos, tradiciones y leyendas sobre la llegada de los fenicios a Occidente empieza a tomar forma en época helenística, es decir, algo más de 500 años después de transcurridos los acontecimientos que narran. Se trata, por ello, de fuentes de información tardías, muy alejadas de los hechos, forzosamente subjetivas y...con escasas garantías de fiabilidad*" (*Ibidem*: 176). A continuación, tras esta posición general sobre los textos escritos, con la que coincido plenamente, trata del problema de la cronología proveniente de Veleyo Patérculo (*Hist. Rom.* 1:2,1-3), y de Timeo como fuente de V. Patérculo, que escribió a finales del siglo IV y comienzos del III a.C., del que opina que "*no se distingue precisamente por sus conocimientos rigurosos sobre Iberia, lo que pone de manifiesto, en principio, las escasas garantías que ofrecen las fuentes de información de origen*" (*Ibidem*: 176). Considera la gran confusión reinante en época helenística en la llegada de los fenicios a Occidente, y a la tendencia a considerar históricos los problemas homéricos, causa de muchas confusiones, manipulaciones, fantasías e ingenuidades, hasta el punto de concretar que "*ninguna de estas leyendas surgidas en el siglo IV a.C. tiene fundamento histórico*" (*Ibidem*: 177), concluyendo que "*la poca consistencia de las fuentes clásicas que tratan de la fundación de Gadir y el contexto tardío y pseudoerudito en que se producen no resisten, a nuestro juicio, un análisis histórico riguroso*" (*Ibidem*: 178). Es lo que he tratado de defender anteriormente, contrastando en este caso el texto y el dato arqueológico.

Cádiz/*Gadir*. Si se admiten, como creo que debe hacerse, las críticas pertinentes a los textos, por las razones esbozadas, la ciudad fenicia arcaica es aún un enigma en trance de esclarecimiento, por explicar desde otras concepciones la información dimanante del registro arqueológico. Hasta el presente no hay razón alguna para ubicar *Gadir* en ninguno de los puntos señalados por los investigadores citados, donde los motivos más fuertes han sido la tradición y el deseo. Los escasos restos arqueológicos de los siglos VIII y VII a.C. no proporcionan en modo alguno la dimensión de la ciudad, ni su carácter, ni su localización. A lo sumo se intuye la existencia ocasional de unas cuantas viviendas, sin disposición urbana, que servía de cobijo temporal para actividades eventuales relacionadas con la pesca. Lo que también pudiera explicar

los establecimientos más antiguos del Cobre y Bronce. Y los materiales arqueológicos son los resultantes de estas ocupaciones estacionales. La hipótesis de la destrucción mediante la erosión creo que no resiste el más mínimo análisis, y más bien es una explicación forzada para mostrar *ex silentio* la ciudad que nunca existió. Las razones se han expuesto anteriormente.

Desde una visión de patrones de asentamientos fenicios, la situación supuesta de la ciudad de Gadir en Cádiz no deja de resultar extraña, irregular y apartada de los asentamientos conocidos en el Mediterráneo y costa española, que son ya numerosos. El paralelo con Tiro no es exactamente igual, en la dimensión isla-continente. El CDB se adapta más a los patrones conocidos. En este sentido, no quiero dejar de ofrecer el punto de vista de Bunnens (1986: 193 ss.), que sin conocer bien la zona y la problemática arqueológica aporta una visión muy coherente que comparto, sobre todo por su extrañeza que ocupa la supuesta colonia, siendo muy consciente de su particularidad. No duda, como quien firma este trabajo, de su existencia. Su extrañeza radica en la posición geográfica y en la funcionalidad de la posible colonia. Merece transcribir sus conclusiones: "*La position de Gadés est originale à plus d'un titre. Si les notices des auteurs grecs et latins ne paraissent pas contribuer à notre connaissance de ses origines, la situation géographique de la ville, en marge du territoire de la civilisation tartessienne et relativement éloignée des stations phéniciennes de la côte andalouse, souligne sa singularité. Elle ne semble pas être née du même mouvement que celui qui a suscité la fondation de Toscanos et d'autres sites analogues. Ceux-ci, établis dans une région qui n'est pas sans offrir certaines analogies avec la côte libanaise, ne semblent pas avoir eu une vocation exclusivement commerciale. Ils présentent plutôt l'aspect de petites colonies aux activités diversifiées, le commerce n'étant que l'une d'elles. Gadés, au contraire, semble occuper une position moins favorable à l'établissement d'une société coloniale mais beaucoup mieux disposée pour les relations commerciales avec le sud de la péninsule ibérique*" (1986: 192). Es decir, el medio geográfico de Cádiz se aparta de los asentamientos fenicios españoles conocidos en estas últimas décadas en Andalucía meridional. Lo cual le ha conducido a explicarla desde otra perspectiva funcional, basada en una función puramente comercial, exenta de la dualidad comercial-colonial de los demás asentamientos fenicios. Esta peculiaridad geográfica, llevada a términos funcionales, en relación sólo comercial con la sociedad tartésica, ahora puede matizarse más por la existencia de la ciudad fenicia del CDB, más diversificada productivamente, y por el sentido religioso que Cádiz tuvo desde sus comienzos y mantuvo hasta época romana e incluso después.

En épocas más recientes no deja de extrañar la escasez de urbanismo durante el período orientalizante y turdetana, e incluso en época romana. Es más, el supuesto puerto en La Caleta no tiene justificación. Quizás fuese más oportuno anotar dónde estaba situado en el siglo XVI, en la misma posición que en la actualidad, como muestra un grabado del puerto y la ciudad de comienzos del XVI, en el mismo lugar que en el momento actual, resguardado de los vientos y mirando a tierra firme. Por mucho que fuese la erosión y la destrucción, no se justifica la falta de urbanismo – edificios privados, públicos y centros industriales.

Los templos. En este aspecto creo que hay que considerar varios aspectos. Sobre ello se ha hablado con cierta extensión. Mas quisiera resaltar el carácter sagrado de la isla, con el templo de Astarté-Venus y el Cronión. El primero pudiera estar situado en el lugar indicado, si se considera el material arqueológico recogido de los fondos marinos, que sugieren ofrendas y no materiales procedentes de pecios hundidos. Mantengo, en cuanto al Cronión, que en principio fue sólo un concepto, delimitador del extremo del mundo conocido y un espacio sagrado donde se celebraban los cultos y rituales. La mención de Estrabón o es anodina o realmente su parentesco con Zeus –padre e hijo– se concretó en una época ya tardía en un edificio sagrado. Parece claro la vinculación de Cronos/Zeus-Astarté/Venus. La isla adquiere desde sus comienzos un concepto espacial sagrado, por su posición topográfica, como punto de atraque de embarcaciones, y su relación con tierra firme. Los templos conllevan estructuras productivas, y tal vez los restos de factorías de salazones estén relacionados con ellos, lugares de ofrendas de los navegantes, y aspectos coercitivos ideológicos, además de su posición como finis-terra –de ahí la fijación de mitos y leyendas– y punto de partida hacia el interior peninsular mediante los ríos Guadalete y Guadalquivir. No excluyo en todo esto cierto carácter helenizante, que trataré en otra ocasión.

Las necrópolis. Son los elementos más abundantes, pero también muy desconocidos en muchos de sus aspectos, perdidos para un estudio integral y profundo, debido a una falta de metodología apropiada, a la rapidez de las actuaciones y a los escasos e incompletos estudios efectuados. Falta además un estudio espacial preciso, que explicase su diacronía y sentido ritual-religioso en el contexto de ese espacio sagrado.

En la actualidad, y desde una visión cronológica, los enterramientos más antiguos conocidos se datan en el siglo VI a.C. Se trata de incineraciones simples o dobles, que cada vez ocupan más espacio en los lugares supuestos de habitación fenicia. No se conocen enterramientos anteriores. Adelantando el tema, es muy probable que la isla se comenzara a habitar y adquirir sentido estratégico, religioso y político en este momento, desde fines del siglo VII o comien-

zos del siglo VI, en relación con la presencia de Cartago en la zona.

En este sentido, que comparto, M.E. Aubet (1986: 612) con gran agudeza ha expresado que "*el espacio de tiempo comprendido entre los siglos VI y III a.C. (...), corresponde al del imperio cartaginés pre-bárcida y coincide con aquel período en el que Cartago asume, gradual o militarmente, el control de los viejos territorios de población fenicia occidental. Se trata de un período de profundos cambios en el seno de la sociedad fenicia de Occidente, cuyo desarrollo ya no depende de unos objetivos estrictamente económicos y comerciales promovidos desde las ciudades fenicias de Oriente, sino que va a estar condicionado por una situación política totalmente distinta*". Los cambios son conocidos en el Mediterráneo central y en Ibiza, y las repercusiones en Occidente son también evidentes. Es en este contexto donde, en mi opinión, debe situarse el origen de la historia gaditana desde finales del siglo VI hasta los comienzos de la romanización. He aludido antes a la helenización que sugieren muchos aspectos gaditanos, e incluso en los religiosos, pero son los tipos de tumbas los elementos más evidentes, relacionadas con el mundo cartaginés (Benichou-Safar 1982). Matizar estos temas requeriría un espacio que no cabe en las consideraciones de este trabajo. Pero si es preciso señalarlos para futuros trabajos y orientaciones para la comprensión del papel jugado por Cádiz, como agente de Cartago, desde el siglo VI en adelante. No hay contradicciones entre el material arqueológico y la explicación histórica. Lo que no implica una colonización, sino la implantación de un punto estratégico en una zona de vital importancia para el comercio y un control productivo, tal vez en relación también con Lixus.

Breve reseña sobre el proceso histórico cultural gaditano. En el curso de las excavaciones se han detectado núcleos aislados de ocupación del Neolítico final/Edad del Cobre y posiblemente Bronce pleno, con una numerosa industria lítica. El material no se estudiado aún, mas parece que estos grupos sociales se dedicaban a actividades pesqueras.

Tras un hiatus durante el Bronce final, se han hallado elementos fenicios, ya mencionados, que no indican la existencia de una ciudad, sino ocupaciones temporales también relacionadas posiblemente con la pesca. Su existencia no demuestra necesariamente, como se ha pretendido, la existencia de la ciudad fenicia de *Gadir*, según denotan las excavaciones realizadas y los materiales arqueológicos. El que los haya no es una prueba fehaciente. Los materiales escasos de los siglos VIII y VII a.C. no significan más que una reproducción de las actividades advertidas en los milenios III y II a.C.

Mantengo la hipótesis que fue a finales del VII y sobre todo en los primeros decenios del siglo

VI a.C. cuando la isla comenzó a habitarse, en el contexto político mediterráneo tras la caída de Tiro y la expansión cartaginesa, como un punto estratégico para Cartago en su política expansiva mediterránea y atlántica. Es ahora cuando surgen los templos mencionados. Y no deja de resultar extraño que en las numerosas excavaciones realizadas las viviendas sean muy escasas o inexistentes, mientras que la necrópolis va ocupando un rango específico, tal vez relacionada con el simbolismo de los templos. Y así ocurre en épocas posteriores hasta época romana.

El templo de Melqart. En mi opinión el templo de Melqart —y no quiero entrar en otras consideraciones sobre colonización/expansión/templo (Berchem 1967: 63 ss. y 307 ss.)— fue en principio un pequeño lugar sagrado de los comienzos de la presencia fenicia en Occidente (García y Bellido 1963: 70 ss.). Los hallazgos de diferentes divinidades orientales de bronce, de los siglos VIII y VII denotan su importancia y antigüedad (Blanco Freijeiro 1985: 207 ss.; Perdigones 1991). En realidad constituyó el hito simbólico-religioso y político del espacio de control fenicio en Occidente, una frontera de demarcación del ámbito de dominación fenicia. En mi opinión, no tuvo en principio ninguna relación con el extremo occidental de la isla, no fue el templo de la ciudad de Cádiz, sino una frontera político-religiosa. Sus funciones han sido bien analizadas por M.E. Aubet (1994), y no es el tema que nos ocupa. La hipótesis que planteo es su independencia en relación a la ciudad, su sentido espacial en el marco global mediterráneo y su condición de frontera política mediante claves e ideología religiosa. Más tarde, desde la ocupación del siglo VI en adelante cuando la vinculación fue más estrecha, y más alto su grado de helenización. El problema es más complejo, pero mi objetivo es marcar la diferencia entre el texto tardío estraboniano sobre la fundación de Cádiz y el sentido del templo en los orígenes de la presencia fenicia en la Bahía gaditana. El templo constituía una verdadera puerta, una barrera hacia la bahía gaditana y sobre todo a los estuarios de los ríos Guadalete y Guadalquivir, en cuanto control de los centros productivos metalúrgicos y del comercio.

El poblado fenicio del CDB. En este punto entramos ya en el concepto de la ciudad de *Gadir*, en sus aspectos político y comercial, como sagazmente señala Bunnens (1986), sin un conocimiento del medio histórico. Sobre el tema, como en los restantes, he expuesto los diversos criterios, las fuentes significativas y los resultados de la arqueología. Hasta ahora, el CDB ofrece las características que cualquier arqueólogo puede considerar fenicias, en cuanto a los restos excavados de la ciudad, sus espacios y técnicas constructivas, fortificación y diversificación tipológica de materiales, que hallan paralelos exactos en ciudades del Próximo Oriente y Cartago. La duda razonable

que tuvimos en principio, dado como cierto la existencia de *Gadir* en Cádiz, se ha ido decantando, a medida que se conocían más datos de la ciudad y su entorno y los resultados gaditanos, a situar en ella la primera fundación fenicia de la Bahía gaditana, a matizar las diferencias con los asentamientos malagueños y Huelva, y a situar con bastante aproximación la cronología de su comienzo –principios del siglo VIII. No existen por ahora razones que contradigan el discurso que he mantenido a lo largo de este trabajo. Se ha de ver, pues, aquí el lugar de referencia que los antiguos textos conceptúan como *Gadir*. Mas ¿fue éste el nombre originario de la ciudad, o acaso el nombre es más tardío? De todos modos el centro nuclear fenicio en el extremo occidental del mundo conocido, estrechamente emparentado con Tiro y la ciudad-Estado de Cartago se ha de identificar con el CDB. Es la tesis que sostengo, y en la que no he hallado contradicciones arqueológicas, pues las textuales, confusas en muchas ocasiones, corresponden precisamente al momento de decadencia del CDB.

Regresando a los textos, son curiosas las menciones a la destrucción de las murallas de Gades empleando por vez primera el ariete (Vitruvio, X,13,1, hacia los años 25-23 a.C., y Ateneo, en el siglo I a.C.). Vitruvio emplea el término de *castellum* –“*cum autem castellum ante cepissent, id demoliri sunt conati*”–, que en principio fue tomado y después se intentó demoler, consiguiéndolo por fin mediante el empleo del ariete, inventado por un herrero tirio. Si esto es así, se refieren a un lugar fortificado, que en este caso sólo puede corresponder al CDB. No está claro a qué momento se refiere el asedio, pues el texto pretende sólo tratar del origen del ariete, desde su constitución más simple hasta las maquinarias de asedio más elaboradas y complejas. Las huellas de destrucciones en el CDB corresponden al siglo VI y a la segunda mitad del siglo III a.C. Por lo que conocemos hasta ahora en Cádiz, los únicos restos de fortificaciones corresponden al siglo XV, pero sobre una estructura de época almohade (Diario de Cádiz, 21 de enero de 1999).

Desde una posición política, el CDB es el centro de una periferia que se extiende por los ríos Guadalete y Guadalquivir y al otro lado del Guadiana –Tavira puede constituir un ejemplo–, vinculado con la costa atlántica norteafricana –Lixus y Mogador–, y un puerto exportador de carácter nacional e internacional. Lo cual requiere, como en otros puntos, estudios más pormenorizados.

En suma, el registro arqueológico, desde una perspectiva global de la bahía gaditana, sugiere la explicación siguiente, en el espacio y en el tiempo:

–La fundación fenicia más antigua tuvo lugar en el CDB, en los comienzos del siglo VIII a.C. Hacia el 730-720 ocupaba en torno a 7 Ha y se hallaba forti-

ficada, con muralla precedida de una amplia fosa.

–El templo de Melqart, por la misma época, ocupaba el lugar que se le ha asignado, en Sancti Petri, y constituía, al margen de otras funciones, un límite espacial e ideológica, como finis terra y comienzo de la región fenicia occidental, cuyo centro político y económico se hallaba en el CDB.

–Los restos más antiguos de Cádiz, de los siglos VIII y VII, corresponden a ocupaciones y a actividades esporádicas relacionadas seguramente con la pesca y el marisqueo. No debe obtenerse de esos datos la visión de la ciudad fenicia.

–A juzgar por los enterramientos, la isla se ocupó permanentemente en los comienzos del siglo VI, sin una estructuración urbana relevante, en relación a las nuevas directrices política y comercial impuesta desde Cartago, constituida ahora en el núcleo más potente del Mediterráneo. Aquí deben datarse también los templos de Astarté/Venus y Cronos/Zeus. Esto requiere una explicación más prolija, que efectuaré en un libro sobre Cádiz y la bahía a través de las fuentes grecorromanas y la arqueología.

–En los siglos V y III muchos enterramientos poseen características cartaginesas, como en otros lugares de las costas andaluzas. Y desde una visión religiosa, los sincretismos y asimilaciones orientales y griegos pudieran explicar problemas oscuros del significado sagrado de la isla, de los enterramientos y de la escasez de elementos urbanos.

–En cuanto a las fuentes, siendo las más antiguas de los siglos V y IV, pero en especial de época helenística y romanas son el producto de otra época, de carácter más etnocéntrica griega, que aportan muy poco para los primeros siglos de la presencia fenicia en el otro lado del Estrecho. Son otros conceptos, que se han extrapolado y proyectado ingenuamente hacia un momento mucho más antiguo, con otras circunstancias políticas y directrices comerciales.

–A partir de los siglos VI y V los restantes lugares de la Bahía, San Fernando y Puerto Real se consolidan como zonas productivas y áreas de habitación de Cádiz.

El objetivo de este trabajo, según indiqué al comienzo, pretendía razonar sobre las fuentes y la arqueología, debido a los datos existentes, que permiten al menos reflexionar sobre temas poco cuestionados. Han quedado muchos temas pendientes, y sólo sugeridos, que se tratarán con amplitud en trabajos próximos.

Sobre la propuesta de investigación sobre proyectos futuros, dedicaré unas líneas de actuación, que permita organizar y comprender el maremagnum de datos:

–Se parte de la base que cien años de investigación, con intermitencias, dado el carácter especial de la arqueología urbana y sus limitaciones, han originado un material copioso que es difícil, y en muchas

ocasiones imposible, de organizar. Han sido muchos los criterios, los métodos, y a veces la ignorancia y la desgana con que ha contado la investigación en la ciudad de Cádiz. Un modelo que no debe repetirse, pues una excavación de emergencia es un trabajo de investigación, cuyos resultados son muy dispares dependiendo de los enfoques y metodologías.

-Primero habría que efectuar una campaña de estudio profundo de los materiales, contextualizados en el espacio y en el tiempo, para concretar un mapa real de ocupación diacrónica de los restos. La historia es tiempo sucesivo, pero un tiempo historiado. Y el espacio es el lugar de la actividad del hombre en todas sus variables posibles. Ahora se posee un puzzle que hay que componer, para asentar unas bases im-

prescindibles que permitan una reconstitución histórica. Hasta ahora ha sido fácil, demasiado fácil hablar de Cádiz, arropada por unos textos no cuestionados. En adelante deben ser los restos materiales, analizados con objetividad y explicados históricamente, los protagonistas de una historia que está aún por escribir.

-Y en segundo lugar hay que llegar al convencimiento de que la arqueología en Cádiz es un trabajo de investigación sistemática, con aplicaciones metodológicas adecuadas, dirigidas por arqueólogos experimentados, y que en el programa conste el estudio de los materiales y su publicación. Lo demás es cubrir un expediente que no satisface a la investigación, ni a la propia historia de la ciudad de Cádiz.

NOTAS

¹ Sobre el tema de este trabajo se está preparando una extensa monografía en la que se analizará con mayor amplitud y documentación gráfica. Agradezco al Prof. Almagro-Gorbea la oportunidad que me ha concedido de adelantar el grueso de sus conclusiones en la revista que dirige, con la publicación de este extenso artículo sobre uno de los temas que mayor número de páginas ha visto dedicadas en función de su gran importancia para la protohistoria europea y mediterránea.

² Este tema posee ya una bibliografía tan amplia, que no es posible abordarla ni mencionarla en este trabajo que posee otros objetivos. Citaré sólo, como referencia actualizada, K. Kristiansen, *Europe before history. The European World System in the 2nd Millenium B. C.*, 1998.

³ Sobre ello, en base a las excavaciones en los poblados indígenas de Campillo y en la Laguna del Gallo, en la campiña de El Puerto de Santa María, quien firma este artículo, J.A. Ruiz Gil y J.J. López Amador están elaborando un trabajo.

⁴ En unos sondeos sin publicar efectuados por G. Hoffmann, de la Universidad de Bremen, en un proyecto sobre la costa y la situación paleogeográfica de los asentamientos fenicios, se realizaron columnas para el estudio de la secuencia geológica en la zona del puerto del CDB, hallándose materiales sobre la roca de los siglos V-IV a.C., que denotaba el comienzo de la colmatación mediante los aluviones del río Guadalete.

⁵ El Arrecife está muy cerca del CDB, y más enterramientos se han hallado a mediados de este siglo, sin publicar.

⁶ El CDB plantea también el problema de la ecuación ASIDO (situada en Medina Sidonia)-CDB, a juzgar por los materiales hallados, junto a monedas, de comienzos del siglo VIII, y su extensión por la superficie del yacimiento. Este tema se está analizando en una monografía.

⁷ Sigonza, en efecto, se halla en el término de Jérez —en la actualidad pertenece a San José del Valle—, y se conservan los restos de un castillo probablemente de los siglos XIII-XIV. De allí proceden materiales de los siglos III-II a.C., y al parecer fue escenario de guerra entre los habitantes de Asta, ayudados por lusitanos, y el ejército romano, en torno a 197 a.C.

⁸ Este manuscrito se halla en posesión de D. Luís Suárez Ávila, a quien agradezco su generosidad de siempre por haberme facilitado su lectura y sus sabios comentarios sobre muchos pasajes.

⁹ L. Coloma (1920): *Cuadros de Costumbres Populares*. Bilbao.

¹⁰ Quiero agradecer de nuevo la amabilidad de D. Luís Suárez Ávila por haberme dejado leer el manuscrito.

¹¹ La bibliografía generada por este investigador es muy numerosa. De ella destaco el primer libro con visión histórica y arqueológica sobre fenicios y tartesios que ha dado lugar a otras obras posteriores. J.M. Blázquez (1969): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Salamanca. 1ª edic. y 1975 (2ª edic. notablemente aumentada y corregida).

¹² Información que agradezco a D. Francisco Blanco, arqueólogo eficaz y gran conocedor de la arqueología urbana de Cádiz.

¹³ Ramírez (1982a: 97-99) cita numerosos restos de industria lítica paleolíticas y más recientes. En excavaciones posteriores se han hallado numerosos restos cerámicos y líticos, neolíticos, del Cobre y Edad del Bronce.

¹⁴ Información que agradezco a D. Francisco Blanco, quien dirigió la excavación.

¹⁵ Información publicada en el Diario de Cádiz —2 de enero de 1999, sección de Cultura, pag. 25—, donde se menciona dos alineaciones de enterramientos con materiales de los siglos VII-VI a.C.

¹⁶ Noticia aparecida en el Diario de Jerez —viernes, 3 de abril de 1998—, con el título de "Primera huella de Gadir". Posteriormente tuve la oportunidad de visitar las excavaciones y ver parte de los materiales, debido a la amabilidad del director de los trabajos D. José María Gener, a quien desde aquí felicito por el trabajo minucioso realizado y por su prudencia en la valoración de los hallazgos.

¹⁷ Fierro (1995: 209), en relación con la hipótesis de que la Torre de Tavira constituyó el asiento del templo de la Venus Marina —o también la ubicación de la Gadir fenicia—, informa que en la calle Marqués del Real Tesoro, frente al edificio citado y en su cota más alta se realizó un sondeo que alcanzó 7 m de profundidad, que no ha proporcionado restos fenicios arcaicos ni culturales, salvo evi-

dencias de restos romanos sobre la "terra rossa", que constituye el suelo natural. Posteriormente, en el solar del Cine Cómico de la calle de San Miguel, en una zona más baja de la colina, se ha excavado una importante factoría de salazones romana, que por el momento invalida la hipótesis de la existencia de la *Gadir* fenicia arcaica en aquella zona.

¹⁸ Informaciones que agradecemos a sus excavadores, principalmente a Francisco Blanco e I. Córdoba.

¹⁹ En las prospecciones de este tramo costero, efectuadas por el Museo Municipal de El Puerto de Santa María y por J.A. Ruiz Gil, de la Universidad de Cádiz, se han detectado con claridad más de una veintena. Una de ellas se excavó por completo, y en varias se han realizado sondeos estratigráficos. Desde aquí agradezco las informaciones.

²⁰ Excavación realizada por J.M. Gener, sin publicar. Desde aquí agradezco su información.

²¹ Excavación efectuada por I. Córdoba Alonso, a quien agradezco la noticia.

²² Es el caso, por ejemplo, de la cueva-santuario de Groham's Cave en Gibraltar (véase, Culican (1972): *Phoenician remains in Gibraltar*. *Aus/BibArch*, 2.1: 110 ss.). Durante estos últimos años se han realizado excavaciones, que datan las primeras ofrendas a partir del siglo VI a.C. (Información que agradecemos a D.F. Giles Pacheco).

²³ Pertenecen a D. Adolfo Bosch Lería, y se hallan en depósito en el Museo Provincial de Cádiz, y se han podido situar en su contexto subacuático. Lo cual no sucede con la mayoría de las piezas conocidas.

²⁴ Información que agradecemos a Dirce Marzzoli, del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, que las ha estudiado.

²⁵ Su conocimiento procede de un estudio efectuado en el espacio del poblado denominado FO.30, que no llegó a alcanzar los estratos fundacionales de la ciudad. La recogida de los restos se realizó por el procedimiento de flotación en 1986, obteniéndose una excelente muestra para los estudios de alimentación y medioambiente. Próximamente se van a filtrar más de 200 sacos procedentes de un basurero del siglo VIII a.C. exclusivamente, del que se esperan resultados significativos para estos estudios.

²⁶ Excavaciones efectuadas por D. José María Gutiérrez, como trabajo de urgencia.

²⁷ El asentamiento, entorno, necrópolis y secuencia histórico-cultural se ha descrito en Ruiz Mata y Pérez 1995. En resumen, el poblado posee unas siete Ha intramurales en el siglo VIII, más los restos detectados en zonas muy próximas extramurales relacionadas tal vez con el puerto de levante, muralla con foso, entre 8 y 9 m de potencia estratigráfica que ofrecen una secuencia ininterrumpida desde comienzos del siglo VIII hasta el 210-205 a.C., tres sistemas defensivos superpuestos de distintas épocas, y al menos 5/6 fases de superposiciones urbanas. La calidad de las construcciones y de los materiales hallados son también variables que se han de tener en consideración.

²⁸ Ruiz Mata y Pérez 1995. El problema lo ha constituido el término empleado de "barrio fenicio", procedente de una mala costumbre tal vez de denominar zonas de un poblado según características étnicas, religiosas, políticas o productivas, en vez de codificaciones, empleadas en las viviendas y espacios interiores e exteriores. Es lo que ha dado lugar a pensar en una ciudad dual.

²⁹ Tengo que señalar que en un punto hay evidencias de ocupación durante finales del Cobre, y tras un hiatus los primeros restos fenicios. Lo que cabía esperar teniendo en cuenta la dispersión de la ocupación durante el Cobre por la Sierra y a pié de sierra, sin que ello implique continuación ni continuidad. Ejemplos similares se hallan, por ejemplo, en varios asentamientos fenicios malagueños.

³⁰ Desde aquí quiero agradecer el trabajo del prof. Dr. Tomás Calderón, de la Universidad Autónoma de Madrid, y de la profa. Dra. C. Blasco, Catedrática de Prehistoria de esa Universidad.

³¹ Sobre el material fenicio del siglo VIII del CDB, Carmen J. Pérez realiza una Tesis Doctoral bajo mi dirección. El material es abundantísimo y variado, como mostrará el trabajo.

³² Al margen de las noticias indicadas, quien suscribe este trabajo, junto a J.A. Ruiz Gil (UCA) y J.J. López Amador preparan un libro sobre los resultados de las excavaciones en los poblados de Las Cumbres, Campin, Campillo y Pocito Chico, de donde proceden los datos a los que me he referido.

³³ Carmen J. Pérez y el que suscribe el trabajo hemos trabajado sobre este tema y recogido la mayoría de las noticias de la antigüedad sobre *Gadir*, Gades y Occidente, del que preparamos un libro sobre todos los textos y la documentación arqueológica, que tiene por título "*Cádiz a través de las fuentes escritas y la arqueología*".

BIBLIOGRAFÍA

- ACQUARO, E.; GODART, L.; MAZZA, F.; MUSTI, D. (eds.) (1988): *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico*. Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma.
- ADAMS, Y.W. (1973): Pottery, Society and History in Meroitic Nubia. *Sudan in Altertum (Meroitica, 1)*: 177-219, 227-240.
- ADAMS, Y.W. (1979): On the argument from ceramics to history: a challenge based on evidence from medieval Nubia. *Current Anthropology*, 20(4): 727-744.
- ADAMS, Y.W.; ADAMS, E.W. (1991): *A Dialectical Approach to Artifact Classification and Sorting*. Cambridge Univ. Press, Cambridge.
- ALBRECHT, J. (1943): *Saturnus. Seine Gestalt in Sage und Kult*. Halle.
- ALONSO, C.; FLORIDO, C.; MUÑOZ, A. (1991): Aproximación a la tipología anfórica de la Punta del Nao (Cádiz, España). *Atti II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punicí*, II, Roma: 601-616.
- ÁLVAREZ ROJAS, A. (1992): Sobre la localización del Cádiz fenicio. *Boletín del Museo de Cádiz*, 5: 17-30.
- ÁLVAREZ ROJAS, A.; CARANDA LINARES, C. (1994): Bibliografía de Cádiz de época fenicia y romana. *Boletín del Museo de Cádiz*, 6: 53-66.
- ASTRUC, M. (1951), *La necrópolis de Villaricos*. Memorias

- de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 25, Madrid.
- AUBET SEMMLER, M.E. (1986): La necrópolis de Villaricos en el ámbito púnico peninsular. *Homenaje a Luís Siret (Cuevas de Almanzora 1984)*, Sevilla: 612-624.
- AUBET SEMMLER, M.E. (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Bellaterra, Barcelona.
- AUBET SEMMLER, M.E. (1994): *Tiro y las colonias fenicias occidentales. Edición ampliada y puesta al día*. Crítica, Barcelona.
- AUFFARTH, CHR. (1991): *Die droehende Untergang. "Schnopfung"*. Mythos und Ritual im Alten Orient und in Griecheland am Beispiel der Odysee und des Ezechielbuches, Berlin-New York.
- BARRE, M. (1983): *The God-List in the Treaty between Hannibal and Philip V of Macedonia: A Study in Light of the Ancient Near Eastern Treaty Tradition*. Baltimore.
- BELÉN DEAMOS, M. (1993): Religiosidad funeraria en la necrópolis prerromana de Cádiz. *Tabona*, 8(2): 351-371.
- BENICHO-SAFAR, H. (1982): *Les tombes puniques de Carthage. Topographie, structures, inscriptions et rites funéraires*. Études d'Antiquités Africaines, París.
- BENICHO-SAFAR, H. (1988): Sur l'incineration des enfants aux tophets de Carthage et Soussse. *Revue de l'Histoire des Religions*, 205(1): 57-68.
- BERCHEM, D. VAN (1967): Sanctuaires d'Hercules-Melqart. Contribution à l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerranée. *Syria*, 44: 73-109, 307-338.
- BIKAI, P.M. (1978a): *The Pottery of Tyre*. Warminster, Wilts.
- BIKAI, P.M. (1978b): The Late Phoenician Pottery Complex and Chronology. *Bulletin of the American School of Oriental Research*, 229: 47-56.
- BINFORD, L.R. (1965): Archaeological systematics and the study of culture process. *American Antiquity*, 31(2): 203-10.
- BLANCO, A. (1985): Los nuevos bronce de Sancti Petri. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 182: 207-16.
- BLANCO, A.; CORZO, R. (1981): Der neue anthropoide Sarkophag von Cádiz. *Madrider Mitteilungen*, 22: 236 ss.
- BLANCO TORRECILLAS, M.N. (1970): Nuevas piezas fenicias del Museo Arqueológico de Cádiz. *Archivo Español de Arqueología*, 43: 50-61.
- BLÁZQUEZ, J.M. (1969): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Salamanca. [1975: 2ª ed. ampliada].
- BLÁZQUEZ, J.M. (1998): Últimas aportaciones a los orígenes de la colonización fenicia en Occidente. *El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente. Actas del I Congreso Español del Antiguo Oriente Próximo* (J.M. Galán, J.L. Cunchillos y J.A. Zamora, eds.), Madrid.
- BLÁZQUEZ, J.M.; PRESEDO, F.; LOMAS, F.J.; FERNÁNDEZ NIETO, F. (1983): *Historia de España Antigua*. Tomo I, Protohistoria. Cátedra, Madrid.
- BLECH, M. (1995): Schulten y Tartessos. *La Antigüedad como argumento. Historiografía de arqueología e historia antigua de Andalucía* (F. Gascó y J. Beltrán, eds.), Sevilla: 177 ss.
- BONSOR, J. (1928): *Tartessos. Excavaciones practicadas en 1923 en el Cerro del Trigo*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 97, Madrid.
- BRAEMER, F. (1982): *L'architecture domestique du Levant à l'Âge du Fer*. París.
- BOUZEK, J. (1985): *The Aegean, Anatolia and Europe: cultural interrelations in the second millenium B.C.* Göteborg.
- BROWN, S. (1992): *Late Carthaginian Child Sacrifice and Sacrificial Monuments in Their Mediterranean Context*. Sheffield.
- BUNNENS, G. (1986): Le rôle de Gadés dans l'implantation phénicienne en Espagne. *Los Fenicios en la Península Ibérica*, II (G. del Olmo y M.E. Aubet, eds.), AUSA, Sabadell: 187-192.
- CABRERA BONET, P. (1995): Cerámicas griegas en Tartessos: su significado en la costa peninsular desde Málaga a Huelva. *Tartessos 25 Años después 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez: 387-399.
- CERVERA Y JIMÉNEZ, F. (1923): *Excavaciones en extramuros de Cádiz*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 57, Madrid.
- CLIFFORD, R.J. (1990): Phoenician Religion. *Bulletin of American School of Oriental Research*, 279: 55 ss.
- COLDSTREAM, J.N. (1982): Greeks and Phoenicians in the Aegean. *Phönizier im Westen* (H.G. Niemeyer, ed.), Madrider Beiträge, 8: 261-275.
- COLOMA, L. (ed.) (1920): *Cuadros de Costumbres Populares*. Bilbao.
- CÓRDOBA ALONSO, I. (1999): Nuevos datos para el conocimiento de la extensión de la necrópolis fenicia de Cádiz. *XXV Congreso Nacional de Arqueología*. Valencia (e.p.).
- CORZO, R. (1980): Paleotopografía de la bahía gaditana. *Gades*, 5: 5-14.
- CORZO, R. (1983a): Panorama arqueológico de la ciudad de Cádiz. *Primeras Jornadas de Arqueología en las ciudades actuales*, Zaragoza: 75-81.
- CORZO, R. (1983b): Cádiz y la arqueología fenicia. *Anales de la Real Academia Provincial de Bellas Artes de Cádiz*: 5-29.
- CORZO, R. (1988): *Los fenicios, señores del mar*. Historias del Viejo Mundo, 8. Historia 16, Madrid.
- CORZO, R. (1989): Los sacrificios infantiles en Cádiz. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 14: 239-256.
- CORZO, R. (1992): Topografía y ritual en la necrópolis de Cádiz. *Spal*, 1: 263-292.
- CORZO, R.; FERREIRO, M. (1984): Sacrificios humanos en el Cádiz antiguo. *II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, II, Málaga: 57-61.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (1994): La visión de Gades en Estrabón. Elaboración de un paradigma geográfico. *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 20(1): 57-85.
- DE HOZ, J. (1989): Las fuentes escritas sobre Tartessos. *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir* (Mª E. Aubet Semmler, coord.), AUSA, Sabadell: 25-43.
- DE LA BANDERA, M.L. (1982): Orfebrería gaditana: técnicas y tipología. *Boletín del Museo de Cádiz*, 3: 33-41.
- DIES CUSI, E. (1994): *La arquitectura fenicia de la Península Ibérica y su influencia en las culturas indígenas*. Tesis Doctoral. Universidad de Valencia.
- ELLEN, R.F.; REASON, D. (eds.) (1979): *Classification in their Social Context*. Academic Press, Nueva York.
- ESCACENA, J.L. (1986): Gadir. *Los Fenicios en la Península Ibérica*, I (G. del Olmo y M.E. Aubet, eds.), AUSA, Sabadell: 39-58.

- FIERRO CUBIELLA, J.A. (1995): *Gadir. Historia de un mito*. Cádiz.
- FRUTOS, G.; CHIC, G.; BERRIATUA, N. (1988): Las ánforas de la factoría prerromana de "Las Redes" (Puerto de Santa María, Cádiz). *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, I, Santiago de Compostela: 295-306.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1963): Hercules Gaditanus. *Archivo Español de Arqueología*, 36: 70-153.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1964): Deidades semitas en la España antigua: Dioses fenicios. *Sefarad* 24(1): 12 ss.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (ed.) (1968): *España y los españoles hace dos mil años, según la "Geografía" de Estrabón*. Col. Austral 515, Madrid.
- GARCÍA RIVERA, C.; LÓPEZ DE LA ORDEN, M.D. (1980): Elementos de anclas antiguas en el Museo de Cádiz. *Boletín del Museo de Cádiz*, 2: 67-72.
- GAVALA Y LABORDE, J. (1928): Cádiz y su bahía en el transcurso de los tiempos geológicos. *Asociación Española para el progreso de las ciencias. Undécimo Congreso. Cádiz 1927. Tomo IV*. Madrid.
- GAVALA Y LABORDE, J. (1959, reedición en 1992): *El poema Ora Maritima de Rufo Festo Avieno*. Madrid.
- GELINE, N. (1988): Les champs Élysées et les îles des bienheureux chez Homère, Hésiode et Pindare. *Essay de mise au point. LEC*, 56: 225 ss.
- GIFFORD, J.C. (1960): The Type-Variety method of ceramic classification as an indicator of cultural phenomena. *American Antiquity*, 25(3): 341-347.
- GJERSTAD, E. (1962): The Temple of Saturn in Rome: Its Date of Dedication and the early History of the Sanctuary. *Hommage A. Grenier*, II, Bruselas: 757-762.
- GORDON DOUGLAS, Y. (1970): *The historical Background of Phoenician Expansion into the Mediterranean in the Early first millenium B.C.* Ph. D. University Microfilms, Inc., Ann Arbor, Michigan.
- GUITTARD, CH. (1976): Recherches sur la nature de Saturne des origines à la réforme de 217 avant J.-C. *Recherches sur les religions de l'Italie antique* (R. Bloch, ed.), Ginebra-París: 43 ss.
- GUTIÉRREZ, B. (1886): *Historia del estado presente y antiguo, de la mui noble y mui leal ciudad de Xerez de la Frontera*. Edición facsímil. Jerez de la Frontera.
- HAAS, V. (1983): *Vorzeitmythen und Götterberge in altorientalischer und griechischer Überlieferung*. Konstanz.
- HENRICHS, A. (1981): Human Sacrifice in Greek Religion. Three Case Studies. *Le sacrifice dans l'Antiquité*, Ginebra: 145-242.
- HODDER, I. (1982): *Symbols in action*. Cambridge Univ. Press.
- HUGHES, D.D. (1991): *Human Sacrifice in Ancient Greece*. Londres-Nueva York.
- HUNT, M. (1994): Minerías y metalurgias prerromanas: Las Minas de Aznalcóllar. *Revista de Arqueología*, 158: 36 ss.
- HUNT, M. (1995): El foco metalúrgico de Aznalcóllar. Sevilla. Técnicas analíticas aplicadas a la arqueometalurgia del suroeste de la Península Ibérica. *Tartessos 25 Años después 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera: 447-473.
- HUNT, M. (1998): Plata prehistórica: recursos, metalurgia, origen y movilidad. *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península ibérica* (G. Delibes, coord.), *Studia Archaeologica*, 88: 247-289.
- JIMÉNEZ CISNEROS, M.J. (1971): *Historia de Cádiz en la antigüedad*. Instituto de Estudios Gaditanos, Cádiz.
- JOURDAIN-ANNEQUIN, C. (1989): *Héraclès aux portes du soir. Mythe et histoire*. *Annales Littéraires de l'Université de Besançon*, 402.
- KESTEMONT, G. (1985): Tyr et les assyriens. *Redt Tyrus/Sauvons Tyr*. *Studia Phoenicia*, 1, Lovaina: 53-78.
- KUKAHN, E. (1951): El sarcófago sidonio de Cádiz. *Archivo Español de Arqueología*, 24: 23-34.
- LE GLAY, M. (1966): *Saturne Africaine. Histoire*. París.
- LÓPEZ DE ROMA, M.T. (1994): Charcoal analysis of remains from Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz). *Castillo de Doña Blanca. Archaeo-environmental investigations in the Bay of Cádiz, Spain (750-500 B.C.)* (E. Roselló y A. Morales, eds.), *Tempus Reparatum*, BAR International Series 593, Oxford: 35-36.
- LÓPEZ AMADOR, J.J.; BUENO, P.; RUIZ GIL, J.A.; DE PRADA JUNQUERA, M. (1996): *Tartessos y fenicios en Campillo. El Puerto de Santa María, Cádiz. Una aportación a la cronología del Bronce final en el occidente de Europa*. Ford España, El Puerto de Santa María.
- LÓPEZ CASTRO, J.L., CARRILERO, M.; SUÁREZ, P.; AGUAYO, P.; SAN MARTÍN, C. (1991): La colonización fenicia en Abdera: nuevas aportaciones. *Atti II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma: 981-989.
- MARÍN CEBALLOS, M.C. (1992): Baal Hammon. Anotaciones a una obra reciente. *Habis*, 23: 9-14.
- MARÍN CEBALLOS, M.C. (1994): Reflexiones en torno al papel económico-político del templo fenicio. *Homenaje a José María Blázquez, vol. III* (M. Mangas y J. Alvar, eds.), Madrid: 349-362.
- MENANTEAU, L.; CLEMENTE, L. (1977): Variaciones de la influencia marina y su incidencia en la transformación del paisaje aluvial del delta del Guadalquivir durante los dos últimos milenios. *II Reunión Nacional del Grupo Español de Trabajo del Cuaternario*, Madrid: 167-176.
- MOLINA FAJARDO, F.; HUERTAS, C. (1985): *Almuñécar en la antigüedad. La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy*. Granada.
- MOMIGLIANO, A. (1984): *La historiografía griega*. Crítica, Barcelona.
- MOSCATI, S. (1968): *The World of the Phoenicians*. Praeger, Nueva York.
- MUÑOZ PÉREZ, J. (1972): *La pesca en la desembocadura del Guadalquivir. Observaciones geográfico-humanas sobre la supervivencia de un tipo de pesca*. Instituto de Estudios Gaditanos, Cádiz.
- MUÑOZ VICENTE, A. (1984): Aportaciones al estudio de las tumbas de sillería prerromanas de Cádiz. *Boletín del Museo de Cádiz*, 4: 47-54.
- MUÑOZ VICENTE, A. (1991): Las cerámicas fenicio-púnicas de origen submarino del área de La Caleta (Cádiz). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 15: 287-333.
- MUÑOZ VICENTE, A. (1996): Secuencia histórica del asentamiento fenicio-púnico de Cádiz: un análisis crono-espacial tras quince años de investigaciones arqueológicas. *Boletín del Museo de Cádiz*, 7: 77-105.
- MUÑOZ VICENTE, A.; DE FRUTOS, G.; BERRIATUA, N. (1988): Contribución a los orígenes y difusión comercial de la

- industria pesquera y conservera gaditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la Bahía de Cádiz. *Actas del I Congreso Internacional el Estrecho de Gibraltar* (Ceuta 1987), I, Madrid 487-508.
- NIEMEYER, H.G. (1981): Anno octogesimo post Troiam captam...Tyria classis Gadis condidit? Polemische Gedanken zum Gründungsdatum von Gades (Cádiz). *Hamburger Beiträge zur Archäologie*, 8: 9-33.
- NIEMEYER, H.G. (1984): Die Phönizer und die Mittelmeerwelt im Zeitalter Homerus. *Jahrbuch des Römisch-Zentralmuseums*, 31: 3-94.
- OLMOS, R. (1991): A. Schulten y la historiografía sobre Tartessos en la primera mitad del siglo XX. *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua de España (siglos XVIII-XX)*, Madrid: 135-144.
- OPITZ, M. (1975): *Notwendige Beziehungen*. Frankfurt.
- PEMÁN, C. (1941): *El pasaje tartésico de Avieno a la luz de las nuevas investigaciones*. CSIC, Instituto Diego Velázquez, Madrid.
- PEMÁN, C. (1954): *Las fuentes literarias de la antigüedad y fundación de Cádiz*. Comisión de estudio e investigación de la Historia de Cádiz, Madrid.
- PEMÁN, C. (1969): El problema actual de la arqueología gaditana. *Archivo Español de Arqueología*, 42: 20-25.
- PERDIGONES, L. (1991): Hallazgos recientes entorno al santuario de Melkart en la isla de Sancti-Petri (Cádiz). *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, III, Roma: 1119-1132.
- PERDIGONES, L.; MUÑOZ VICENTE, A.; PISANO, G. (1990): *La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz. Siglos VI-IV a. C.* Studia Punica 7, Roma.
- PEREA, A. (1985): La orfebrería púnica de Cádiz. *Aula Orientalis*, 3(1-2): 295-322.
- PEREA, A. (1991): *Orfebrería prerromana*. Arqueología del oro. Caja del Monte, Madrid.
- PEREA, A. (1992): El taller de orfebrería de Cádiz y sus relaciones con otros centros coloniales e indígenas. *Producciones artesanales fenicio-púnicas VI. Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Ibiza 1991)*, Ibiza: 75-87.
- PLÁCIDO, D.; ALVAR, J.; WAGNER, C.G. (1991): *La formación de los Estados en el Mediterráneo occidental*. Ed. Síntesis, Historia Universal Antigua 10, Madrid.
- PODBIELSKI, H. (1984): Le mythe cosmogonique dans la Théogonie d'Hésiode et les rites orientaux. *LEC*, 52: 207 ss.
- POHLENZ, M. (1916): Kronos und die Titanen. *Neue Jahrbuch*, 19: 549 ss.
- PONCE CORDONES, F. (1985): Consideraciones en torno a la ubicación del Cádiz fenicio. *Anales de la Universidad de Cádiz*, 2: 99-121.
- QUINTERO, P. (1929): *Excavaciones de Cádiz*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 99, Madrid.
- RAMÍREZ DELGADO, J.R. (1982a): *Los primitivos núcleos de asentamiento en la ciudad de Cádiz*. Cádiz.
- RAMÍREZ DELGADO, J.R. (1982b): Trabajos arqueológicos submarinos en Cádiz. *Revista de Arqueología*, 22.
- RAMÍREZ DELGADO, J.R. (1994): Terracota orientalizante de la Punta del Nao (Cádiz). *Boletín del Museo de Cádiz*, 6: 93-99.
- RAMÍREZ DELGADO, J.R.; MATEOS, V. (1985): La arqueología subacuática en la Bahía de Cádiz. *VI Congreso Internacional de Arqueología Submarina (Cartagena 1982)*, Madrid: 75-81.
- RAMÍREZ DELGADO, J.R.; MATEOS, V. (1992): Terracota engroide de la Punta del Nao (Cádiz). *Boletín del Museo de Cádiz*, 5: 31-36.
- RENFREW, C. (1984): *Approaches to Social Archaeology*. Harvard Univ. Press.
- RIBICCHINI, S. (1988): Creencias y vida religiosa. *Los Fenicios* (S. Moscati, ed.), Milán: 104-125.
- RODRÍGUEZ ESTÉVEZ, J.C. (1998): *Cantera y obra. Las canteras de la Sierra de San Cristóbal y la Catedral de Sevilla*. Biblioteca de Temas Portuenses 11, El Puerto de Santa María.
- RODRÍGUEZ NEILA, J.F. (1973): *Los Balbos de Cádiz. Dos españoles en la Roma de César y Augusto*. Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 19, Sevilla.
- ROMERO DE TORRES, E. (1934): *Catálogo monumental de España. Provincia de Cádiz*. Madrid.
- RUIZ DE CORTAZAR, A.J. (1764): *Puerto de Santa María ilustrado y compendio historial de sus antigüedades (1764)*. Edición de M. Pacheco Albalate y E. Pérez Fernández. El Puerto de Santa María.
- RUIZ GIL, J.A.; PÉREZ, E.; LÓPEZ AMADOR, J.J.; MONCLOVA, A. (1990): El yacimiento protohistórico de Las Beattillas. *Revista de Historia de El Puerto*, 4: 11-38.
- RUIZ MATA, D. (1989): Huelva: un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce final. *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir* (M^a. E. Aubet, coord.), AUSA, Sabadell: 209-243.
- RUIZ MATA, D. (1991): Los momentos iniciales de la Bahía de Cádiz: cronología y contactos. *Internationale Archäologie 1. Festschrift für Wilhelm Schütle zum 60. Geburtstag*, Marburg: 283 ss.
- RUIZ MATA, D. (1992): Sobre la época arcaica fenicia (siglos VIII-VI) del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz). *Revista de Historia de El Puerto*, 8: 11-44.
- RUIZ MATA, D. (1994): La secuencia prehistórica reciente de la zona occidental gaditana, según las recientes investigaciones. *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana*, Huelva: 279-328.
- RUIZ MATA, D. (1995): Referencias historiográficas sobre el Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz). *La Antigüedad como argumento II. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua de Andalucía* (F. Gascó y J. Beltrán, eds.), Sevilla: 153 ss.
- RUIZ MATA, D.; PÉREZ, C.J. (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. El Puerto de Santa María.
- RUIZ MATA, D.; CÓRDOBA, I.; PÉREZ, C.J. (1998): Vino, aceite y salazones en la Turdetania. *Actas del Congreso Internacional "Los iberos príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica"*, Fundación La Caixa, Barcelona: 387-397.
- SHEFTON, B.B. (1982): Greek and Greeks Imports in the South of the Iberian Peninsula. The Archaeological evidence. *Phönizier im Westen* (H.G. Niemeyer, ed.), Madrider Beiträge, 8: 337-370.
- SCHUBART, H.; MAASS-LINDEMANN, G. (1995): La necrópolis de El Jardín. *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 1: 55-213.
- SCHULTEN, A. (1922): *Tartessos. Ein Beitrag zur ältesten*

- Geschichten des Westen*. Hamburgo.
- SCHULTEN, A. (1923): Tartessos, la más antigua ciudad de Occidente. *Revista de Occidente* I.1, Madrid.
- SCHULTEN, A. (1925): Der Heraklestemple von Gades. *Verhandlungen der 55. Philologen-Versammlung*. Univ. Erlangen: 66.
- SCHULTEN, A. (1928): Venus Marina. *Revista de Estudios Vascos* 1928: 373 ss.
- SCHULTEN, A. (1943): Forschungen in Spanien. 1941. *Archäologischer Anzeiger*, 58: 19 ss.
- SCHULTEN, A. (1958): *Geografía y Etnología antigua de la Península Ibérica*. Madrid.
- SCHULTEN, A. (1959): *Estrabón, Geografía de Iberia*. Fontes Hispaniae Antiquae, VI, Barcelona.
- SCHULTEN, A. (ed.) (1970): *Tartessos*. Madrid.
- SIMONETTI, A. (1983): Sacrifici umani e uccisioni rituali nel mondo fenicio-punico. Il Contributo delle fonti litterarie classische. *Rivista di Studi Fenici*, 11(1): 91-111.
- TEJERA GASPAR, A. (1979): *Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo Occidental*. Universidad de Sevilla.
- VALLESPIN, O. (1985): Carta arqueológica de La Caleta. *VI Congreso Internacional de Arqueología submarina* (Cartagena 1982), Madrid: 59-74.
- VERSNEL, H.S. (1994): *Transition and Reversal in Myth and Ritual*. E.J. Brill, Leiden-Nueva York-Köln.
- VIERRA, R.K. (1982): Typology, classification, and theory building. *Essays in Archaeological Typology* (R. Whallon y J.A. Brown, eds.), Center for American Archaeology Press: 162-175.
- WATSON, P.J. (1986): Archaeological interpretation, 1985. *American Archaeology Past and Future* (D.A. Meltzer, D.D. Fowler y J.A. Sabloff, eds.), Washington: 439-57.
- WIGHTMAN, G.J. (1990): The myth of Salomon. *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 277/278: 5-22.
- WILAMOWITZ, U. (1971): Kronos und die Titanen. *Kleine Schriften*, 5(2): 157 ss.

NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

Temas

La revista *Complutum* publica estudios sobre cualquiera de los temas que actualmente tratan la Prehistoria, Arqueología, Etnología y otras disciplinas afines. Los números anuales de *Complutum* incluyen artículos de diversos autores, de tipo misceláneo o monográfico. *Complutum Extra Serie Monográfica* es de periodicidad variable y está dedicada a estudios de mayor volumen.

Aceptación de originales

Los trabajos deberán cumplir las normas generales de publicación que se exponen en el apartado siguiente, además de aquellas orientaciones particulares que en su caso puedan indicar los editores del volumen. La calidad de los artículos será evaluada por los editores y el Consejo de Redacción de la revista, reservándose ambos el derecho de someter aquellos trabajos que consideren oportunos a la opinión de evaluadores independientes. La dirección de la revista no se compromete a mantener correspondencia sobre los originales no solicitados.

Al autor o autores de cada artículo se le enviarán sin gastos un ejemplar de la revista y veinticinco separatas.

Presentación de los textos

Únicamente se aceptarán trabajos originales, escritos en castellano, admitiéndose la posibilidad de otros idiomas de conocimiento extendido en su campo. Los manuscritos que no sean aceptados para su publicación serán devueltos al autor. En el caso de los trabajos aprobados, se entiende que su autor renuncia a los derechos de publicación y reproducción del total o parte de los mismos en favor de la Editorial Complutense. El contenido de los artículos publicados en *Complutum* representa exclusivamente la opinión de sus autores.

Los textos se enviarán a la Secretaría de *Complutum* (Departamento de Prehistoria, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense, E-28040 Madrid, Tel: 1-3946006/08, Fax: 1-3946008, Email: victormf@eucmax.sim.ucm.es y ehdc@eucmax.sim.ucm.es), antes del mes de diciembre del año anterior al del volumen en el que serán publicados, en dos copias mecanografiadas a doble espacio en páginas de

30 x 70 matrices, adjuntándose idéntica versión en soporte magnético, para el que se recomienda utilizar disquetes de 3.5 pulgadas protegidos para el envío postal, formatos de tipo compatible PC y procesadores de texto de aceptable difusión, debidamente indicados (a ser posible, formato ASCII-texto). La extensión de un original no debe exceder de treinta páginas, incluidos los gráficos y la bibliografía.

El trabajo irá encabezado por su título (dividido en título principal y subtítulo si excede de las diez palabras), nombre completo del autor o los autores, centro al que pertenecen, dirección postal completa y de correo electrónico en su caso, y teléfono de contacto de la persona a quien se enviarán las pruebas de imprenta. En hoja aparte se adjuntarán un resumen del trabajo en idiomas inglés y español, de extensión comprendida entre 50 y 200 palabras, y la lista de las palabras clave en ambos idiomas.

Las referencias bibliográficas seguirán las normas actuales, evitando las notas a pie de página, salvo los agradecimientos. Las referencias irán incluidas entre paréntesis a continuación del texto relacionado, citándose el primer apellido del autor, o ambos apellidos si se considera conveniente, el año de la publicación y las páginas si es necesario, por ejemplo: (Clarke 1978: 158-62), (Renfrew y Bahn 1991: 82-3), (Isaac *et al.* 1971). Cuando el apellido del autor haya sido citado inmediatamente antes de la referencia, se indicará únicamente el año de la publicación y las páginas, por ejemplo: (1978: 158-62). Al final del trabajo se adjuntará la lista completa por orden alfabético de los títulos que han sido citados, según los ejemplos siguientes:

Hodder, I. (1988): *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Crítica, Barcelona.

Almagro, M.; Arribas, A. (1963): *El Poblado y la Necrópolis megalíticas de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, 3, Madrid.

Gilman, A. (1993): Cambio cultural y contacto en la Prehistoria de la Europa mediterránea. *Trabajos de Prehistoria*, 50: 103-111.

Brown, J.A. (ed.) (1971): *Approaches to the social dimensions of mortuary practices*. *Memoirs of the Society for American Archaeology*, 25.

Binford, L. R. (1971): Mortuary practices: their study and potential. En Brown 1971: 6-29.

Beltrán, M. (1985): La circulación monetaria en la zona del Ebro Medio, durante la antigüedad. *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza: 47-50.

Tilley, C. (1990): Michel Foucault: Towards an Archaeology of Archaeology. *Reading Material Culture. Structuralism, Hermeneutics and Post-Structuralism* (C. Tilley, ed.), Basil Blackwell, Oxford: 281-347.

Hodder, I. (1999): Archaeology and global information systems. *Internet Archaeology*, 6 (Department of Archaeology, University of York). [URL: http://intarch.ac.uk/journal/issue6/hodder_toc.html]. [Actualizada el 08/03/1999]. Acceso el 12/03/1999.

Las figuras con dibujos o mapas, láminas con fotografías y tablas se adjuntarán en hojas aparte al final del trabajo y tendrán una numeración arábiga, independiente y consecutiva según el orden en que se citan en el texto. Los dibujos irán sobre fondo blanco delineados claramente en tinta oscura, con los debidos textos explicativos y escalas, siendo en caso contrario devueltos al autor para su corrección. Los textos incluidos estarán realizados con letra de imprenta y serán de un tamaño que permita una reducción máxima del 50%. La documentación fotográfica será en diapositiva o fotos blanco/negro en papel brillo, montadas en cartulina. Todas las figuras se ajustarán proporcionalmente al tamaño de caja de la publicación (230 x

165 mm) o de las columnas (230 x 80), o bien a tamaños de 2/3, 1/2 ó 1/3 de las mismas. Teniendo en cuenta que el espacio para las figuras será limitado, se recomienda que los autores las adapten a tamaños menores (p.e. proporcional a media caja, 115 x 165 mm). Se adjuntarán en hojas aparte los títulos y pies explicativos de cada figura, lámina o tabla, las cuales irán numeradas a lápiz en el reverso.

Los autores de cada artículo recibirán un juego de pruebas de imprenta para que sean corregidas en un tiempo máximo de 15 días. De no recibirse dentro del plazo, el editor podrá corregir las pruebas en sustitución del autor. Cuando las correcciones superen lo que se considere razonable y ocasionen gastos de imprenta, el autor será responsable de los mismos.

Las dataciones de carbono-14 y similares (TL, K/A, U/Th, etc.) se expresarán siempre indicando la fecha media, error típico, sigla del laboratorio y número de análisis, y el material analizado, por ejemplo: 17.050 ± 140 B.P. (GrN-5817, hueso). Las fechas B.P. del laboratorio se podrán transformar a otros sistemas (a.C./d.C., cal.), pero cuando se empleen o comparen varias dataciones se utilizará siempre el mismo sistema. Las fechas radiocarbónicas calibradas se indicarán mediante la abreviatura "cal." delante de la datación corregida, así como la referencia de la tabla o programa informático utilizados (publicados en la revista Radiocarbon), por ejemplo: 2.590 ± 100 b.p. (UGRA- 197, carbón) = 640 ± 100 a.C. = cal. 550-840 A.C. (Pearson y Stuiver 1986: 843).

Revistas de la Universidad Complutense

- Anales de la Geografía de la Universidad Complutense.
- Anales de Historia del Arte.
- Anales de la Literatura Hispanoamericana.
- Anales del Seminario de Historia de la Filosofía.
- Anaquel de Estudios Árabes.
- Arte, Individuo y Sociedad.
- Botanica Complutensis.
- CIC. Cuadernos de Información y Comunicación.
- Clínicas Urológicas de la Complutense.
- Coloquios de Paleontología.
- Complutum.
- Cuadernos de Estudios Empresariales.
- Cuadernos de Filosofía Clásica. Estudios Griegos e Indoeuropeos.
- Cuadernos de Filosofía Clásica. Estudios Latinos.
- Cuadernos de Filología Italiana.
- Cuadernos de Geología Ibérica.
- Cuadernos de Historia Contemporánea.
- Cuadernos de Historia del Derecho.
- Cuadernos de Historia Moderna.
- Cuadernos de Relaciones Laborales.
- Cuadernos de Trabajo Social.
- Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica.
- Didáctica (Lengua y Literatura).
- Documentación de las Ciencias de la Información.
- En la España Medieval.
- Estudios Ingleses de la Universidad Complutense.
- Estudios sobre el Mensaje Periodístico.
- Física de la Tierra.
- Gerión.
- Hispania Epigraphica.
- Historia y Comunicación Social.
- Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones.
- Lazaroa.
- Logos. Anales del Seminario de Metafísica.
- *Madrygal*. Revista de Estudios Gallegos.
- Militar. Revista de Cultura Militar.
- Observatorio Medioambiental.
- Política y Sociedad.
- Revista de Antropología Social.
- Revista Complutense de Educación.
- Revista Complutense de Historia de América.
- Revista Española de Antropología Americana.
- Revista de Filología Alemana.
- Revista de Filología Románica.
- Revista de Filosofía.
- Revista General de Información y Documentación.
- Revista de la Inquisición.
- Revista Matemática Complutense.
- Revista de Psicología del Lenguaje.
- The Spanish Journal of Psychology.
- THÉLÈME. Revista Complutense de Estudios Franceses.

Edita:

SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
Vicerrectorado de Extensión Universitaria
C/ Isaac Peral, s/n. (Pabellón de Gobierno)
Ciudad Universitaria. 28040 Madrid
Teléfonos: 91 394 65 97 y 91 394 69 34/31. Fax: 91 394 69 78
E-mail: publicac@eucmax.sim.ucm.es

PETICIÓN DE INTERCAMBIO/EXCHANGE REQUEST

Institución
Institution

Dirección Postal.....
Address

.....
.....
.....
.....

País
Country

Teléfono.....
Telephone

Estamos interesados en recibir su Revista
We would like to receive your Academic Tittle
.....
.....
.....
.....

en intercambio por nuestra Revista/Serie
in exchange for our Academic Journal/Series
.....
.....
.....
.....

(Por favor, adjunte información sobre su/s Revista/s o
Serie/s: periodicidad, contenido...)
(Please enclose information about your/s Academic
Tittle/s: frequency, contents...)

**Dirección de Intercambio
Exchange Address**

Biblioteca de la Universidad Complutense
Servicio de Canje
Ciudad Universitaria
Teléfono: 91 394 69 70. Fax: 91 394 69 29
28040 Madrid
ESPAÑA
e-mail: buc_canje@buc.ucm.es